
LA MANADA DEL PIERO
~ LIBRO DOS ~
PERDONANDO
LAVINIA LEWIS

Contents

Copyright Lavinia Lewis 2013Todos los derechos reservados
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo seis
Capítulo Siete
Epílogo
Sobre la autora

Copyright Lavinia Lewis 2013Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares y acontecimientos proceden de la imaginación del autor y no deben confundirse con la realidad. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas, acontecimientos o lugares es puramente coincidencial.

Notas de licencia

Este libro electrónico está destinado únicamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, adquiera una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no se ha adquirido para su uso exclusivo, le rogamos que lo devuelva y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse en ninguna forma material, ya sea mediante impresión, fotocopia, escaneado o de cualquier otro modo sin el permiso por escrito de Lavinia Lewis.

Advertencia: Este libro contiene material que algunos lectores podrían encontrar perturbador u objetable y está destinado únicamente a lectores adultos

Capítulo Uno

Liam se sentó frente a la brillante lápida de granito negro y dejó escapar un suspiro tembloroso. Luchó por contener el torrente de emociones que siempre amenazaba con consumirle cuando visitaba la tumba de su hermano menor. Habían pasado más de tres meses desde el día en que su hermano había muerto, pero sentía como si hubiera ocurrido ayer. Todos le decían que el tiempo lo cura todo, pero echaba más de menos a su hermano con cada día que pasaba. ¿Cómo se suponía que iba a superar su muerte y seguir adelante sin él? ¿Cómo podría nada volver a ser igual?

—Siento no haber venido en un par de días —logró decir con voz entrecortada—. Me metí en algunos problemas. Dejé que un par de lobos me pillaran desprevenido y me hirieron bastante mal. Te habrías enfadado muchísimo conmigo por ser tan descuidado.

Una sombra de sonrisa pasó por los labios de Liam cuando pensó en las cosas que su hermano le habría dicho sobre la pelea en el bosque.

—¡Nunca dejes que se pongan detrás de ti!

—Dales en los huevos, seguro que retroceden.

Eran cosas que Toby le había dicho a Liam en las muchas ocasiones en que habían discutido técnicas de lucha. Liam tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Toby había sido unos años menor que él y había querido ser uno de los ejecutores de Dante algún día, igual que Liam. Habría sido uno realmente bueno si hubiera sobrevivido al accidente que prematuramente puso fin a su vida. Una punzada de dolor atravesó el corazón de Liam cuando pensó en la noche del accidente. Nunca debería haber sucedido. Liam nunca se perdonaría por haberle prestado su coche a Toby. Debería haberse negado o haberle llevado él mismo adonde quisiera ir. Si hubiera hecho las cosas de manera diferente esa noche, Toby podría seguir vivo.

El sonido de una ramita rompiéndose cerca puso a Liam en alerta máxima. Escudriñó el cementerio mientras se ponía de pie, pero no

había nada fuera de lugar. Entrecerró los ojos mirando hacia el bosque más allá, observando atentamente cualquier movimiento. No se veía nada más que las ramas de los árboles meciéndose suavemente con la brisa.

El cementerio de Llan estaba situado en la cima de una montaña y estaba rodeado de paisajes impresionantes. Los bosques que cubrían la mayor parte de las montañas tenían abundancia de árboles de hoja perenne, por lo que incluso en invierno los colores eran ricos y vibrantes.

Cuando inclinó la cabeza para olfatear el aire, nada llevaba el viento excepto los olores habituales del bosque. Habiendo jugado allí desde que era un cachorro, el olor de la corteza de los árboles y la tierra húmeda le era tan familiar como la loción de afeitado que usaba o el champú que Toby había preferido. Liam había empezado a usarlo en lugar del suyo porque el olor que asociaba con Toby le consolaba cuando la pérdida parecía demasiado difícil de soportar. Seguro de que no había ninguna amenaza cerca, Liam se arrodilló de nuevo junto a la lápida. El ruido probablemente había sido un erizo o algo un poco más grande como un conejo o un zorro. Liam habría percibido el olor de un humano, y un lobo se habría dado a conocer.

Había estado nervioso y tenso desde la pelea en el bosque. Cuando tres lobos atacaron a Liam al unísono, estaba seguro de que iba a morir. No le importaba seguir a su hermano al más allá, pero sabía que su madre nunca podría hacer frente a la pérdida de dos hijos y su padre... bueno, no estaba afrontando la pérdida de uno.

Liam se acomodó junto a la tumba y luego le dio a su hermano una descripción detallada de todo lo que le había pasado en los últimos días. Le contó lo agradable que había sido quedarse en la casa del Alfa Dante y qué alivio había sido no tener que ver la tristeza en las caras de sus padres, aunque solo fuera por un corto tiempo. Le habló a Toby sobre Rory, el nuevo compañero de Dante con quien había estado pasando mucho tiempo mientras se alojaba en la casa. Tener a alguien en quien confiar había supuesto un cambio refrescante. Liam tenía muchos amigos en la manada, pero siempre se sentía incómodo hablando con ellos sobre la muerte de

Toby. Todos habían conocido a su hermano también y no podían ocultar su remordimiento. Lo veía cada vez que miraba sus ojos. Pero Rory era diferente. Acababa de entrar en la manada y estaba dispuesto a escuchar historias de acontecimientos que habían tenido lugar antes de su llegada y no juzgaba ni actuaba como si sintiera lástima por Liam.

Después de unos minutos más junto a la tumba de su hermano, Liam se levantó y estiró las piernas.

—Volveré a verte mañana, hermano —prometió.

Aunque estaba reacio a irse, se dio la vuelta y bajó la montaña hacia Maesteg. Ahora que estaba completamente curado, Liam se había vuelto a instalar en la casa que compartía con sus padres. Era habitual que los lobos vivieran en casa hasta que encontraran a su pareja, pero Liam se estaba volviendo loco en la casa. Tenía solo veinticuatro años —joven para un lobo, pero sentía que necesitaba su propio espacio. Llevaba tiempo pensando en mudarse, pero cuando su hermano murió, Liam había necesitado apoyar a sus padres y ahora se sentía demasiado culpable como para dejarlos solos. Ya habían perdido un hijo y él no quería que sintieran que habían perdido a otro. Sin embargo, los pocos días que había pasado viviendo en el piso encima del garaje de Dante le habían dado una muestra de libertad y quería más.

Cuando entró por la puerta principal de su casa, el acogedor aroma de la comida que salía de la cocina hizo que su estómago gruñera sonoramente. Se dio cuenta distraídamente de que no había comido nada en todo el día. Mary, la compañera del beta de la manada, le había echado la bronca por haberse quedado tan delgado y constantemente intentaba alimentarlo bien. Un cambiaformas lobo utilizaba mucha energía cuando se transformaba en su forma de lobo y necesitaba comer el doble que un humano para mantener sus fuerzas.

Pero Liam no había estado comiendo tanto como debería.

En realidad, no había estado comiendo mucho en absoluto. No había tenido apetito desde que Toby había muerto —ni por la comida ni por la vida en general.

—¡Mamá! —llamó mientras caminaba por el largo y estrecho pasillo—. ¡Ya estoy en casa!

No se molestó en dirigirse a su padre porque sabía que no estaría en casa a esa hora del día. Estaría en el pub y probablemente borracho como una cuba. Era la misma historia todos los días. La única variación en la rutina de su padre era los domingos, cuando se quedaba en casa para su cena de cordero asado y luego abría varios paquetes de cuatro cervezas y se emborrachaba frente al televisor. La única virtud salvadora de su padre era que no era un borracho agresivo, pero *sí* era un borracho depresivo y había momentos en que Liam no estaba seguro de qué era peor. Cada día su padre organizaba una fiesta de autocompasión y todos estaban invitados.

Como si no estuvieran todos ya bastante deprimidos.

—¡Estoy en la cocina, cariño! —respondió su madre—. Llegas justo a tiempo para la cena.

Liam entró en el salón que conducía a la pequeña cocina de la parte trasera. Puede que su madre no bebiera durante todo el día como su padre, pero tampoco había mucho cambio en su rutina. Se levantaba, limpiaba la casa, hacía la compra o pagaba las facturas y tenía la cena lista a las seis, justo a tiempo para el regreso de su padre del pub. Solo que últimamente, él había estado llegando cada vez más tarde y el viernes por la noche ni siquiera había vuelto a casa.

No habían hablado sobre dónde había estado o qué había estado haciendo.

Su madre había actuado como si no le importara, y a la mañana siguiente, después de que su padre hubiera regresado a casa, se sentó en su lugar habitual para desayunar, sin parecer más resacoso de lo normal. Tampoco parecía arrepentido.

—Hola —saludó Liam.

Lucille, su madre, apartó la mirada del contenido de la cacerola y forzó una sonrisa. Liam sabía que era forzada porque la expresión no llegaba a sus ojos. No había visto una sonrisa genuina en su rostro desde mucho antes de que Toby muriera. Echaba de menos sus cálidas sonrisas casi tanto como echaba de menos a su hermano.

—Hola, cariño. ¿Dónde has estado?

—En casa del Alfa Dante. He pasado por el cementerio de camino a casa. Quizás puedas acompañarme la próxima vez.

—Sí, quizás —respondió ella, bajando rápidamente la mirada.

Volvió a centrar su atención en la olla, removiendo su contenido y mirando dentro como si fuera lo más interesante que había visto en todo el día. Prácticamente tenían la misma conversación cada tarde, pero Liam sabía que solo se trataba de ir cumpliendo con el guion. Su madre nunca iría con él. Ninguno de sus padres había visitado la tumba de Toby desde el día del funeral. Liam no podía entenderlo. No se engañaba pensando que Toby aún estaba por ahí, pero pasar tiempo en su tumba le aportaba algún tipo de consuelo. Se sentía más cerca de su hermano en el cementerio, como si no solo su cuerpo descansara allí, sino también su alma. Sabía que eso era improbable, pero no importaba. Cualquier cosa que le ayudara a pasar el día, la aceptaría con gusto.

—¿Estofado para cenar? —preguntó señalando con la cabeza hacia la olla, aunque la pregunta era redundante. Los lobos tenían un sentido del olfato bien desarrollado y había sabido lo que se estaba cocinando en el momento en que cruzó la puerta.

Su madre asintió. —De carne en conserva. Y he comprado ese pan fresco que tanto te gusta en el mercado.

—Huele estupendo. ¿Quieres que ponga la mesa?

—Gracias, cariño. Si no te importa.

Liam se puso manos a la obra y para cuando terminó la tarea, su madre estaba sirviendo cuencos de estofado humeante. Se sentaron a la mesa del comedor para comer y aunque Liam había puesto la mesa para tres, sabía que su padre no aparecería. Era demasiado temprano para que dejara el pub. Dante y Rory habían invitado a Liam a cenar, pero él se había negado. Ya estaba pasando mucho tiempo en casa del alfa y no quería convertirse en una molestia. Además, se habría sentido demasiado culpable por dejar a su madre sola. Estuvieron callados durante toda la cena, ninguno tenía la energía ni la inclinación para hacer charla trivial y aunque ninguno de los dos lo hubiera mencionado jamás, Liam odiaba que estuvieran ignorando el elefante en la habitación: las dos sillas vacías en la

mesa. Cada uno afrontaba el duelo a su manera, pero ¿le costaría tanto a su madre mencionar el nombre de Toby y recordar los buenos momentos que habían compartido?

Estaban recogiendo los platos sucios cuando la puerta principal se abrió y el padre de Liam prácticamente se cayó por ella. Los ojos de Liam se ensancharon y miraron a los de su madre. Ella tenía la misma expresión de sorpresa. Su padre llegaba temprano por una vez. Liam hizo una mueca cuando oyó un estrépito en el pasillo. Sonaba como el marco de fotos que estaba sobre la mesa consola: el retrato familiar. Había sido tomado cuando él y Toby eran cachorros y habían ido en bicicleta al Parque Afan Argoed. Habían sido felices entonces, despreocupados.

Cuando Liam escuchó otro estrépito, cerró los ojos y tomó una respiración calmante. Si su padre estaba tropezando con las cosas, significaba que estaba aún más borracho de lo habitual. *Genial*.

Liam intentó dar a su madre una sonrisa tranquilizadora y luego la dejó para que terminara de limpiar los platos mientras él iba a ver a su padre. Lo encontró barriendo cristales rotos con la bota, con una mano en la pared para mantenerse erguido.

—Papá, déjame hacer eso.

Liam se apresuró hacia delante y apartó a su padre del camino.

—La maldita cosa se cayó —balbuceó—. No sé cómo pasó. Debía-estar-demasiado-cerca-del-borde.

Liam suspiró y se agachó para recoger los cristales rotos. —Está bien, papá. Yo me encargo. Ve a sentarte para la cena.

—Eres un buen chico —dijo dándole una palmada en el hombro con una mano pesada—. Ambos buenos chicos.

Liam hizo una mueca y esperó a que su padre dijera más sobre Toby como solía hacer, pero en lugar de eso, giró sobre sus talones y luego tropezó hacia la cocina usando la pared como apoyo durante todo el recorrido por el pasillo. Después de que desapareció en el salón, Liam recogió la foto que sostenía su retrato y miró con pesar la cara de su hermano, un rostro que se parecía tanto al suyo que podrían haber sido gemelos.

—¿Por qué tuviste que ser tan estúpido? —susurró, con un dolor en el pecho casi insoportable—. ¿Por qué te fuiste? No puedo lidiar

con esto solo, Toby. Te echo de menos.

* * * *

—¿Y si nos fuéramos a alguna parte? —Aled apagó el motor del coche y se volvió para mirar a su madre. Podía notar por su ceño fruncido que no le había gustado su sugerencia, pero tenía que intentar persuadirla al menos—. Nunca lo sabrían. Podríamos encontrar un pueblo o una ciudad donde no haya lobos. ¿Por qué no nos vamos simplemente?

Su madre, Glynys, puso los ojos en blanco.

—No seas tonto. Hay lobos en todas partes, Aled. Además, ¿adónde iríamos? Tengo casi cincuenta años. Este es mi hogar.

—Tienes cuarenta y siete —corrigió Aled—. Eso no es viejo en absoluto. Podríamos empezar de nuevo en algún sitio.

—No —negó con la cabeza—. Lo siento, cariño, pero no puedo abandonar la manada, sabes que los lobos necesitan a su manada. ¿Cómo me las arreglaría yo sola?

Aled frunció el ceño. Odiaba lo que aquel hijo de puta de Dai le había hecho a su madre: convertirla en un monstruo como él, un cambiaformas lobo. Eran criaturas sin conciencia que no mostraban más emociones que la ira y el odio. El cabrón había afirmado que él y Glynys estaban emparejados, que era el destino o alguna mierda así, que estaban hechos el uno para el otro, pero Alex no lo creía. No era ingenuo. Sabía que los abusos ocurrían cada día, incluso entre los humanos, pero ¿hacerle daño a alguien que se suponía era la otra mitad de su alma? ¿Cómo había podido hacer eso Dai? ¿Cómo podía hacerlo cualquiera? Si Dai no estuviera ya bajo tierra, Aled habría disfrutado enormemente enterrando al alfa él mismo. Ni siquiera había tenido tiempo de celebrar la muerte de Dai antes de que su madre le contara sobre Dante, el nuevo alfa de la manada que quería conocerlos a ambos.

Parecía que estaban pasando de una pesadilla a otra sin un final a la vista. ¿Y si Dante era incluso peor de lo que había sido Dai? ¿Y si no se conformaba con usar los puños? Había sido uno de los hombres de Dante quien había matado a Dai, y luego el alfa se había apoderado de su manada. Eso significaba que tenía que ser tan despiadado y hambriento de poder como lo había sido Dai. No

era descabellado suponer que Dante querría que ambos estuvieran muertos debido a su conexión con el anterior alfa.

—Mamá, por favor, reconsidera —suplicó Aled—. No sabe cómo somos. Podríamos irnos de Port Talbot hoy mismo, incluso podríamos irnos de Gales. Nunca nos encontrarían.

Glynys suspiró.

—Saben cómo somos, cariño, y saben que estamos aquí. Hay media docena de lobos observándonos desde los árboles. ¿No puedes verlos?

El corazón de Aled se hundió mientras miraba a través del parabrisas.

—No. ¿Cómo podría? No tengo tu asombroso sentido arácnido o sentido lobuno o lo que sea.

—Esa lengua, Aled.

Aled suspiró, desviando la mirada de los árboles hacia la enorme casa a su derecha. En otro día, podría haberse impresionado por su grandeza, pero lo único que pasaba por su mente era la posibilidad de que no salieran de allí con vida.

—Todo irá bien, cariño —le tranquilizó su madre—. Confía en mí. Todo saldrá para bien. Ya verás.

—¿Cómo puedes decir eso? —espetó Aled. Inmediatamente se arrepintió de su enfado y respiró hondo para calmarse—. No puedes saberlo con seguridad.

—Puedo decirlo porque tengo fe —respondió ella simplemente.

—¿Fe? —balbuceó Aled—. ¿En *Dios*? ¿Dónde demonios estaba él cuando Dai te puso un ojo morado o me mandó al hospital con la nariz rota y las costillas fracturadas, eh?

—¡Aled! —le reprendió—. No quiero oírte hablar así. Te educamos mejor. Sabes que Dios actúa de formas misteriosas.

Lo único que impidió la respuesta sarcástica de Aled fue el gigantesco lobo que apareció delante de su coche. La visión de la bestia provocó que un escalofrío de miedo recorriera la columna vertebral de Aled, pero intentó controlar sus emociones mientras miraba al enorme animal. Había aprendido por las malas que los lobos podían notar cuando una persona les tenía miedo. Se alimentaban de ese miedo.

—Parece que ha llegado el comité de bienvenida —dijo, quitándose el cinturón de seguridad—. Supongo que nuestra ventana de oportunidad se ha cerrado.

—Aled, por favor, no provoques al nuevo alfa, ¿vale?

Él negó con la cabeza, exasperado con su madre. No había provocado al último alfa, no había necesitado hacerlo. Dai había sido un hijo de puta sádico y había disfrutado enormemente dejando claro a Aled quién mandaba.

—Acabemos con esto de una vez.

Abrió la puerta del coche y salió al camino que conducía hasta el porche. Un gran garaje doble se situaba en ángulo recto con la casa y parecía tener una habitación construida encima, como una especie de apartamento auxiliar. Solo el garaje era casi tan grande como la casa que Aled compartía con su madre, pero la casa principal era otra cosa. Era enorme, como una de esas mansiones que las celebridades tienen en Hollywood, solo que con un aspecto ligeramente más gótico.

Le recordaba a una de esas viejas películas de terror de la Hammer que había visto en blanco y negro. Cuando cerró de golpe la puerta del coche, el lobo caminó alrededor del frontal y se detuvo a unos metros de él. Aled tragó saliva audiblemente y bajó la mirada, con cuidado de no mirar al lobo a los ojos. Lo último que quería era que la bestia pensara que le estaba desafiando. Su madre rodeó el coche y, aunque ella misma era una cambiaformas, también tuvo cuidado de no encontrarse con la mirada del lobo. Tomó el brazo de Aled y lo condujo hacia la casa. El lobo les siguió a una distancia cercana, demasiado cercana para el gusto de Aled. No dejaba de mirar por encima del hombro mientras caminaban hacia la casa, asegurándose de que no acortara la distancia entre ellos. No siempre había sido paranoico, pero confiaba en los lobos tanto como podía arrojarlos.

La puerta se abrió casi tan pronto como llamaron y una mujer les sonrió tímidamente antes de apartarse para dejarles entrar.

—Hola —saludó—. Soy Mary y ese es mi marido Bram —señaló al lobo que les había escoltado hasta la puerta y que ahora se sentaba a su lado, con mirada vigilante—. Es el beta del Alfa Dante.

La madre de Aled sonrió educadamente e inclinó la cabeza en señal de reconocimiento hacia ambos.

—Encantada de conoceros. Soy Glynys y este es mi hijo, Aled.

Se dieron la mano mientras entraban. Cuando el lobo intentó entrar tras ellos, Mary frunció el ceño y lo espantó hacia fuera.

—¡Fuera! —ordenó—. Acabo de pasar la aspiradora. No quiero tus pelos por todas partes.

A Aled se le quedó la boca abierta mientras observaba al lobo retirarse al porche con el rabo entre las piernas. Gimió, luego giró sobre sus talones y bajó los escalones.

Mary puso los ojos en blanco. —Si se lo he dicho una vez, se lo he dicho cien veces, no se le permite entrar en casa en su forma de lobo —dijo mientras cerraba la puerta—. ¿Sabes lo difícil que es quitar ese pelo de las alfombras?

Cuando Mary se volvió hacia Aled y frunció el ceño, él se dio cuenta de que todavía tenía la boca abierta. —¿Cómo has podido hablarle así? —preguntó—. ¿No tienes miedo de lo que pueda hacerte?

Mary ladeó la cabeza y arrugó las cejas. —¿*Hacerme*? ¿Te refieres a *pegarme*? —Sus ojos se abrieron y su boca se abrió de par en par—. Si ese hombre mío me pusiera un dedo encima, le cortaría las pelotas mientras duerme y él también lo sabe.

La madre de Aled jadeó y se cubrió la boca con la mano, pero Aled no pudo contener su sonrisa de asombro. Nunca había oído a nadie hablar así de un lobo. Si alguien hubiera dicho eso de Dai, habría sido lo último que habría dicho. Nunca.

Un enorme corpulento entró en el vestíbulo y antes de que abriera la boca para hablar, Aled supo que tenía que ser Dante, el nuevo alfa. Aled no tenía los mismos sentidos que su madre, pero la presencia de este hombre ocupaba todo el espacio del amplio vestíbulo. Exudaba poder y fuerza, y Aled sintió la incómoda sensación de querer obedecerle. La sonrisa desapareció al instante de sus labios.

—Alfa —saludó Mary.

Dante se volvió hacia ella y arqueó una ceja divertida. —Mary, preferiría que no castraras a mi beta. Tengo la sensación de que le

gusta su anatomía tal como está y a *mí* me gusta tener un beta feliz. Ya tengo suficientes problemas con Bran y ahora está contento. Me aterroriza pensar en lo insoportable que sería si fuera infeliz.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Mary. —Lo siento alfa, pero ya sabes cómo somos. Tengo que mantenerlo alerta.

—No te preocupes, Bram sabe de qué lado está el pan untado. Y sabes que si alguna vez te pusiera un dedo encima, yo mismo lo castraría.

La sonrisa de Mary se ensanchó. —¡Ay, dices las cosas más dulces!

Aled observó el intercambio con creciente confusión. ¿Cómo podía hablarle así a un lobo alfa y salirse con la suya? Si hubiera sido Dai con quien hablaba, ya habría recibido una bofetada como mínimo, y en el peor de los casos estaría rezando para que no hubiera hemorragias internas por sus heridas.

Cuando la mirada de Dante se posó en Aled y su madre, Aled inmediatamente bajó la cabeza y fijó la vista en algún punto alrededor del pecho del hombre. Intentó que su respiración se ralentizara antes de hiperventilar. Probablemente apestaba a miedo.

—¿Mary? ¿Por qué no nos presentas? —preguntó Dante.

Ella asintió. —Por supuesto. Esta es Glynys y su hijo, Aled, y estoy segura de que él no necesita presentación, pero este es Dante, nuestro alfa.

En su visión periférica, Aled pudo ver a Dante inclinar la cabeza hacia un lado. —El chico es humano. Pensé que era el hijo de Dai.

—Su hijastro, señor —le informó Glynys—. Conocí y me emparejé con Dai hace poco más de tres meses.

—Ya veo. ¿Por qué no continuamos nuestra conversación en la sala de estar? Es más cómodo allí. ¿Puedo ofreceros algo de beber? ¿Té, café?

—Agua estaría bien para mí —dijo Glynys—. ¿Aled?

Él negó con la cabeza. —Nada para mí, gracias —Aled solo quería que la reunión terminara para poder conocer su destino.

Dante asintió y luego se volvió hacia Mary. —Me gustaría un...

—Café negro con tres cucharadas de azúcar y nada de esa porquería de edulcorante. Me encargo —dijo ella con una sonrisa

pícara.

—Sabía que había una buena razón por la que te contraté.

—Hay docenas de buenas razones por las que me contrataste. No me hagas enumerarlas o podrías darte cuenta de que merezco un aumento.

—Buen punto —dijo Dante con ironía. Se volvió hacia Aled y su madre e indicó la puerta detrás de él—. ¿Vamos?

Le siguieron hasta una sala de estar grande y lujosa. Tenía ventanales desde el suelo hasta el techo que daban a un jardín bordeado por un denso bosque verde. Dante se dirigió a un par de sofás anchos y de aspecto cómodo, tomó asiento en uno y luego hizo un gesto para que Aled y su madre se sentaran en el otro. Aled miró con recelo alrededor de la habitación, esperando ver a los ejecutores del alfa flanqueando las paredes, pero no había ninguno. Estaban solos. Frunció el ceño. Dai siempre tenía una habitación llena de hombres con él. Aunque Aled sospechaba que era menos por respaldo y más porque a Dai siempre le había encantado tener público. ¿Pero no tenían todos los lobos esa misma mentalidad cruel de manada? Hasta ahora, el comportamiento de Dante era como nada con lo que Aled estuviera familiarizado y no sabía qué pensar de eso.

Cuando Glynys se sentó en el borde del sofá, Aled se sentó a su lado, lo suficientemente cerca como para ofrecerle algo de protección si lo necesitaba. No tendría muchas posibilidades en una pelea contra un cambiaformas del tamaño de Dante, pero eso era lo de menos. Su madre era todo lo que tenía en el mundo y la protegería hasta su último aliento.

Dante se inclinó hacia delante en su asiento. —¿Qué le pasa a tu costado?

Solo después de que le hicieran la pregunta, Aled se dio cuenta de que había estado frotándoselo distraídamente. —Eh, no es nada señor —murmuró.

Aled se arriesgó a mirar la cara del alfa y vio que Dante alzaba las cejas. —No parece que no sea nada.

—Son solo un par de costillas rotas, señor. Están casi curadas.

Los ojos del alfa destellaron en ámbar y un gruñido bajo escapó de su garganta. Aled se encogió contra los cojines y bajó rápidamente la mirada.

—¿Te importaría decirme cómo es que tienes las costillas rotas?

—Yo... —No quería revelar que Dai se las había roto porque Aled había defendido a su madre. Normalmente no le importaba lo que la gente pensara de él, pero por alguna razón no quería que el alfa lo viera como débil—. Fue solo un accidente, señor.

—¿En serio? —Dante volvió a gruñir—. ¿Sabes que puedo detectar una mentira a cien pasos? ¿Por qué no me cuentas cómo pasó *realmente*, eh?

El pulso de Aled se aceleró. Iba a ser castigado por esa mentira, lo sabía perfectamente. Se limpió las palmas sudorosas en los vaqueros antes de responder. —Dai los rompió, señor.

Esta vez el gruñido de Dante sonó más salvaje. Le recordó a Aled al animal que el alfa realmente era. Dante se volvió hacia Glynys. —¿Golpeó a tu hijo?

A su lado, la madre de Aled temblaba visiblemente. —Sí, alfa.

—¿Te golpeó a *ti*?

Ella hizo una pausa y dirigió una mirada preocupada a Aled. Él no quería que su madre tuviera problemas por hacer esperar a Dante, así que cuando Glynys miró al alfa y dudó, Aled la animó. —Dile la verdad, mamá.

Ella soltó un profundo suspiro y asintió. —Sí, alfa. Lo hizo.

—Jesús —masculló Dante—. ¿Cómo demonios puede un lobo herir a su propia pareja?

Las palabras de Dante sorprendieron a Aled, que levantó la mirada, olvidando momentáneamente que no debería mirarlo a los ojos. Era lo mismo que se había estado preguntando. Pero, ¿por qué *Dante* estaba tan sorprendido de escuchar que Dai había golpeado a su madre? Los lobos eran criaturas salvajes. Todos eran capaces de ejercer tal violencia premeditada. Los únicos otros lobos que Aled había conocido eran los ejecutores de Dai, pero todos estaban cortados por el mismo patrón. Se deleitaban con su poder y alardeaban del hecho de que podían hacer lo que les diera la gana y salirse con la suya. Glynys le había dicho a Aled que no todos los

lobos eran así. Afirmaba haber conocido a algunos que eran genuinamente amables y odiaban la violencia, pero Aled no lo creía. Su madre era ingenua a veces. Confiaba en la gente demasiado fácilmente. Haría falta mucho para convencerlo de que un cambiaformas lobo podía ser algo más que un monstruo.

—Me alegro tanto de que ese hijo de puta esté muerto. Si Rory no lo hubiera matado, lo habría hecho yo mismo.

Sí, habrías tenido que ponerte a la cola, pensó Aled, con los puños apretados a los costados. Los pensamientos de lo que ese salvaje había hecho siempre le hacían hervir la sangre.

—¿Hubo alguna razón en particular para eso? —preguntó Dante, señalando con la cabeza el costado de Aled—. Las costillas rotas, quiero decir. ¿Había algún detonante que solía hacerle perder el control?

Por el rabillo del ojo, Aled pudo ver cómo su madre giraba la cabeza hacia él y supo que le estaba suplicando que no le dijera la verdad a Dante. Pero, ¿qué más podía hacer? Dante ya había demostrado que podía detectar cuando Aled le mentía.

—Sí, señor —respondió. Tomó aire profundamente antes de añadir—: Descubrió que soy gay.

Dante suspiró profundamente y se frotó la cara con la mano. —Ya veo.

Aled lanzó una mirada nerviosa a su madre mientras esperaba el estallido de ira del alfa, pero no llegó. ¿Por qué no se estaba enfadando? Los hombres lobo odiaban a los homosexuales. Dai no solo le había fracturado las costillas a Aled, también le había roto la nariz, le había partido un diente y le había dislocado el hombro. Esa fue la primera paliza después de que Dai se emparejara con la madre de Aled. Hubo varias más desde entonces, aunque afortunadamente ninguna que le hiciera tanto daño.

—¿Es por eso que no me miras a los ojos? —preguntó Dante—. ¿Tienes miedo de recibir el mismo trato por mi parte?

—No, señor, yo... simplemente...

—Es una señal de respeto, Alfa —terminó rápidamente la madre de Aled por él.

Aled asintió en señal de conformidad. —No quisiera que pensara que le estoy desafiando.

La carcajada que escapó de la boca de Dante hizo que Aled diera un respingo.

—¿*Desafiándome*? Tendrías que hacer mucho más que mirarme a los ojos, hijo. De la forma en que me criaron, es educado mantener contacto visual cuando hablas con alguien. No me ofenderé, te lo aseguro.

Con vacilación, Aled levantó la mirada para encontrarse con los ojos del alfa y no vio señales de engaño.

—Y en cuanto a...

—Eh, tú, ¿me echaste de menos? —Las palabras de Dante se interrumpieron cuando otro hombre grande y musculoso entró en la habitación y se acercó a donde estaba sentado el alfa.

—Hablando de timing perfecto —dijo Dante—. Glynys, Aled, me gustaría presentaros a Rory, mi pareja.

A Aled se le cayó la mandíbula y se dio cuenta de que lo había estado haciendo mucho en los últimos cinco minutos. Pero Dante estaba cuestionando todo lo que creía saber sobre los lobos. —¿Tu pareja? Pero eso significa que eres...

—Gay —terminó Dante por él—. Por supuesto que lo soy. —Como para demostrar su punto, se levantó, plantó un beso en los labios de Rory y luego lo abrazó.

Rory les dio un pequeño saludo por encima del hombro de Dante. —Hola.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó Dante cuando finalmente soltó a su pareja.

Rory asintió. —Genial. Se me pasó volando. Hice tres grandes ventas.

—¿Sí? Entonces hay que felicitarte. Bien hecho, cariño. —El alfa sonrió radiante.

Glynys cruzó la mirada con Aled mientras Dante volvía a sentarse y Rory se sentaba a su lado. —¿Tu pareja sale a trabajar? —preguntó, volviéndose hacia el alfa.

Dante frunció el ceño. —Sí, pero no necesita hacerlo. Si no le he pedido que lo deje cien veces, no se lo he pedido ni una.

—¡No voy a vivir a costa tuya! —replicó Rory acaloradamente—. Te lo he dicho. Si quieres que viva aquí, voy a pagar mi parte.

Dante suspiró y negó con la cabeza. —No es vivir a costa de nadie, amor. Eres mi pareja. Es mi trabajo cuidar de ti en todos los aspectos que pueda.

—Y es mi trabajo recordarte que no vives en la Edad Media. Esto es el siglo veintiuno, viejo decrépito. Las parejas trabajan para ganarse la vida. También podría sorprenderte saber que las mujeres tienen derecho al voto y que la esclavitud ha sido abolida.

Dante se enfurruñó. —Joder. No soy *tan* viejo.

—¿Comparado con quién? —Una sonrisa maliciosa se extendió por los labios de Rory cuando el alfa negó con la cabeza, claramente exasperado.

Aled no podía creer lo que estaba viendo. Nunca había conocido a lobos que se comportaran de manera tan afectuosa y juguetona. Tal vez todo era solo una actuación.

Después de terminar su conversación, Dante se volvió hacia Aled, con expresión pensativa. —¿Por qué Dai no te transformó? Como regla general, intentamos que la menor cantidad posible de humanos sepa de nuestra existencia.

Cuando Aled recordó lo que Dai le había dicho, su rostro se encendió mientras la vergüenza amenazaba con abrumarlo. Se aclaró la garganta y admitió:

—Dijo que no quería a un maricón enclenque en su manada.

Rory jadeó y los ojos de Dante destellaron en ámbar antes de volver a la normalidad.

—Ese hombre era un idiota —espetó Dante—. Sin ofender, Glynys. Sé que era tu pareja, pero...

La madre de Aled negó con la cabeza.

—Está bien. No me gusta hablar mal de los muertos, pero vínculo de pareja o no, era imposible amar a un hombre tan... *cruel*. Fue especialmente duro ver cómo hacía daño a mi hijo y no poder hacer nada al respecto.

—Me lo imagino. —Dante tomó la mano de su pareja antes de continuar—. Somos una manada pacífica. No tolero ningún tipo de

violencia. Es cierto que luchamos contra Dai y sus ejecutores, pero fue en defensa propia.

—Dai estaba matando a humanos en nuestro territorio y él y sus ejecutores agredieron físicamente a mi pareja. No iba a permitir eso, pero estad tranquilos. Si decidís quedaros en mi manada, seréis tratados como familia y nadie os hará daño. Ahora que Dai y sus ejecutores están muertos y aquellos miembros de su manada que le eran leales se han marchado, no estamos en guerra con nadie. Ni pretendo que lo estemos. Entonces, ¿qué decís? ¿Queréis permanecer en mi manada?

Era un discurso realmente bueno, pero Dante simplemente podría ser tan buen mentiroso como lo había sido Dai. Era difícil creer que tuvieran elección sobre si quedarse o no en la manada.

—Me gustaría quedarme, Alfa —dijo Glynys rápidamente.

Con sus esperanzas destrozadas, Aled suspiró y cerró los ojos. No había manera de que dejara la manada sin su madre. Tenía que quedarse para protegerla de cualquier forma posible.

Abrió los ojos y se centró en Dante.

—Me quedaré también. —Sintiéndose marginalmente más valiente que cuando llegaron, añadió—: Pero, ¿nos dará su palabra de que ningún daño le ocurrirá a mi madre?

Dante se irguió.

—Por mi honor como alfa, tenéis mi palabra de que ningún daño les ocurrirá a *ninguno* de los dos —dijo con firmeza, manteniendo la mirada de Aled.

Aled asintió y luego se puso de pie. No confiaba en el alfa ni lo más mínimo, pero tendría que esperar y ver cómo se desarrollaban las cosas.

—Gracias. Si no hay nada más, mi madre y yo tenemos una cita esta tarde.

—Entonces no os retendré, pero estoy organizando una reunión de la manada el viernes aquí en la casa. Si hace buen tiempo, habrá una barbacoa en el jardín. Me gustaría que ambos estuvierais aquí. Quiero aprovechar la oportunidad para daros la bienvenida a vosotros y a los otros nuevos miembros de mi manada, además de

que os dará la oportunidad de conocer a todos. Quizás hagáis nuevos amigos.

Sí, y los cerdos podrían volar.

—Estaremos aquí, Alfa —aceptó Glynys por los dos.

Aled apretó los dientes. Estaba a punto de negarse.

—Por supuesto. Gracias por la invitación. ¿Mamá? —Miró fijamente a su madre, implorándole con los ojos. Ella captó el mensaje y se levantó.

Justo cuando Dante y Rory se levantaron, Mary entró en la habitación con una bandeja llena de bebidas.

—Perdón por el retraso. —Dejó la bandeja en una mesa lateral y suspiró—. He tenido problemas con Liam. Estaba intentando entrar en la casa en su forma de lobo. Era bastante insistente. Os juro que no sé qué le pasa a ese chico. Conoce las reglas. —Se giró para mirarlos a todos y frunció el ceño—. Oh, ¿ya os vais?

—Sí —dijo Glynys—. Tenemos que irnos. Pero gracias por tomarse la moles...

En algún lugar de la casa sonó un fuerte estruendo. Parecía como si una puerta hubiera sido golpeada contra la pared. Al segundo siguiente, un gran lobo de color leonado entró derrapando en la habitación. Examinó a los ocupantes y fue directo hacia Aled.

—¡Liam! —le reprendió Mary—. ¿Qué te acabo de decir? No puedes entrar en la casa en tu... ¡oh, cielos!

El lobo chocó contra las piernas de Aled, casi derribándolo, y procedió a olfatearlo por todas partes. Luego se volvió para mirar a Rory, inclinando la cabeza hacia un lado y emitiendo un gemido bajo. Confundido, Aled miró a Dante para obtener una explicación del extraño comportamiento del lobo.

—Está bien —le aseguró Dante—. Es solo Liam, uno de mis ejecutores. Estás perfectamente a salvo de...

Antes de que Dante hubiera terminado su frase, el lobo tomó la mano de Aled en su boca y hundió los dientes en la parte carnosa de su palma.

—¡Ay! —Aled retiró su mano de golpe y miró fijamente al lobo—. ¡Me ha mordido!

Mary, Glynys y Rory jadearon, pero Dante emitió un feroz gruñido y cruzó la habitación más rápido que un latido.

—¡Liam! —rugió, interponiéndose entre Aled y el lobo—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo? Cambia. ¡Ahora!

El lobo bajó la cabeza y gimió de nuevo.

—¡He dicho que cambies!

Mientras el pelaje del lobo comenzaba a brillar y el aire a su alrededor crepitaba, Aled miró su mano. El corte no era profundo, apenas una herida superficial en realidad, pero sabía lo que significaba. Cambiaría ahora, tal como lo había hecho su madre. Se convertiría en uno de estos monstruos. Sabía que no debería haber confiado en Dante. El cambiaformas debía haberlo planeado todo desde el principio. Aled se sintió enfermo. Había sentido lástima por su madre y lo que había pasado, pero nunca pensó que le ocurriría lo mismo a él porque Dai no lo había querido en su manada.

Cuando el lobo se transformó completamente en su forma humana, levantó la mirada para encontrarse con la de Aled y un escalofrío recorrió el cuerpo de Aled. Esos ojos... La piel de Aled se erizó y su miembro se puso instantáneamente duro. ¿Qué demonios? Nunca había tenido una reacción tan fuerte ante nadie, y menos ante un maldito cambiaformas. Pero los ojos del hombre eran del marrón más profundo y rico que jamás había visto. Absolutamente hermosos. Aled intentó reprimir su gemido. Era tan típico que el lobo responsable de convertirlo en un bicho raro fuera tan condenadamente guapo. Y sexy.

—¿Qué coño, Liam? —Dante fulminó con la mirada al lobo—. Aled y Glynys acaban de unirse a la manada. Le prometí a Aled fielmente por mi honor como alfa que estarían seguros aquí y que no les pasaría nada malo. ¡Y tú vas y le *muerdes*! Más te vale explicarte. ¡Ahora!

—Yo...

—Estoy esperando —bramó Dante.

—Fue un accidente, Alfa. Lo juro. No quería hacerlo, pero su olor era tan... y entonces miré a Rory y recordé cómo te afectó que otra persona lo transformara y no pude, simplemente...

—No estás diciendo nada coherente. —Dante sonaba tan exasperado como se sentía Aled.

El lobo —Liam— temblaba por completo y sus ojos suplicaban a Dante que comprendiera. Cuando el cambiante se puso de pie, Aled intentó no mirar su cuerpo desnudo —sus músculos cincelados o sus abdominales esculpidos, y más abajo...

Estaba excitado.

Era unos centímetros más alto que Aled, un poco delgado, pero aun así impresionante. Aled sacudió ese pensamiento de su cabeza, furioso consigo mismo por ir por ahí. El latido en su mano era suficiente para recordarle lo peligroso que era este cambiante. Pero cuando miró y se encontró con la mirada de Aled de nuevo, fue como si de repente no quedara aire en la habitación. Una disculpa estaba grabada en cada línea de su rostro y Aled estaba a dos segundos de consolarlo y decirle que todo estaba bien. Sin rencores. Solo una pequeña mordedura. Pero no era así, ¿verdad? Era mucho, mucho más. Dios mío. Necesitaba controlarse. Pero esos ojos... Podría perderse en esos ojos. Quería hacerlo.

—Es mío —suspiró Liam, manteniendo la mirada de Aled—. Nos pertenecemos el uno al otro en todos los sentidos que importan. Es mi pareja.

El estómago de Aled dio un vuelco violento. Sus piernas temblaron, sus rodillas apenas sosteniendo su peso. Algo encajó en su lugar cuando la declaración de Liam comenzó a calar en su mente aturdida. La explicación coincidía con lo que Aled sentía instintivamente —aunque no quisiera sentirlo, aunque no quisiera tener nada que ver con este cambiante. Había visto de primera mano cómo un lobo trataba a su pareja y no iba a formar parte de eso.

—Nos vamos de aquí. —Aled tomó a su madre del brazo y la condujo pasando junto a Dante y Liam, pero antes de que llegaran a la puerta donde Mary estaba observándolos con ojos preocupados, tanto el alfa como Liam los llamaron.

—No te vayas —suplicó Liam—. Por favor. Lo siento, yo...

—Glynys, solo puedo disculparme por lo que le ha ocurrido a tu hijo. Te prometo que Liam rendirá cuentas por sus acciones de hoy.

Rory jadeó y miró a su pareja con ojos muy abiertos, pero por lo demás permaneció en silencio. Sin embargo, se acercó a Dante y colocó una mano en su hombro como si lo estuviera consolando.

—Gracias, Alfa —dijo la madre de Aled mansamente.

—Aún espero que asistáis a la reunión de la manada el viernes —dijo Dante—. Podremos discutir el castigo de Liam entonces.

Ella asintió. —Estaremos aquí.

—Bien. —Dante se volvió hacia Aled y suspiró profundamente—. Siento las acciones de mi ejecutor. Sé que esto debe ser mucho para asimilar. Hablaremos más el viernes, pero si necesitas algo antes, quiero que me llames, ¿de acuerdo?

Como si *eso* fuera a suceder. Aled se encogió de hombros. El alfa podía hablar hasta ponerse azul. No importaba. Nada importaba. El daño ya estaba hecho. Aled se giró para irse y aunque intentó no mirar, no pudo evitar que su mirada se posara en Liam. El cambiante parecía devastado. Aled abrió la boca para decir algo, pero no salió nada. En su lugar, enderezó los hombros, apretó la mandíbula, luego giró sobre sus talones y salió a grandes zancadas de la habitación.

Capítulo Dos

El dolor en el pecho de Liam se intensificó mientras permanecía junto a la ventana del salón, viendo cómo su pareja se alejaba conduciendo. Sentía que se moría por dentro. Y era por su propia culpa. ¿Qué demonios había hecho? Cuando se atrevió a mirar a Dante, el alfa estaba caminando de un lado a otro de la habitación, pasándose una mano por su espeso cabello oscuro. Liam sabía que estaba en graves problemas y se dio cuenta de que debería estar más preocupado de lo que estaba, pero su pareja ocupaba todo el espacio en su mente. No podía concentrarse en nada más —ni siquiera en su propio destino.

—Aled —susurró con reverencia mientras se volvía para mirar por la ventana de nuevo.

Liam todavía no podía entender lo que había sucedido. Era como si no hubiera tenido el control. Su lobo había olido a su pareja y se había lanzado a reclamarlo. Lo había olfateado por todas partes para asegurarse de que no hubiera duda de que era él. Cuando su mirada se posó en Rory, recordó el sufrimiento que Dante había padecido porque Rory había sido transformado por un miembro de la manada de Dai. Liam había estado presente el día que Dai llamó a Rory. Había observado impotente cómo Rory había cedido a las exigencias de su alfa aunque no quería hacerlo. Cuando esa imagen pasó por su mente, el lobo de Liam actuó por puro instinto. Había mordido a Aled para asegurarse de que no pudiera suceder lo mismo otra vez.

—Gracias, Mary. Eso será todo —dijo Dante, llamando su atención.

Liam había estado tan concentrado en sus pensamientos que no había oído a Mary entrar en la habitación. Cuando se giró, Dante estaba acortando la distancia entre ellos. Le puso un par de pantalones de chándal en las manos. Liam se los puso mientras esperaba a que Dante dijera lo que tenía en mente.

—¿Sabes? Cuando alguien de mi manada encuentra a su pareja, lo primero que suelo decirles es felicidades —reflexionó Dante—. No

creo que eso funcione en esta situación, ¿verdad? ¿En qué demonios estabas pensando?

Liam suspiró. —*No* estaba pensando. Dios, ojalá lo hubiera hecho, pero el instinto de mi lobo simplemente tomó el control. No pude controlarlo, Dante, te lo juro, lo intenté. Nunca he tenido *menos* control.

Dante maldijo en voz baja. —Se supone que debo informar de cualquier incidente como este al consejo de lobos. Lo mordiste. Está estrictamente prohibido convertir a alguien sin su consentimiento, aunque sea tu pareja.

—Lo sé, señor. ¿Va a contarles lo que ocurrió?

—Aún no lo he decidido. —Dante suspiró y luego negó con la cabeza—. No quiero involucrarlos si no es necesario. El consejo solicitará una audiencia formal y quién sabe cuál sería el resultado. Podrían intentar hacer un ejemplo contigo. Tus padres ya han pasado por bastante en los últimos meses. No quiero añadir más preocupaciones a sus hombros, pero no estoy seguro de cuál es la alternativa.

Liam enderezó los hombros mientras sostenía la mirada firme de Dante. —Aceptaré cualquier castigo que decida imponerme, alfa.

—Mierda, Liam, no quiero castigarte en absoluto. Creo que ya vas a tener bastantes problemas intentando convencer a tu nueva pareja de que no pretendías hacerle daño intencionadamente, pero tampoco puedo dejar pasar lo que has hecho. ¿Qué mensaje enviaría eso al resto de la manada?

Liam agachó la cabeza. —Siento haberte puesto en esta situación. Ojalá pudiera deshacer lo que hice.

Dante se frotó la barbilla cubierta de barba incipiente. —Creo que la mejor manera de lidiar con esto es dejarlo en manos de tu pareja.

Liam frunció el ceño, sin entender lo que Dante quería decir. —¿Señor? —preguntó.

—Fue a Aled a quien perjudicaste. Tu castigo debería quedar en sus manos.

—Eso parece justo, señor, y si cree que es lo mejor, lo aceptaré.

Dante asintió. —Lo llamaré para comunicarle mi decisión. Puede darnos su veredicto en la reunión de la manada del viernes.

Liam juntó las manos detrás de la espalda y se volvió para mirar por la ventana de nuevo. Viernes. Eso le daba un par de días para encontrar a su pareja y convencerle de que no pretendía hacerle daño. Había tenido tantas cosas en la cabeza desde que perdió a su hermano que no se le había ocurrido la posibilidad de conocer a su pareja.

Parece que el destino había decidido otra cosa.

Puede que el momento no fuera el mejor, pero Liam se debía a sí mismo y a Aled intentar que las cosas funcionaran.

Si Aled le aceptaba como su pareja.

* * * *

Glynys colocó la taza de té sobre la mesa frente a Aled y luego se sentó en la silla junto a la suya.

—Gracias —murmuró él en respuesta.

Su madre le sonrió. Parecía diferente de alguna manera. No exactamente feliz, pero más tranquila de lo que la había visto en meses. Llevaba el pijama que le había regalado por Navidad el año anterior. Vacas blancas y negras cubrían el material de felpa rosa. Se lo había comprado como una broma —un regalo curioso que era una especie de tradición entre ellos—, pero resultó que a ella le encantaba y lo usaba a menudo. Ella se acercó y tomó su mano, dándole un suave apretón.

—Sabes que esto no es el fin del mundo, cariño. —Su voz había adoptado ese tono tranquilizador que solía usar con él cuando era niño. Empezaba a tener el efecto deseado hasta que volvió a hablar y lo estropeó todo—. Ser un cambiante lobo no es tan malo como te lo estás imaginando.

Aled frunció el ceño. —¿No es tan malo? ¿Estás loca? Es peor que malo. Es una maldita tragedia. Me voy a convertir en uno de esos *monstruos*.

Su madre entrecerró los ojos. —¿Me consideras un monstruo?

—Por supuesto que no. Tú no pudiste evitar lo que te pasó como tampoco pude hacerlo yo. Dai te transformó contra tu voluntad.

—Sí —asintió Glynys—. Lo hizo. Pero ese no es el punto. ¿Ha cambiado mi personalidad en algo, me ha hecho diferente en alguna forma aparte del hecho de que puedo transformarme en un lobo?

Aled miró fijamente su taza de té como si pudiera encontrar las respuestas a todas sus preguntas allí, aunque la respuesta a esa pregunta en particular era irrefutable. Su madre no había cambiado en absoluto. Ni un ápice.

—No —respondió—. Eres la misma de siempre.

—Y ese es exactamente mi punto. Solo porque sea una cambiante lobo, no significa que sea una persona mala o malvada como lo fueron Dai y algunos de sus ejecutores. No ha alterado quién soy por dentro y tampoco te cambiará a ti. Seguirás siendo tú, solo que una versión más fuerte de ti mismo y con la capacidad de transformarte en un lobo.

Aled suspiró. Cuando ella lo expresaba así, no sonaba tan mal. Podía entender lo que su madre quería decirle, pero no podía confiar plenamente en ello. No cuando cada experiencia que había tenido con los cambiaformas había sido mala. Estaba empezando a creer que el Alfa Dante y su manada eran diferentes, pero entonces uno de sus ejecutores le había mordido, confirmando todo lo que Aled ya sabía.

No se podía confiar en los cambiaformas.

Aled dio un sorbo a su té y luego expresó una de sus preocupaciones. —¿Y si *sí* cambias? ¿Y si sigues siendo tú porque no llevas mucho tiempo siendo loba? ¿Crees que es posible que puedas perder más de tu humanidad cuanto más tiempo seas loba?

—¿Perder mi *humanidad*? —Glynys arqueó una ceja, con las comisuras de la boca curvándose en una sonrisa indulgente—. No somos vampiros, cariño, y esto no es Hollywood. No soy una de los no-muertos. Los cambiaformas son simplemente otra especie que evolucionó junto a los humanos. Mi personalidad no va a cambiar. Ya te dije que hay cambiaformas buenos y malos, igual que hay personas buenas y malas. Así es el mundo. Fue solo una desgracia que nuestras primeras experiencias con cambiaformas fueran malas.

¿*Una desgracia*? Eso era quedarse corto. Aled tomó otro sorbo de té para evitar decir algo de lo que se arrepentiría. No quería convertir su conversación en una discusión y sabía que la forma en que Dai le había tratado no había sido culpa de su madre. No le guardaba rencor por no haber podido enfrentarse a Dai porque ella

había sido mucho más débil que el alfa. Nunca había sido una persona confrontativa, simplemente no estaba en su naturaleza. Además, enfrentarse a Dai habría empeorado la situación. El alfa había demostrado varias veces que no tenía reparos en golpear a su pareja.

Captó la mirada de su madre y la mantuvo. —Mamá, *todas* las experiencias con cambiaformas han sido malas. No ven a los humanos como iguales. Somos seres inferiores para ellos, objetos para usar en su diversión.

—Eso no es cierto —dejó la taza con tanta fuerza que el té se derramó por los bordes y cayó sobre la mesa de pino de la cocina—. ¿De verdad crees que Dai y sus ejecutores discriminaban? Trataban mal a todos, humanos, lobos, no les importaba. Lo hacían porque eran unos matones. Estaban en un viaje de poder y sabían que podían salirse con la suya. Dai solo se convirtió en alfa de la manada porque era brutal y astuto. Engañó al alfa anterior para ponerlo en una posición vulnerable. Y por supuesto tenía apoyo, seguidores leales. Ya sabes lo que dicen sobre que Dios los cría y ellos se juntan. No es difícil para una mala persona alcanzar una posición de poder. Mira a Hitler y a otros innumerables dictadores. Dai y sus ejecutores pensaban que eran invencibles. Te puedo asegurar que no éramos los únicos a quienes hacían daño. No tengo que contarte cómo trataban a Gethin. Lo viste con tus propios ojos. ¿Crees que era el único lobo que sufría?

Aled frunció el ceño. —Pero Gethin es humano —cuando vio la expresión en el rostro de su madre, tomó aire bruscamente—. ¿Gethin es un lobo?

—Claro que sí, cariño, y uno de los muchos a los que Dai hizo daño.

—Necesito tomar aire —Aled echó la silla hacia atrás y se levantó. La furia burbujeaba justo bajo la superficie y necesitaba salir antes de descargar su ira contra su madre. Ella merecía algo mejor que el filo de su lengua—. Necesito pensar. Voy a dar un paseo por el paseo marítimo. No me esperes despierta, ¿vale?

Glynys suspiró. —Aled. ¿No quieres hablar de Liam, tu pareja?

Solo oír el nombre del cambiaformas provocó que un escalofrío de anticipación recorriera la columna de Aled y una punzada en su estómago que, si se esforzaba mucho, podría atribuir a una indigestión. —No, no quiero hablar de él. No quiero tener nada que ver con él. De hecho, quiero olvidar que existe —esa declaración hizo que un dolor agudo atravesara el pecho de Aled. Lo ignoró.

Una expresión de horror cubrió el rostro de su madre. —Pero es tu pareja.

No era como si no lo supiera ya, pero eso no marcaba ninguna diferencia. "Pareja" era solo un título y uno que normalmente se aplicaba a los animales. En la vida de Liam, no significaba nada.

—No te preocupes, mamá. Es mejor así —la tranquilizó Aled—. Todo va a salir bien. Ve a la cama. Te veré por la mañana.

Aled salió de la habitación sin esperar respuesta. Cogió sus llaves del gancho en el pasillo y luego se puso la chaqueta. Al abrir la puerta principal, salió al porche y tomó una respiración profunda y calmante. El invierno estaba llegando rápidamente y el aire era cortante, pero la temperatura fresca era un alivio bienvenido. La cabeza de Aled daba vueltas, tratando frenéticamente de procesar la última noticia que su madre le había comunicado. Gethin se había convertido en una especie de amigo para Aled durante los últimos dos meses. No eran especialmente cercanos, pero eran más que conocidos.

Dai parecía odiar a Gethin incluso más de lo que odiaba a Aled. Y eso ya era decir mucho. Aled nunca había descubierto la razón porque Gethin era extremadamente reservado y nunca hablaba de sí mismo, pero ni una sola vez, en todas las ocasiones en que habían hablado, Gethin le había dicho a Aled que era un lobo. Su madre había estado emparejada con uno de los ejecutores de Dai, así que Aled había asumido que Gethin estaba en una situación similar a la suya: un humano involucrado inadvertidamente en el feroz mundo lleno de cambiaformas. Aled había perdido la cuenta de las veces que habían hablado sobre Dai y sus ejecutores y comentado lo bueno que sería finalmente librarse de ellos.

El trato que Gethin recibía de Dai había sido mucho peor que cualquier cosa que Aled hubiera sufrido. Había presenciado de

primera mano algunas de las palizas menores —un revés por aquí, un puñetazo por allá— pero sabía que eso ni siquiera era la punta del iceberg. Nunca había preguntado al respecto y Gethin nunca había ofrecido la información, sin embargo, Aled había oído a algunos de los ejecutores de Dai burlarse de su amigo sobre cosas que le habían sucedido —cosas sexuales. Se habían estado riendo del hecho de que Gethin no había sido lo suficientemente fuerte como para detenerlos. Aled se había sentido enfermo cuando escuchó sus burlas. Había simpatizado y se había sentido mal por su amigo, pero al mismo tiempo había estado rezando para que no le sucediera lo mismo a él. Aled no creía que hubiera sido lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a un ataque de esa naturaleza. ¿Pero descubrir que Gethin era un lobo, una de las criaturas que Aled más odiaba en el mundo? No sabía cómo se suponía que debía sentirse al respecto.

Prestó poca atención a las calles familiares mientras se dirigía al paseo marítimo. Siempre le había encantado caminar por el paseo marítimo de noche, escuchando el sonido de las olas rompiendo. Era pacífico —un gran escape, aunque temporal— al principio de su vida monótona y luego de su pesadilla viviente.

Algunas personas estaban frente a la tienda de fish and chips, comiendo su cena envuelta en grasientas hojas de papel blanco y unas cuantas más llenaban sus depósitos en la gasolinera, pero por lo demás el paseo marítimo estaba desierto. Aled tomó las escaleras que conducían a la playa y luego se sentó cerca de la arena y estiró las piernas mientras escuchaba el sonido del agua. Estaba tranquilo y silencioso allí abajo —completamente desprovisto de vida. La playa permanecía en oscuridad y Aled tardó unos minutos en que su vista se adaptara a la falta de luz. Su visión limitada le hizo más fácil escuchar las pisadas que resonaban en las escaleras detrás de él.

—¿Aled?

Se puso de pie de un salto y giró sobre sí mismo, con el corazón acelerado. Aunque estaba demasiado oscuro para ver con claridad, sabía quién era el hombre —el sonido de su voz estaba fuertemente grabado en la mente de Aled. La fuerte e instantánea reacción de su cuerpo era otra pista, si es que necesitaba alguna. Liam —su

supuesto amigo. Miedo, ira y excitación luchaban por dominar, pero la ira ganó.

—¡Aléjate de mí! —Sin volverse, Aled bajó el último escalón hasta que sus pies hicieron contacto con la arena—. ¿Qué demonios haces aquí? Vete. Déjame en paz.

—No puedo —La voz de Liam estaba impregnada de desesperación. Subió un par de escalones hacia arriba, aumentando la distancia entre ellos—. No quiero que me tengas miedo. Por favor. Solo quiero hablar contigo. Necesito disculparme e intentar explicarme.

—Me seguiste desde casa, ¿verdad? ¿Cómo averiguaste dónde vivo? ¿Te dio Dante mi dirección? —Aled ni siquiera estaba seguro de por qué lo preguntaba. No importaba cómo lo había averiguado Liam, aunque una pequeña parte de él quería creer que Dante era alguien en quien podía confiar.

—No, él no sabe que estoy aquí. Ya tengo suficientes problemas con él. Si descubriera que he venido... Mira, ¿podemos dar un paseo, por favor?

Aled entrecerró los ojos.

—¿Crees que estoy loco? No voy a pasear solo contigo por una playa desierta.

Liam negó con la cabeza.

—No tiene por qué ser en la playa. Podemos mantenernos en la acera —Subió otro escalón e inclinó la cabeza—. ¿Por favor?

El pulso de Aled se aceleró en sus venas. Debería haber dicho que no. Debería haberle dicho al cambiaformas que no quería saber nada de él, pero por alguna razón, no pudo pronunciar esas palabras. Además, tenía curiosidad por escuchar lo que Liam tenía que decir en su defensa.

—Tú primero —dijo, señalando con la cabeza hacia el nivel de la calle.

No había forma de confundir cómo la tensión abandonaba los hombros de Liam con su largo y uniforme suspiro.

—Vale. Gracias.

Aled esperó hasta que Liam desapareciera antes de seguirlo. Cuando llegó arriba, Liam estaba esperando en la acera cerca de la

carretera, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. Tenía la cabeza agachada, examinando sus pies, pero cuando Aled se acercó, levantó la mirada, con una feroz determinación marcada en las líneas de su rostro. Aled recorrió los alrededores con la mirada para asegurarse de que el cambiaformas estaba solo. Ignoró cómo se le cortó la respiración al acercarse y cómo la visión de Liam le hizo dar un vuelco al estómago y envió escalofríos por su columna vertebral. Sabía que tenía que ser su vínculo de pareja en acción, incluso si no lo entendía completamente.

Otra maldita cosa de lobos que no le gustaba y no quería.

Con las luces de la calle iluminando la cara de Liam, Aled aprovechó la oportunidad para estudiarlo. Llevaba vaqueros azul oscuro y un jersey negro con una camisa blanca con cuello debajo. Su pelo castaño claro estaba de punta en ángulos extraños como si hubiera estado pasándose los dedos por él con demasiada frecuencia. Su rostro era atractivo, su perfil fuerte y rígido, pero había círculos oscuros bajo sus ojos que hablaban de demasiadas noches sin dormir.

—No sé qué crees que vas a explicarme —dijo Aled mientras se colocaba junto a Liam—. Me mordiste. No hay nada más que decir. Espero que estés contento. Me has convertido en un monstruo como tú.

Cuando Liam se estremeció, Aled odió la forma en que eso le hizo sentir. Él no era como los lobos —no podía herir a alguien sin que le afectara. Su conciencia no se lo permitiría.

—No soy un monstruo —La voz de Liam era sorprendentemente profunda y áspera, pero más aún, Aled pensó que podía detectar un matiz de tristeza en el tono—. No quería morderte, te lo juro. Fue un...

—¿Un accidente? ¿Es eso lo que ibas a decir? —Aled resopló—. No *muerdes* a alguien por accidente. Te caes por accidente o tropiezas con algo o rompes un maldito plato, no te acercas tranquilamente a alguien y accidentalmente le clavaS los dientes en la mano.

Liam agachó la cabeza, sus cejas oscuras inclinadas en un ceño fruncido.

—Sé que esto es difícil de entender, pero la mordedura no fue intencionada, lo juro por la tumba de mi hermano —Su voz se quebró al pronunciar el juramento y Aled inclinó la cabeza hacia un lado y estudió el rostro del cambiaformas.

Aled metió las manos en el bolsillo de su chaqueta para proteger sus dedos de la mordida del frío viento invernal. Mientras caminaban, intentó aumentar la distancia entre ellos porque la cercanía de Liam era abrumadora. No podía decidir si quería estrangular al cambiaformas o besarle hasta dejarlo sin aliento —justo en ese momento probablemente estaba dividido al cincuenta por ciento. No quería descubrir más información sobre este hombre. Quería que dijera lo que tenía que decir y luego se fuera —eso haría las cosas mucho más fáciles, pero antes de poder detenerse, preguntó:

—¿Cuándo murió tu hermano?

Liam se volvió y se encontró con su mirada y por primera vez, Aled pudo ver de cerca sus ricos ojos marrones y quedó impactado por lo hermosos que eran, pero entonces las cejas de Liam se juntaron en una expresión agonizada que causó un dolor agudo en el pecho de Aled.

—Hace tres meses —dijo con voz entrecortada—. O casi. Fue una colisión frontal. Murió instantáneamente.

Aunque no conocía a Liam y nunca había conocido a su hermano, se le formó un nudo en la garganta a Aled. Sus dedos le picaban por alcanzar y abrazar a Liam. Quería consolarlo. Resistió la tentación, pero apenas, y le resultó igualmente difícil pronunciar su siguiente frase.

—Lamento mucho tu pérdida —Era una declaración trivial y distante que se sentía demasiado fría, así que Aled añadió—: ¿Era mayor que tú?

Liam negó con la cabeza.

—Era mi hermano pequeño. Unos años menor que yo.

—Debes echarlo mucho de menos —Aled se odiaba por preocuparse tanto por los sentimientos del cambiaformas, pero deseaba tener la capacidad de quitarle el dolor a Liam.

—Cada día más —admitió—. Toby quería ser ejecutor justo como yo.

El recordatorio de la posición de Liam en la manada devolvió a Aled a la realidad de golpe. Fue como si le echaran un cubo de agua helada. Se detuvo, sacó las manos de los bolsillos y se cruzó de brazos.

—Si no me mordiste intencionadamente, entonces ¿por qué demonios lo hiciste?

—¿Sabes qué le pasó a Rory? —preguntó Liam.

Aled negó con la cabeza. —No. No le conocí hasta hoy. Solo sé que mató a Dai.

Liam asintió. —Los ejecutores de Dai habían estado matando a humanos en nuestro territorio. Intentaron matar a Rory, pero Dante llegó antes de que sucediera. Le salvó la vida, pero no antes de que Rory fuera malherido. Aunque Rory escapó antes de que Dante pudiera hablar con él, captó su olor y supo que eran compañeros.

—Vale, pero ¿qué tiene que ver todo eso con la razón por la que me mordiste?

—El lobo que hirió a Rory era un miembro de la manada de Dai —explicó Liam—. Eso significaba que el alfa podía llamarle cuando quisiera, y lo hizo; si le hubiera atrapado, le habría matado. Yo estaba de guardia fuera de la casa cuando capté tu olor.

—Supe al instante que eras mi compañero y entré corriendo para conocerte. Pero entonces vi a Rory y recordé lo que le había pasado y lo destrozado que había estado Dante por ello. Casi pierde a Rory por culpa de Dai. El lobo dentro de mí no estaba pensando racionalmente. Te vi a ti, vi a Rory y no pude permitir que volviera a ocurrir lo mismo.

—Así que me mordiste para asegurarte de que nadie más lo hiciera —dijo Aled, frunciendo el ceño—. Qué considerado.

Una sonrisa triste elevó las comisuras de la boca de Liam. —Nunca dije que fuera racional. Ya te lo he dicho, no estaba pensando con claridad. Fue una acción estúpida, del momento, y me arrepiento, de verdad.

—¿Y Dante no tuvo nada que ver?

—¿Eh? —La expresión de Liam se volvió pensativa—. ¿Qué tendría que ver Dante con que yo te mordiera?

Liam podría haber estado mintiendo, por supuesto, pero Aled no lo creía. Tenía la impresión de que habría sabido instintivamente si Liam no estuviera diciendo la verdad.

Se encogió de hombros. —Es que no confío en él.

—¿No confías en *Dante*? —La boca de Liam se abrió de par en par—. Es la persona más digna de confianza que conozco. Le confiaría mi vida.

—Peor para ti —murmuró Aled.

—Solo espera a conocerle mejor. Te caerá bien y le respetarás tanto como yo.

Aled no planeaba conocerle en absoluto. Tenía la intención de pasar el menor tiempo posible con los lobos.

—De verdad que siento haberte mordido —continuó Liam—. La decisión de convertirte en lobo o no debería haber sido tuya.

—Mi *decisión* —balbuceó Aled—. ¿Quién demonios elegiría esto?

La confusión se apoderó del rostro de Liam. —Muchos compañeros lo hacen —respondió—. La mayoría, de hecho. ¿No quieres vivir más tiempo, ser más fuerte y no tener que preocuparte por las enfermedades?

—Puedes ahorrarte el discurso de vendedor. Ya me estoy transformando, ¿recuerdas?

—No te gustan mucho los lobos, ¿verdad? —comentó Liam.

—Muy perspicaz.

—¿Por qué no? Me he dado cuenta de que tu madre es una loba. ¿Eso no ha aliviado tus temores sobre convertirte en uno de nosotros?

Aled dejó de caminar e inclinó la cabeza. —No sabes nada de mí, ¿verdad?

—No —admitió Liam—. Al menos, no todavía.

—¿Sabes con quién estaba emparejada mi madre?

Cuando Liam negó con la cabeza, Aled le puso al corriente. —Con Dai, el alfa de la manada al que Rory mató hace un par de semanas.

Un gruñido bajo brotó de la garganta de Liam. —¿Dai era tu padre?

—Padrastro —corrigió Aled—. ¿Ahora entiendes por qué no me gustan los lobos?

Liam dio un paso más cerca y puso una mano en el brazo de Aled. Incluso a través del grosor de su chaqueta de invierno, Aled sintió el contacto tan claramente como si el cambiante hubiera tocado su piel desnuda. Le recorrió como una descarga eléctrica y le excitó más allá de lo razonable.

—No todos los lobos son como Dai, Aled. De hecho, muy pocos lo son. La mayoría son solo personas normales que rechazan la violencia tanto como cualquier humano.

Aled frunció el ceño. Parecía que había estado oyendo eso mucho últimamente, pero confiar en ello era algo para lo que no estaba seguro de estar preparado todavía.

Las cejas de Liam se levantaron en señal de interrogación. —¿Cuántos años tienes? Yo tengo veinticuatro, por si te lo preguntabas.

Aled nunca habría admitido que lo había pensado. —Veintiuno.

—¿Trabajas?

Negó con la cabeza. —No, estoy en mi último año de universidad. Estudio Diseño Gráfico en Swansea. Ahora estamos en vacaciones de mitad de trimestre.

—¿Te gusta?

—Me encanta, al menos me gustaba. —Se encogió de hombros —. No me veo terminando el curso ahora.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

—¿En serio me lo preguntas? —Miró fijamente a Liam—. ¿Cómo crees que se vería si me presento dentro de dos semanas con el doble del tamaño que tengo ahora? Tendría que dar algunas explicaciones, ¿no?

—Dios, no había pensado en eso. —Liam suspiró profundamente —. No solo te he convertido en un cambiante lobo, he arruinado toda tu vida. Lo siento muchísimo.

Ante la mirada de devastación en la cara de Liam, el estómago de Aled se revolvió. —No te preocupes. Solo tendré que repetir un trimestre o quizás pueda arreglármelas perdiendo un mes. Ya buscaré una solución.

—Estás siendo demasiado amable —dijo Liam—. Es más de lo que merezco.

—En eso tienes razón.

Cuando la boca de Liam se abrió en una sonrisa pausada, el estómago de Aled dio un vuelco por una razón completamente diferente. Para distraerse, se centró en una joven pareja que salía de la tienda de pescado y patatas fritas. Cuando el aroma de las patatas y el vinagre llegó hasta él, de repente se sintió hambriento a pesar de haber cenado hacía solo un par de horas. Otra maldita cosa de lobos.

—¿Tienes hermanos o hermanas? —preguntó Liam después de un rato.

—No, soy hijo único. Mi madre quería más hijos pero mi padre murió cuando yo era pequeño y ella nunca volvió a casarse.

—¿Y Dai? —preguntó Liam.

—Solo se conocieron hace unos meses, *por suerte*. Tal y como fue, estuvieron juntos tres meses de más.

—¿Tu madre le quería?

—No creo. Ella seguía hablando de lo difícil que habría sido ignorar el vínculo de compañeros. Claro que Dai no mostró su verdadera cara hasta un par de semanas después y para entonces ya la había convertido en loba.

—Después de eso, dijo que no podía abandonar la manada, que un lobo no puede sobrevivir sin una. Yo quería que dejara a Dai, especialmente cuando demostró ser un capullo violento. Cuando ella se negó, no sé, supongo que me sentí como si lo estuviera eligiendo a él por encima de mí. Sé que eso no es cierto, pero así es como me sentí en ese momento.

Aled contemplaba el oscuro océano, perdido en el recuerdo de aquella dolorosa época de su vida, pero cuando Liam le tocó la mejilla y murmuró que lo sentía, volvió de golpe al presente. No podía creer que hubiera revelado tantos pensamientos y miedos dolorosos. De repente se sintió avergonzado. No debería importarle, pero la opinión que Liam tenía de él era importante.

—Tengo que irme a casa —dio un paso atrás y la mano de Liam cayó a un costado—. Es tarde —Aled se dio la vuelta y comenzó a

caminar en dirección a su casa, pero Liam le llamó.

—¿Aled? Gracias por escucharme y por dejarme explicarte. ¿Podríamos quedar de nuevo pronto? Me gustaría mucho conocerte mejor.

Di que no, di que no. Di... —Estaré en la reunión de la manada el viernes por la noche. Si quieres verme, puedes verme allí.

Aled se giró, pero no antes de captar la tímida sonrisa que se extendía por los labios de Liam. Le transformaba el rostro, haciéndole parecer años más joven. El cambiante no lo sabía, pero mientras Aled caminaba a casa, su cara reflejaba la misma expresión.

Capítulo Tres

Cuando Aled colgó el teléfono tras su conversación con Dante a la mañana siguiente, una oleada de emociones le invadió —la ira siendo la más predominante. La noche anterior, había empezado a simpatizar con Liam. Había comenzado a pensar que el cambiaformas era una persona honesta y decente, pero ahora era obvio que solo intentaba salvarse el pellejo. Dante acababa de informarle que el castigo de Liam por la mordedura quedaría en manos de Aled. Con razón Liam había sido tan amable con él. Claramente había estado adulándole, con la esperanza de librarse de las consecuencias de lo que había hecho.

Parecía que cada vez que Aled empezaba a confiar en los lobos, hacían algo que le mostraba su verdadera naturaleza. Suspiró y se pasó una mano por la áspera barba incipiente de su mandíbula. Se había afeitado dos veces esa mañana y ya le estaba creciendo el pelo de nuevo —una señal de la transformación. El cambio estaba ocurriendo rápidamente, pero su madre le había dicho que eso era normal y Aled recordaba que a ella le había pasado algo similar. Su apetito había aumentado al igual que su peso —todo para ganar masa, la forma en que su cuerpo se preparaba para la primera transformación. Conocía el proceso.

Y odiaba cada segundo de ello.

—¿Qué vas a hacer con el castigo? —preguntó Glynys.

Cuando Aled saltó y luego se dio la vuelta, con la mano en el corazón, su madre hizo una mueca.

—Lo siento, cariño, no pretendía escuchar a escondidas, pero a veces es inevitable con este nuevo oído de lobo.

Aled se encogió de hombros.

—No sé qué hacer.

—Bueno, tienes tiempo para pensarlo. Estoy segura de que harás lo correcto. Siempre lo haces.

—Supongo.

—No lo has mencionado, pero sé que conociste a Liam anoche y como estabas paseándote con una sonrisa tonta en la cara esta mañana, supuse que el encuentro fue bien.

Aled frunció el ceño.

—¿Una sonrisa tonta? No he tenido tal co... espera un momento. ¿Cómo sabías que estuve con Liam anoche?

Su madre bajó la mirada.

—Puedo olerlo en ti.

Aled miró a su madre con indignación.

—Eso es realmente espeluznante.

Ella puso los ojos en blanco.

—No es algo que pueda controlar, Aled.

Estaba a punto de responder cuando sonó el timbre. Glynys ladeó la cabeza y escuchó atentamente. Aled frunció el ceño. ¿Cómo demonios podía su oído ayudarle a identificar a quien llamaba?

Ella se volvió hacia él y levantó las cejas.

—Yo no espero a nadie, ¿tú sí?

—No.

Mientras su madre iba a abrir la puerta, Aled se permitió un breve momento de pánico en el que pensó que podría ser Liam. Habían acordado verse en la reunión de la manada al día siguiente, pero quizás Liam no podía esperar para verle de nuevo. El corazón de Aled empezó a latir más rápido y su boca se secó instantáneamente, pero cuando Glynys regresó con su visitante, no pudo decidir si estaba feliz o decepcionado de que no fuera Liam después de todo.

Su amigo Gethin entró en la habitación con paso desgarbado, la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta. Aled observó al hombre que ahora sabía que era un cambiaformas. Había estado enfadado con Gethin por no haberle dicho que era un lobo, pero la sensación de traición se desintegró tan pronto como vio la cara de Gethin. Un gran moratón púrpura rodeaba uno de sus ojos, que estaba casi cerrado por la hinchazón. Tenía un feo corte en el puente de la nariz y otro moratón en una de sus mejillas. Aled había pensado que el maltrato hacia Gethin terminaría con la muerte de Dai, pero parecía que se había equivocado.

—¿Quién te ha hecho eso? —Señaló con la cabeza hacia la cara de Gethin y su amigo soltó un suspiro.

—Robert.

—¿El beta de Dai? —Aled frunció el ceño—. Pensaba que lo habían matado al mismo tiempo que a los otros.

—Sí, eso creíamos los dos. Por lo visto no.

—Ven y siéntate, cariño —Glynys guio a Gethin hacia el sofá, haciendo su mejor imitación de gallina clueca—. Pondré la tetera a hervir y te prepararé una buena taza de té caliente.

Aled puso los ojos en blanco. Era típico de su madre pensar que una taza de té era la solución a cualquier problema. No obstante, Gethin consiguió esbozar una débil sonrisa.

—No se moleste por mí.

—Tonterías. No es ninguna molestia. Tú siéntate. Os dejaré algo de privacidad para que podáis hablar unos minutos.

Aunque él y Gethin sabían que no podían tener verdadera privacidad cuando había un lobo con su extraordinaria capacidad auditiva en la casa, Aled apreció el gesto.

—Gracias, mamá —Tomó asiento y esperó hasta que su madre salió de la habitación antes de girarse hacia su amigo y preguntarle —: ¿Por qué no me dijiste que eres un cambiaformas?

Gethin frunció el ceño y una expresión de confusión nubló su rostro.

—¿No lo sabías?

—No, no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo?

Se encogió de hombros.

—Pensé que sería obvio. Es decir, mira cómo nos conocimos. Yo formaba parte de una manada de lobos.

—Yo también —replicó Aled.

—Técnicamente, no. Tu madre es de la manada. Tú eres... —agitó la mano como si eso le ayudara a encontrar la palabra adecuada— *humano*.

—No por mucho tiempo —murmuró Aled.

—¿Qué quieres decir? —Gethin se inclinó hacia delante y arrugó la nariz, olfateando el aire. Si hubiera hecho algo así en los dos meses que llevaban conociéndose, a Aled no le habría costado

descubrir que era un lobo. Los ojos de Gethin se abrieron como platos.

—¡Joder! ¡Te estás transformando! ¿Quién te ha hecho eso?

—Mi pareja destinada —dijo Aled con un suspiro—. Me mordió sin mi consentimiento.

Los ojos de Gethin se abrieron aún más.

—¿Tu *pareja destinada*?

—Sí, la primera vez que me vio simplemente se acercó a mí y me clavó sus malditos colmillos en la mano. Menudo saludo, ¿eh? Quiero decir, podría haber, no sé, dicho hola primero.

Gethin negó con la cabeza, sonriendo irónicamente, pero se puso serio antes de volver a hablar.

—Lo siento, Aled. Sé cuánto detestas a la comunidad de cambiaformas y que nunca quisiste formar parte de ella. ¿Cómo estás llevando el cambio?

Aled se encogió de hombros.

—No es como si pudiera hacer algo más que aceptarlo.

—Supongo que sí, pero que te lo impongan así... ¿Cómo es tu pareja destinada?

¿Cómo describir la perfección? El pensamiento hizo que el calor se asentara en las mejillas de Aled.

—Está bien, supongo —dijo en voz baja.

—¿Solo bien? —Gethin frunció el ceño—. Es tu pareja destinada. Se supone que debe ser perfecto para ti en todos los sentidos. No es violento, ¿verdad? —Un gruñido bajo escapó de los labios de Gethin y sus ojos se oscurecieron—. Dime que no es como Dai y los otros.

Aled ya estaba negando con la cabeza antes incluso de haber tenido la oportunidad de pensar en la pregunta. Apenas conocía a Liam, así que no estaba cualificado para responderla, pero teniendo todo en cuenta, no creía que Liam fuera un hombre violento. Había parecido genuinamente arrepentido y afectado por el hecho de haber mordido a Aled. La emoción más predominante que Aled había percibido en él había sido la tristeza. Por supuesto, Liam podría haber sido un gran actor, pero Aled no creía que ese fuera el caso. Al menos esperaba que no lo fuera. Pero ¿qué pensar de lo que había descubierto esa mañana? ¿Había estado Liam

simplemente tratando de salvarse de un castigo severo? Aled ya no sabía qué creer.

—No creo que sea como ellos —dijo tras una breve pausa—. Me cuesta admitirlo, pero parecía un tipo bastante agradable. Aunque, Dai también lo pareció al principio, así que supongo que eso no cuenta para nada, ¿verdad? Claramente soy pésimo juzgando a las personas.

—¿Cómo es tu pareja? ¿Es guapo?

El ardor en las mejillas de Aled se intensificó. —Es... atractivo —reveló—. Aunque está algo delgado para ser un lobo. Pero eso podría ser por el dolor. Perdió a su hermano en un accidente de coche hace poco.

Gethin suspiró. —Vaya, eso sería duro para cualquiera, pero especialmente para un cambiante.

Aled frunció el ceño. —¿Por qué sería más difícil para un cambiante?

—Los cambiantes forman vínculos estrechos con la familia y sus parejas. No es fácil describírselo a alguien que no lo ha experimentado. Es similar al vínculo que un lobo cambiante siente por su manada, solo que mucho más fuerte.

—Si estás cerca de alguien, como un padre o un hermano o lo que sea, de alguna manera puedes sentir que esa persona es parte de ti y si la pierdes, es como perder parte de ti mismo.

Cuando Aled arqueó una ceja escéptica, Gethin se encogió de hombros. —Lo experimentarás tú mismo muy pronto. Cuanto más te acerques a tu primera transformación, más aflorarán tus instintos de lobo y más conectado te sentirás con tu madre. También llegarás a preocuparte más por tu pareja. Te doy tres días más y no querrás separarte de él.

Aled dejó escapar una risa grave. —Sí, claro.

—Espera y verás. —Se movió en su asiento y luego hizo una mueca de dolor. La expresión de dolor de Gethin volvió a llamar la atención de Aled sobre sus heridas.

—Eso debe doler —dijo, señalando con la cabeza la cara magullada e hinchada de su amigo.

Asintió. —De hecho, es la razón por la que vine aquí hoy.

—¿Ah?

—Sí, cuando Robert me alcanzó, estaba como loco. Quiero decir, sé que siempre estuvo desequilibrado, pero parece estar peor desde la muerte de Dai. Creo que está en algún tipo de misión de venganza. Quería saber sobre el nuevo alfa de la manada, pero aún no lo he conocido, así que no pude decirle nada. Tampoco estaba solo. Tenía músculo con él.

—¿Músculo? —Aled frunció el ceño—. Pensé que todos los ejecutores de Dai habían sido asesinados el mismo día que él.

Gethin suspiró. —Tenía dos hombres con él, pero no sé quiénes eran, nunca los había visto antes. No pertenecían a la manada de Dai y sabría si fueran hombres de Dante. Ahora también soy parte de su manada, así que sentiría algún tipo de vínculo con ellos, pero no había nada. Debido a la conexión de tu madre con Dai, diría que también puedes esperar una visita de Robert.

—Genial. —El temor se instaló en el estómago de Aled. Robert había ayudado en una de las palizas de Dai y había disfrutado enormemente con el acto. Sabía cuánto había odiado Aled a Dai. Nunca había podido ocultar su aversión por el alfa, incluso cuando eso podría haberle salvado de algún que otro revés.

—Me aseguraré de que mi madre también esté atenta a él. Me pregunto qué estaba haciendo con los nuevos lobos —reflexionó Aled.

—Probablemente se ha unido a una nueva manada llena de hombres como él. No le resultaría demasiado difícil encontrar más escoria por ahí. El mundo está lleno de ellos.

Gethin se estremeció y miró al vacío, con el ceño fruncido como si estuviera perdido en un recuerdo desagradable. Gethin era un misterio. Desde que Aled lo conocía, había aprendido poco sobre su pasado, pero no presionaría en busca de respuestas. Si Gethin quería hablar sobre su pasado, lo haría.

—¿Qué quiere Robert de Dante? —preguntó, atrayendo de nuevo la atención de su amigo.

Se encogió de hombros. —Al principio pensé que quería venganza por la muerte de Dai, pero creo que podría haber algo más. ¿Has conocido a Dante?

—Sí, fuimos a su casa ayer. Ahí es donde Liam me mordió.

Gethin hizo una mueca. —Entonces, ¿cómo es el nuevo alfa?

—¿Honestamente? —Aled suspiró. No había confiado en Dante al principio y, aunque seguiría cauteloso hasta que descubriera lo contrario, el alfa no le había dado ninguna razón para dudar de su sinceridad—. Parecía agradable. También su pareja, Rory.

La cabeza de Gethin giró bruscamente y miró a Aled boquiabierto. —¿El alfa tiene como pareja a un *hombre*?

—Sí. —Aled se rascó la nuca—. Fue raro. Nunca había visto a los lobos comportarse así.

Gethin se inclinó hacia delante, luego hizo una mueca y se agarró el costado antes de preguntar: —¿Comportarse cómo?

—Como seres humanos normales, supongo. Tendrías que haber oído cómo le hablaba el ama de llaves. Era una locura. Si alguien le hubiera hablado así a Dai, no seguiría respirando.

Cuando Aled encontró la mirada de Gethin, se estremeció. Mirar a los ojos de Gethin era como mirar a un abismo frío y oscuro. —¿Yo no me comporto como un ser humano normal?

—Bueno, sí, pero...

—¿Pero qué? Tu percepción de nosotros es completamente errónea, bueno, de la mayoría. Yo nací lobo y he estado rodeado de otros lobos toda mi vida. He tenido tres alfas diferentes y créeme, Dai era el peor de todos. Él y sus ejecutores eran...

Gethin visiblemente se tensó. Bajó la cabeza y cerró los ojos, luego se tomó un minuto antes de continuar. Aled se preguntó si estaba revisitando otro lugar oscuro, otro mal recuerdo. Abrió la boca para tratar de ofrecer algún tipo de consuelo a su amigo, pero entonces Gethin habló.

—Eran *escoria* —dijo al fin. Su voz contenía más que un rastro de amargura. Levantó la cabeza, pero no encontró la mirada de Aled—. Nunca he conocido lobos como ellos y espero no conocer nunca a ninguno parecido.

Permanecieron callados un rato mientras Aled digería lo que Gethin había dicho. Solo lo conocía desde hacía unos meses, pero había sido tiempo suficiente para saber que confiaba en él. Se estaba haciendo evidente que Aled había estado viviendo bajo un

concepto erróneo. Había creído equivocadamente que todos los lobos eran criaturas despiadadas y sin alma que se aprovechaban de cualquiera que consideraran más débil que ellos. Pero todo lo que había visto y oído en los últimos días estaba desafiando esas creencias.

Si los lobos eran en su mayoría buenos, al igual que los humanos, entonces quizás Liam también era bueno y había sido sincero la noche anterior y no solo estaba intentando salir de un apuro. Si eso era cierto, entonces Aled sabía que debería tomarse el tiempo para conocerlo mejor. Los lobos se emparejaban de por vida. Tal vez podrían tener una verdadera oportunidad de futuro juntos después de todo. La idea era aterradora pero igualmente reconfortante.

* * * *

—Eh, Liam, ¿quieres una salchicha o una hamburguesa? —le gritó Bram desde la barbacoa. Llevaba un alto gorro de chef blanco con un delantal a juego y había estado dando la vuelta a trozos de pollo y costillas como si fuera un profesional experimentado.

—Nada, gracias —respondió—. No tengo hambre.

—Dale uno de cada —dijo Mary desde su posición junto a su compañero—. Ese chico necesita engordar un poco. Está flaco como un palo.

Liam suspiró y puso los ojos en blanco. Era inútil discutir con Mary porque siempre se salía con la suya. Miró su reloj y luego volvió la vista hacia la casa, continuando su vigilancia para la llegada de Aled. Quedaban otros diez minutos para el comienzo oficial de la reunión de la manada, pero en la última media hora, Liam se había estado volviendo loco preguntándose si su pareja aparecería.

Aled había dicho que estaría en la reunión y Liam no tenía motivos para desconfiar de él, pero podría haber surgido algo o haberle ocurrido algo por el camino. El estómago de Liam se contrajo ante la idea. La bilis le subió a la garganta cuando el miedo ciego y el pánico se apoderaron de él. Sabía muy bien lo fácilmente que ocurrían los accidentes en las carreteras que atravesaban las montañas de Bryn. Había perdido a su hermano en esas carreteras.

Liam estaba a segundos de correr hacia su coche para buscar señales de un accidente en las carreteras cuando la puerta trasera se abrió y Aled salió al jardín, con su madre siguiéndole de cerca. Aled había crecido desde la última vez que Liam lo había visto.

Considerablemente.

Habían pasado menos de dos días, pero el cuerpo de Aled ya se estaba desarrollando para su primera transformación. Una ola de culpabilidad invadió a Liam al recordar lo que había hecho. Era un milagro que Aled aún le hablara, y mucho menos que hubiera aceptado verlo de nuevo.

En su visión periférica, Liam vio a Mary llevarse a la madre de Aled y arrastrarla para conseguir algo de comida, pero casi toda su atención seguía fija en su pareja. Aled era impresionante y Liam tuvo que hacer un gran esfuerzo para no correr hacia él. Los ojos de su pareja recorrieron a los cambiantes que estaban de pie alrededor del jardín en pequeños grupos conversando. Finalmente, su mirada se posó en Liam. Incluso desde seis metros de distancia, Liam pudo ver cómo Aled tomaba aire rápidamente. Solo esperaba que la reacción naciera de la excitación y no del miedo. Liam nunca dañaría ni un solo pelo de la cabeza de su pareja. Le horrorizaba pensar que ya podría haber herido a Aled al morderlo.

Mientras seguía manteniendo la mirada de Aled, Liam extendió sus sentidos para sentir su vínculo. Ya era mucho más fuerte que la última vez que se habían encontrado. En unos pocos días más, Liam dudaba que pudiera separarse de Aled en absoluto. ¿Qué iba a hacer entonces? Acamparía en la puerta de su pareja si fuera necesario, cualquier cosa para estar cerca de él. Su único consuelo era que a medida que el lado lobo de Aled se volviera más prominente, también sentiría la conexión más profunda con Liam y le resultaría tan difícil como a Liam mantenerse alejado. Ese momento no podía llegar lo suficientemente rápido.

Aled empezó a caminar hacia él. Llevaba los hombros hacia atrás y la cabeza alta, con un paso rápido y seguro. Para un observador casual, habría parecido no afectado por la presencia de Liam, pero su nerviosismo era inconfundible. Sus ojos se movían inquietos y se frotaba las palmas sudorosas en unos vaqueros que se ajustaban tan

bien a sus muslos en expansión. Liam se sentía igual de nervioso por ver a Aled de nuevo. Los últimos dos días habían sido difíciles. Había deseado desesperadamente estar cerca de su pareja, pero cada vez que se ponía en marcha, se detenía en el último minuto. Para matar el tiempo hasta volver a verlo, había pasado tiempo junto a la tumba de su hermano, contándole a Toby sobre Aled. A Toby le habría caído bien, Liam estaba seguro, pero habría estado furioso con Liam por morder a Aled sin su consentimiento, igual que Liam estaba furioso consigo mismo.

—Hola.

—Hola —Liam se inclinó hacia delante y puso un beso en la mejilla de Aled, y el jadeo de su pareja fue directo a la polla de Liam, endureciéndola casi hasta el punto del dolor—. Me alegra verte de nuevo.

—A mí también.

Cuando Liam se echó hacia atrás, notó un ligero rubor en las mejillas de Aled, y la visión lo excitó aún más. Una imagen de Aled extendido en la cama, desnudo, retorciéndose y sonrojado de excitación entró en la mente de Liam y apenas logró reprimir un gemido. Sus labios hormigueaban desde donde habían hecho contacto con la piel de Aled e imaginó cómo se sentirían envueltos alrededor de la polla de su pareja mientras lo volvía loco de placer. Cuando los ojos de Aled se oscurecieron, Liam se preguntó si sus pensamientos habían ido en la misma dirección. Liam se inclinó de nuevo, atraído por un magnetismo que no podía ignorar. Sus labios estaban a solo unos centímetros de distancia y, para alivio de Liam, Aled no se apartaba.

—Aquí tienes —interrumpió Mary, empujando una hamburguesa y una salchicha en las manos de Liam.

Miró la comida y suspiró. —Genial.

—Asegúrate de que se coma eso —dijo Mary, dirigiendo una mirada severa a Aled—. El chico necesita algo de carne en los huesos y confío en que me ayudes a engordarlo.

Aled asintió con los ojos muy abiertos.

—¿Engordarme? —se quejó Liam—. No soy un maldito pavo de Navidad.

Aled se rio, pero Mary entrecerró los ojos. —Deja de quejarte y cómetelos. Hay niños hambrientos en el mundo que matarían por una comida así.

Liam esperó hasta que Mary regresó a la zona de la barbacoa antes de empujar la hamburguesa hacia Aled. —Tienes que ayudarme. No puedo comerme las dos cosas.

—Ni hablar —Aled retrocedió como si Liam le estuviera ofreciendo algo venenoso—. De ninguna manera voy a meterme en problemas con Mary. El otro día amenazó con castrar a su pareja, así que no quiero ni pensar lo que le haría a un completo desconocido.

Liam echó la cabeza hacia atrás y se rio. —¿De verdad? Sí, eso suena a Mary, desde luego. —Cuando volvió a mirar la comida, la sonrisa de Liam se desvaneció. Había sido la primera vez que se reía en meses. Había olvidado lo bien que se sentía, lo feliz que le hacía sentir, lo despreocupado.

Y Aled había sido quien le había hecho sentir así.

—¿Qué pasa? —Liam sintió una punzada en el pecho cuando la expresión de Aled se llenó de preocupación.

—Nada, solo... —Sacudió la cabeza y luego forzó una sonrisa en sus labios—. No me he reído en mucho tiempo. Se siente raro, como si estuviera fuera de práctica o hubiera olvidado cómo hacerlo.

—Deberías hacerlo más a menudo. Te queda bien.

Liam sintió como si un gran peso se hubiera levantado de su pecho. —Gracias.

Se encogió de hombros. —Allá voy. —Levantó la hamburguesa hasta su boca y le dio un gran mordisco. Estaba buena y cuando el sabor explotó en su lengua, le hizo darse cuenta de lo hambriento que estaba en realidad. La devoró en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Estaba buena? —preguntó Aled.

—Sí. ¿Seguro que no quieres esto? —preguntó señalando el perrito caliente.

Cuando su compañero negó con la cabeza, Liam envolvió con sus labios la salchicha que sobresalía del extremo y le dio un mordisco. No tardó en darse cuenta de que Aled estaba observando su boca atentamente. Fingió no haberse dado cuenta y se lamió el exceso de kétchup del labio. Aled dejó escapar un pequeño gemido y se movió

inquieto. Con una sonrisa, Liam hizo un espectáculo mientras comía el resto, asegurándose de hacer ruidos fuertes y satisfechos. Cuando echó un vistazo a Aled, notó que sus ojos se habían vuelto un tono más oscuro y podía oler su excitación incluso por encima del fuerte aroma de la comida. Comió el resto lentamente, luego cerró los ojos y gimió de nuevo. —Joder, qué bueno estaba.

—Ajá.

—Realmente bueno. —Cuando abrió los ojos, se inclinó cerca del oído de su compañero—. Pero se me ocurren cosas mejores alrededor de las que me gustaría envolver mi boca ahora mismo.

Aled tragó ruidosamente y Liam se rio de su expresión abochornada. No podía recordar la última vez que se había sentido tan a gusto. La culpa intentó abrirse paso en su mente, susurrándole que no debería permitirse divertirse porque su hermano había sido privado de ello, pero Liam hizo todo lo posible por ignorar ese pensamiento inoportuno. Toby había sido una persona despreocupada, llena de entusiasmo, con un deseo por la vida que Liam nunca había visto mostrar a otra persona. Su risa siempre había sido la más fuerte y la más prolongada. Con tanta alegría dentro, Liam sabía que Toby habría estado feliz de que hubiera encontrado a su compañero. Habría sido el primero en felicitarlos y decirles que disfrutaran cada minuto del tiempo que pasaran juntos.

No sería fácil, pero Liam iba a intentar hacer precisamente eso.

—¿Quieres ir a por una bebida fría?

Aled asintió. —Sí, claro.

Liam guió el camino hasta una mesa que habían instalado en el borde del jardín. Estaba bien surtida de cerveza, vino y una selección de refrescos.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó, alargando la mano para coger una.

Aled negó con la cabeza. —No puedo, estoy conduciendo. Una Coca-Cola está bien.

Liam asintió y cogió una lata para cada uno, luego los condujo a un lugar tranquilo en el extremo más alejado del jardín. Cuando estuvieron lejos de oídos indiscretos, Liam abrió la lata, dio un largo

trago y dijo: —Has crecido mucho en los últimos días. Eras mucho más pequeño que yo, pero ahora me estás alcanzando. ¿Estás bien?

Aled asintió. —Mi madre pasó por el cambio hace unos meses, así que sé lo que puedo esperar, bueno, más o menos. Sé que probablemente me haré aún más grande que esto. No puedo imaginármelo, sin embargo. —Una arruga le surcó la frente—. Eres mucho más pequeño que la mayoría de los lobos que he conocido. ¿Perdiste peso después de...? —Dejó la frase en el aire, pero Liam sabía a qué se refería.

—Sí. Después de perder a mi hermano, como que perdí el apetito también. Y no solo por la comida. La vida simplemente dejó de tener atractivo. Al menos, hasta que te encontré a ti.

Aled miró fijamente los ojos de Liam y era como si estuviera buscando algo en ellos. —Lo dices en serio, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Dante me llamó ayer por la mañana y me contó su decisión sobre tu castigo.

Liam tomó otro trago y luego asintió. —Sí, a mí también me lo dijo.

—Pensé que quizás fuiste tan amable conmigo la otra noche porque esperabas que te librara del castigo.

Los ojos de Liam se abrieron como platos. —¿Cómo puedes pensar eso? Para empezar, soy amable con todo el mundo. Pero tú eres mi compañero. Esa es razón suficiente para ser amable contigo, ¿no crees?

Aled se encogió de hombros. —No lo sé. Mi madre era la compañera de Dai, pero eso no le impidió tratarla como una mierda.

—Yo no soy Dai —dijo Liam—. Y nunca seré como él.

Aled miró a los ojos de Liam durante un largo momento. —Te creo. No sé por qué, pero lo hago.

—Me probaré a mí mismo ante Aled, si me lo permites. Sabes, siento que desde que murió mi hermano, he estado a la deriva, avanzando pesadamente y sin preocuparme por nada, pero ahora siento que tengo un propósito.

—¿Cuál es? —preguntó Aled.

Liam extendió la mano y la colocó sobre la rodilla de su compañero. —Hacerte feliz.

—Oh. —Aled lo miró boquiabierto—. Vaya. Eso es... romántico.

Liam sonrió. —Lo siento. Normalmente no soy tan cursi, pero no puedo evitarlo cuando se trata de ti.

—No te disculpes. Me gusta.

Liam dio un sorbo a su cerveza y se recostó contra el banco, y contemplaron las idas y venidas en el jardín en un cómodo silencio. Después de unos minutos, Aled se estremeció y se frotó los brazos con las manos.

—¿Tienes frío?

Aled asintió, así que Liam se quitó la chaqueta y se la entregó. Era casi finales de noviembre, y hacía un frío especialmente intenso para esa época del año, pero él no necesitaba la capa extra. Mentalmente, Liam se reprochó no haber tenido en cuenta las necesidades de su compañero.

—¿No la necesitas? —preguntó Aled.

—No. La temperatura de un cambiante suele ser más alta que la de un humano. Apenas sentimos el frío en absoluto. A medida que tu lado lobo se desarrolle, lo notarás cada vez menos también.

—Gracias por esto —dijo Aled mientras Liam le ayudaba a ponerse la chaqueta de lana gris oscuro. El lobo de Liam quería aullar de alegría. Le gustaba ver su ropa en su compañero y, a medida que sus aromas se combinaban, la embriagadora mezcla hizo que la excitación de Liam se disparara. Por impulso, se inclinó para darle un casto beso en la mejilla a Aled, pero en el último momento, Aled giró la cabeza y el beso aterrizó en sus labios.

Pillado por sorpresa, Aled jadeó, pero en lugar de apartarse, presionó sus labios con más fuerza contra los de Liam. Una combinación de alegría, pasión y una abrumadora sensación de que aquello era lo correcto, inundó el cuerpo de Liam. A medida que el beso continuaba, Aled abrió un poco la boca y la punta de su lengua asomó para acariciar los labios de Liam. Fue como si su cuerpo hubiera estado en estado latente y se hubiera despertado al instante. Un gemido de puro éxtasis escapó de los labios de Liam y su mundo giró sobre su eje. Se sintió destrozado, hecho pedazos,

fragmentado en un millón de diminutas piezas que se volvieron a unir cuando Aled deslizó su brazo alrededor de la espalda de Liam y lo acercó más.

Al mismo tiempo, profundizó el beso.

Liam sacó su propia lengua para jugar, explorando la caverna de la boca de Aled, saboreando, provocando y disfrutando de la intimidad del beso. Cuando el siguiente gemido llegó a sus oídos, Liam no estaba seguro de a quién pertenecía. Era como si fueran uno solo, unidos, sus almas comenzando a unirse.

Un fuerte silbido de lobo trajo a Liam de vuelta a la realidad. Aled se apartó, con el rostro sonrojado, ya fuera por la excitación o por la vergüenza, probablemente una combinación de ambas. Liam siguió su mirada culpable hacia los ocupantes del jardín, pero para su alivio, la mayoría de los cambiaformas o no habían notado su muestra de afecto en público o habían optado por ignorarla.

Liam se aclaró la garganta. —Diría que lo siento, pero no es así.

—Yo tampoco, pero... —Aled miró de nuevo a los cambiaformas en el jardín—. No quiero incomodar a nadie.

—No te preocupes por eso. La mayoría de los lobos aquí tienen parejas, así que saben lo fácil que es dejarse llevar por el calor del momento.

—No puedo creer que hiciera eso. Estaba a segundos de...

—¿De qué?

Cuando Aled negó con la cabeza y el rubor en su rostro se intensificó, Liam se rio. Decidió cambiar de tema para sacar a su pareja de su miseria.

—¿Crees que deberíamos rescatar a tu madre? —Liam señaló con la cabeza hacia el otro lado del jardín—. Mary tiene buenas intenciones, pero puede ser abrumadora, especialmente si no la conoces muy bien.

Aled negó con la cabeza. —Parece que se lo está pasando bien. Le vendrá bien hacer nuevas amistades. Recuérdame presentarte más tarde. Se pondrá como una fiera si se me olvida.

Liam sonrió. —De acuerdo. Mis padres también pasarán más tarde, pero debo advertirte, mi padre puede ser, bueno, *difícil*. Él...

—Aquí estáis —interrumpió Dante mientras se acercaba—. Liam, ¿te importa si me llevo a Aled unos minutos?

—Eh —Liam frunció el ceño y miró a su pareja. No estaba seguro de por qué Dante quería hablar con él a solas, pero accedió de todos modos—. Claro, Alpha. No hay problema.

Aled lanzó una mirada nerviosa a Liam mientras se ponía de pie con vacilación. —¿He hecho algo malo? —preguntó, con un temblor en la voz que reflejaba su nerviosismo.

Liam deseó poder abrazarlo y consolarlo. Entendía que la experiencia pasada de Aled con los cambiaformas había sido mala, pero necesitaba aprender que no tenía nada que temer de Dante ni de nadie de su manada. Nunca le harían daño.

Dante frunció el ceño. —No, por supuesto que no. Bram y yo solo necesitamos hacerte un par de preguntas, si no te importa contestarlas. Es sobre Dai.

—Ah, vale. —Con una última mirada inquisitiva a Liam, Aled siguió a Dante a través del jardín. Bram les estaba esperando en la puerta de la casa. Los tres desaparecieron dentro.

Liam se recostó, disfrutando de la paz y la tranquilidad cuando vio a su madre y a su padre caminar por el lateral de la casa. Su padre tenía la cara sonrojada y tuvo que sujetarse a la pared para mantenerse erguido mientras caminaba. Liam gruñó.

—Genial —murmuró—. ¿Tenías que emborracharte justo hoy?

Capítulo Cuatro

Aled siguió a Dante y a su beta hasta el salón. Cuando el alfa cerró la puerta tras ellos, encerrándolos juntos, el corazón de Aled comenzó a acelerarse y examinó la habitación en busca de otras salidas.

No había ninguna.

Odiaba estar en un espacio tan cerrado con cambiaformas lobos. Aunque Dante nunca había hecho nada para que Aled le temiera, la experiencia pasada le había vuelto cauteloso. Bram no pareció notar su incomodidad y si lo hizo, no lo comentó. Se dirigió a uno de los sofás y se dejó caer con un suspiro exagerado. Aled tuvo la impresión de que Dante, por otro lado, no se perdía detalle. Observaba a Aled atentamente, con los ojos entrecerrados.

—No tienes que tenerme miedo ni a mí ni a Bram —dijo, cruzando hacia los sofás y tomando asiento junto a su beta—. Solo esperamos que puedas darnos algo de información.

Aled asintió, luchando contra el deseo de huir. Tomó asiento frente a los dos cambiaformas, pero como era su costumbre con los cambiaformas, mantuvo la mirada baja. —¿Qué tipo de información?

—El día que Dai y sus ejecutores nos atacaron a mí y a mis lobos, uno de sus hombres hirió a Liam —explicó Dante.

Aled levantó la cabeza de golpe y encontró la mirada del alfa. —¿Liam resultó herido?

Dante asintió. —Pasó las últimas dos semanas aquí, en la casa, mientras se recuperaba de sus heridas.

La idea de Liam sufriendo hizo que las entrañas de Aled se retorcieran incómodamente. —¿Fue herido gravemente?

—Sí, fue bastante grave —respondió Dante—. Cuando Bram y yo llegamos a él, pensamos que los lobos lo habían dejado por muerto, pero pronto nos dimos cuenta de que era una trampa. Los ejecutores de Dai regresaron poco después de que llegáramos a Liam y nos atacaron. Mientras Bram luchaba contra uno de los lobos, el otro huyó... o eso pensé. Lo perseguí durante kilómetros antes de

darme cuenta de que no estaba huyendo. Debía tener la tarea de alejarme de Rory para que Dai pudiera llegar hasta él.

—Eso suena exactamente como algo que él planearía —reconoció Aled—. Dai, si algo era, era retorcido. Entonces, ¿Dai llegó hasta Rory?

Dante frunció el ceño. —Sí. No llegué a tiempo para impedir que Dai entrara en la casa. Él y Rory lucharon y finalmente mi compañero lo mató. Rory ni siquiera había pasado por su primera transformación todavía. El resultado podría haber sido muy diferente.

Los ojos de Aled se agrandaron. —¿Rory aún no se había transformado? ¿Así que luchó contra Dai siendo humano?

—Así es. Puede que Dai no hubiera luchado por su posición de alfa, pero seguía siendo un lobo muy fuerte. Rory podría haber muerto fácilmente. Todos los ejecutores que Dai trajo con él murieron ese día, todos excepto aquel lobo que me alejó. Nunca regresó. Envié a varios lobos al bosque para seguir su rastro, pero se perdió.

Bram se inclinó hacia delante y mantuvo a Aled en su sitio con una mirada penetrante. —¿Tienes alguna idea de quién es ese lobo? Ahora mismo no tenemos pistas. Cualquier cosa que puedas decirnos sería de gran ayuda.

Dante asintió en señal de acuerdo. —No creo en la violencia sin sentido y, por regla general, no me preocupo por venganzas mezquinas, pero este lobo casi mata a Liam y fue instrumental en el complot para matar a mi compañero. No dejaré que eso quede impune. No puedo. Así que si sabes quién es el lobo o si hay algo que puedas decirnos que nos ayude a encontrarlo...

Aled no necesitó pensar sobre la pregunta. Todos los ejecutores que se habían ido con Dai ese día no habían regresado. Estaban todos muertos por lo que Aled sabía, todos excepto uno. Su beta, Robert Wilkes. Dai nunca iba a ningún sitio sin su mano derecha y Gethin le había dicho a Aled justo la noche anterior que Robert seguía vivo y buscaba venganza. Sin embargo, Aled dudó antes de dar la información a Dante. Sabía lo que pasaría si el alfa o uno de sus hombres atrapaba a Robert. No era estúpido; era muy

consciente de que querrían hacer más que simplemente hablar con él. ¿Podría Aled cargar con la muerte de una persona en su conciencia?

Aled pensó en el tipo de persona que era Robert y en todas las cosas terribles que había hecho. Estaba bastante seguro de que el cambiaformas estaba podrido hasta la médula. Había golpeado no solo a Aled sino a innumerables otros y había hecho cosas mucho peores a Gethin. El hombre era depravado. Aled no sabía si Gethin era el único al que había agredido sexualmente o si había otros. Pero cuando la imagen de Robert hiriendo a Liam entró en su mente, y cuando pensó en lo que *podría* haberle pasado a Liam a manos de Robert, tomó la decisión de contarle a Dante lo que sabía.

Aled acababa de descubrir que Liam era su compañero y la idea de que Robert podría haberlo matado antes de que se hubieran conocido le provocó un dolor en el pecho. Tomó una respiración profunda y calmante, miró a Dante a los ojos y le contó lo que sabía.

—Estoy bastante seguro de que el hombre que buscáis es Robert Wilkes. Era el beta de Dai. No sé dónde vive, pero conozco a alguien que podría tener esa información.

Dante hizo un pequeño gesto con la cabeza. —Gracias, Aled, si puedes...

El resto de su frase fue interrumpido por el sonido de la puerta del salón abriéndose de golpe. Un hombre entró apresuradamente en la habitación, con expresión de pánico.

—Alfa —dijo sin aliento—. Será mejor que venga rápido. Hay problemas en el jardín.

—Jason —saludó Dante mientras se ponía de pie—. ¿De qué tipo de problemas estamos hablando?

—Creo que el padre de Liam, Clayton, lo empezó, señor. Insultó a Peter Ellis y mientras discutían, algunos cambiaformas más se involucraron. La cosa está bastante acalorada ahí fuera y parece que va a empeorar mucho.

—Malditos insensatos —murmuró Dante mientras cruzaba la habitación. Bram iba justo detrás de él.

Aled ya estaba de pie y corriendo tras los lobos, habiéndose levantado de un salto en cuanto oyó el nombre de Liam. Los siguió

hasta el jardín. Tan pronto como cruzó la puerta trasera, a Aled se le cayó la mandíbula ante la escena que le recibió. La intuición de Jason había sido bastante acertada. La discusión ya había escalado. Varios hombres se gritaban unos a otros, clavándose los dedos en el pecho mutuamente. Sus empujones y empellones se convirtieron en empujones más fuertes y puñetazos antes de que estallara una pelea en toda regla.

Aled buscó a su madre en el jardín y exhaló un suspiro de alivio cuando vio que estaba a salvo, fuera de peligro, con la compañera de Bram, Mary.

Luego Aled buscó a su compañero.

Liam estaba en medio de los lobos peleándose, tratando de sacar a un hombre de allí. Aled sospechaba que era su padre. Para cuando Aled pisó la hierba, los puños volaban en todas direcciones. Vio destellos de garras extendidas y colmillos letalmente afilados. Los ojos de algunos lobos habían cambiado al color ámbar brillante de su forma lobuna. Gruñidos bajos y animales rasgaban el aire, y el miedo se deslizó por la columna vertebral de Aled.

Sin pensar demasiado en su propia seguridad, se lanzó al fragor de la pelea, pero antes de llegar a su pareja, la voz atronadora de Dante se escuchó alta y clara por encima de los sonidos del combate.

—¡Basta! ¡Detengan esta pelea inmediatamente!

La piel de Aled se erizó y aunque él no había estado peleando, sintió la necesidad de obedecer esa orden. Se quedó paralizado al borde del césped y cuando miró a su alrededor, vio que todos los cambiaformas respondían a la orden de manera similar. Todos habían dejado de hacer lo que estaban haciendo y todos los ojos se centraron en Dante como si esperaran más instrucciones.

—Esto es una fiesta —espetó Dante, con la voz teñida de enfado y decepción—. Un momento para celebrar y para dar la bienvenida a nuevos miembros a nuestra manada. ¿Y este es el recibimiento que dais a las personas que he acogido en mi casa? ¡Cómo os atrevéis! Os estáis comportando como un montón de animales salvajes. Deberíais avergonzaros.

Varias cabezas se agacharon humilladas y las expresiones de quienes habían estado peleando se llenaron de vergüenza. Cuando Dante se dirigió hacia Liam, Aled lo siguió. Estaba sorprendido por la contención del alfa. Dai se habría regodeado en la pelea y probablemente se habría unido, pero Dante quería detenerla lo antes posible. Aled no pudo evitar respetarle por ello.

—Liam —la voz de Dante era el epítome del control—. ¿Te importaría contarme qué está pasando aquí?

—Yo... —el rostro de Liam enrojeció mientras lanzaba una mirada al hombre que estaba a su lado. Aled no estaba seguro de si era por vergüenza o por apuro. Sentía lástima por Liam.

—¿Clayton? —preguntó Dante, desviando la mirada—. ¿Algo que quieras decirme?

Aled frunció el ceño mientras observaba al padre de Liam. El hombre tenía los ojos inyectados en sangre y parecía tener dificultades para enfocar. Se balanceaba de un lado a otro, luchando por mantener el equilibrio.

Dante se inclinó y olfateó el aire entre ellos. —Veo que has vuelto a ahogar tus penas en alcohol.

Los hombros de Liam se hundieron y cuando se encontró con la mirada de Aled, un destello de aprensión apareció en su expresión. ¿Estaba preocupado por lo que Aled pensaría de él? No tenía por qué estarlo. Aled nunca culparía a Liam por las acciones de su padre ni pensaría menos de él por ello, pero no era el momento de decírselo. Dante seguía esperando la respuesta de Clayton y era obvio que estaba perdiendo la paciencia.

—Sholo tomé un poquito —balbuceó Clayton.

Las cejas de Dante se dispararon hasta el nacimiento del pelo. —¿Un *poquito*? Hueles a destilería. Hemos hablado de esto *varias* veces. Demonios, cuando pasaste la noche aquí la semana pasada, hablamos de ello durante toda la maldita noche y pensé que me habías escuchado, pero no te llegó nada en absoluto, ¿verdad?

Liam miró a Dante como si la noticia le hubiera sorprendido, pero Dante simplemente negó con la cabeza, cansado. Cuando se dio cuenta de que todas las miradas seguían sobre él y que todos escuchaban atentamente lo que ocurría entre él y Clayton, suspiró.

—De acuerdo, todos. No seáis tan entrometidos. Volved a vuestros asuntos. Venga, ya. Si hay más peleas hoy tendréis que véroslas conmigo. ¿Está claro?

Hubo murmullos de conformidad antes de que la multitud se dispersara, lo que dejó a Aled, Liam, Clayton y Dante de pie en un pequeño círculo. Una mujer se unió a ellos y puso una mano en el brazo de Liam. Tenía que ser su madre. Aunque su expresión era estoica, el dolor y la pena irradiaban por cada uno de sus poros.

—Vamos, llevemos esto dentro —dijo Dante. Escudriñó a la multitud y cuando encontró a Bram le preguntó—: ¿Vigilarás a estos idiotas mientras estoy fuera, vale?

Bram hizo un rápido movimiento de cabeza. —No habrá más problemas hoy.

Cuando los cuatro se dirigieron hacia la casa, Aled se quedó atrás. Sintió el inconfundible impulso de apoyar a Liam, pero no quería imponerse en asuntos familiares. Al fin y al cabo, era un extraño. Por eso se sorprendió cuando Liam miró por encima del hombro y preguntó: —¿Vienes?

Cuando Aled dudó, Liam añadió: —¿Por favor?

Fue cuando el alivio se instaló en la boca de su estómago que Aled sospechó que su vínculo de pareja con Liam se estaba fortaleciendo. No podía negar que estaba empezando a preocuparse por Liam, pero no lograba determinar si era su vínculo lo que estaba actuando o si era porque cuanto más conocía a Liam, más le gustaba. Tampoco estaba seguro de si importaba, en realidad.

Liam esperó hasta que se unió a él antes de seguir a los demás, y caminaron hacia la casa uno al lado del otro.

—Lo siento —susurró—. Intenté decirte que puede ser difícil de tratar, pero no pensé que estaría tan mal... no en una reunión de la manada. Pensé que tendría más sensatez. Ha estado así desde el accidente. Lo único que hace es beber. De verdad lo sient...

—No hace falta que expliques ni que te disculpes —le interrumpió Aled—. No es culpa tuya. Además, nunca te juzgaría a ti ni a tu familia. No puedo imaginar lo difíciles que han sido estos últimos meses para todos vosotros.

Liam exhaló un suspiro. —Gracias por ser tan comprensivo. Sé que no merezco tu apoyo, no después de lo que te hice.

Cuando Liam sonrió agradecido, la intensidad de sus ojos le robó el aliento a Aled. Se encogió de hombros para ocultar su confusión. No quería que Liam le gustara, no quería preocuparse por su vínculo de pareja, pero no podía hacer otra cosa que responder a su creciente conexión. Un leve hilo de pánico intentó abrirse paso en su mente. Tenía miedo de lo que se estaba desarrollando entre ellos y de lo que podrían llegar a significar el uno para el otro, pero no era el momento para un gran ataque de nervios. Devolvió la sonrisa a Liam y esperó que no pudiera ver el miedo y el pánico que acechaban bajo su aire de calma.

Cuando llegaron al salón, Dante cerró la puerta y luego dirigió una mirada expectante a Clayton, pero la atención del padre de Liam estaba en Aled. —¿Quién demonios es ella? —farfulló, señalando mientras intentaba enfocar el rostro de Aled—. ¿Qué hace él aquí?

Cuando Liam bajó la mano y tomó la de Aled, entrelazando sus dedos, una oleada de emoción recorrió a Aled ante el contacto íntimo.

—Papá —dijo Liam—. Este es mi compañero, Aled. Aled, estos son Clayton y Lucille, mis padres.

—Hola —murmuró Aled, sonriendo a través de su vergüenza. Nunca antes le habían presentado a los padres de nadie y, teniendo en cuenta las circunstancias, se sentía extraño que ocurriera ahora, especialmente porque él y Liam técnicamente ni siquiera estaban saliendo. Aled contuvo la respiración mientras esperaba su reacción.

—No —susurró Clayton, con la mirada ahora más enfocada, oscilando entre Liam y Aled—. No es verdad.

Los dedos de Liam se apretaron en los de Aled como si buscara apoyo adicional. —Es cierto —confirmó—. Aled es mi compañero.

La madre de Liam se acercó y envolvió a su hijo en un cálido y amoroso abrazo. —Felicidades, cariño —dijo con genuina calidez en su suave voz—. Estoy tan feliz por ti. —Cuando miró por encima del hombro de Liam, tenía lágrimas en los ojos. Aled le sonrió cuando sus miradas se cruzaron.

—No —repitió Clayton—. No permitiré esto.

Liam se separó del abrazo de su madre y dirigió su atención a su padre. —¿Por qué te sorprende tanto, papá? Nunca he ocultado que soy gay. Era obvio que algún día tendría una pareja masculina.

—Eres todo lo que nos queda —espetó Clayton—. Eres nuestra única esperanza de...

—¿De qué? —replicó Liam—. ¿De continuar con el apellido familiar? ¿De daros *nietos*? Las parejas gay también pueden tener hijos, ¿sabes? Además, con lo que has estado bebiendo últimamente, no estarás para verlos de todos modos.

Aled hizo una mueca, en parte por la pulla de Liam a su padre, pero sobre todo por la conversación sobre sus futuros hijos —hijos de los que se enteraba en ese momento. Eso debería haber sido algo que discutieran entre ellos mucho, mucho, mucho más adelante —años en el futuro.

Si es que alguna vez.

Aunque podía entender por qué Liam había sentido la necesidad de defender su relación, el pánico comenzó a asomar su fea cabeza de nuevo. Todo estaba avanzando demasiado rápido para Aled. Cuando la madre de Liam se acercó a él y lo envolvió en un abrazo, Clayton se inclinó hacia delante y la fulminó con la mirada.

—Por Dios. Esto no está pasando. —Gruñó y sus ojos cambiaron momentáneamente a su forma de lobo.

—Felicidades —susurró Lucille al oído de Aled—. Espero que seáis muy felices juntos.

—¿De qué se trata realmente? —preguntó Liam a su padre—. ¿De Toby? —Su voz se quebró al pronunciar el nombre de su hermano y Lucille jadeó como si le sorprendiera que Liam lo hubiera dicho en voz alta.

Clayton miró furioso a su hijo. —Él no tiene nada que ver con esto.

—¿En serio? —le desafió Liam—. No te creo. Creo que esto tiene todo que ver con él. ¿Por qué no nos cuentas de qué hablasteis Toby y tú la noche que murió? ¿Cuál es el gran secreto, papá? Sabemos que discutisteis. ¿Sobre qué fue? Nos lo has estado ocultando desde que murió. ¿De qué se trata?

—Um, quizá debería esperar fuera —dijo Aled, sintiéndose cada vez más como un intruso con cada nuevo detalle privado que se revelaba—. Obviamente es un asunto familiar y... —Intentó liberar su mano de la de Liam, pero el cambiante la agarró con más fuerza.

—Sí, ¿por qué no te vas? —La boca de Clayton adquirió un gesto desagradable—. Esto *es* un asunto familiar. No perteneces aquí.

—¡Clayton! —exclamó Lucille—. ¿Qué te pasa? ¿Cómo puedes decir eso? Este es el *compañero* de Liam. Es un vínculo sagrado. Aled tiene todo el derecho a estar aquí —ahora es parte de esta familia, te guste o no.

—Por favor, quédate —dijo Liam—. Te necesito aquí.

La súplica en su voz decidió a Aled. —Me quedaré —prometió.

Dante suspiró y se pasó una mano por el pelo. —¿Liam? Si hay algo que quieras sacarte del pecho, ahora es el momento de hacerlo.

Liam miró a Aled y respiró profundamente. Abrió la boca para hablar, pero no salieron palabras. Aled asintió para que continuara y le apretó la mano con más fuerza para mostrarle su apoyo. Finalmente, Liam habló.

—Fue culpa mía. —Su voz sonaba de repente áspera y ronca—. Fue culpa mía que muriera. —Todo su cuerpo se desplomó como si las palabras le hubieran costado no solo emocionalmente, sino también físicamente.

Lucille frunció el ceño. —No digas eso. —Sus fosas nasales se dilataron con furia—. Fue un accidente. Toby iba demasiado rápido. Debería haberlo sabido, intentó adelantar en una curva, él...

—¡Era mi coche! —replicó Liam, haciéndola saltar—. Si no se lo hubiera prestado, seguiría vivo.

Clayton gimió y se frotó la cara con una mano. Cuando levantó la mirada y encontró la de Liam, tenía lágrimas en los ojos. —¿Es eso lo que crees? ¿Que *tú* tienes la culpa de lo que le pasó a tu hermano?

Liam se aclaró la garganta. —Es verdad.

Aled no pudo resistir el impulso de consolarlo. Extendió su otra mano y la colocó en su hombro. No sabía si era por su vínculo de pareja, pero sentía el dolor de Liam como si fuera suyo y deseaba poder hacer algo para aliviarlo.

—Vamos, papá. Es lo que tú también piensas, ¿no? Es lo que *has estado* pensando. Que Toby murió y ahora estás atrapado conmigo. El hijo *gay*. ¿No es por eso que odias el hecho de que haya encontrado a mi pareja? Porque es un hombre, no una maldita mujer como habría tenido Toby.

Una de las lágrimas que se habían contenido en los ojos de Clayton escapó y se deslizó por su mejilla. No se molestó en apartarla. Su mirada se dirigió a Aled y su rostro se tensó. —No te odio —dijo, con la voz tan áspera como la de Liam—. Solo deseo...

—¿Solo deseas qué? —preguntó Liam—. Admítelo. Deseas que fuera una mujer. Deseas que yo tuviera una compañera femenina, ¿verdad?

Se miraron fijamente durante un largo momento. La nuez de Adán de Clayton se movió antes de hablar, como si estuviera tragando un nudo en la garganta.

—Toby no habría tenido una compañera femenina —dijo por fin, con la voz apenas por encima de un susurro—. Habría estado emparejado con un hombre. Él también era gay.

Liam se echó hacia atrás como si le hubieran abofeteado y su mirada fue inmediatamente hacia su madre. —¿Mamá? ¿De qué está hablando?

Ella negó con la cabeza y luego se volvió para mirar a su marido. —No lo sé, yo...

Liam fulminó con la mirada a su padre. —¿Por qué demonios dices eso? No es verdad. Toby me lo habría dicho si fuera gay.

Clayton se frotó los ojos con la palma de la mano. —De eso discutíamos la noche que murió. Le dije que no podía ser gay. Le dije que necesitaba emparejarse con una mujer, que necesitaba tener cachorros. Le dije... le dije que un hijo gay era suficiente. Así que si alguien tiene la culpa, soy yo, ¿de acuerdo? Soy yo quien lo disgustó tanto que no podía esperar para alejarse de mí. ¡Soy yo la razón por la que conducía tan malditamente rápido!

—¡Estás mintiendo!

—Está diciendo la verdad, Liam —dijo Dante, sumiendo la habitación en un silencio atónito—. Toby vino a hablar conmigo

sobre eso hace un tiempo. Fui yo quien lo animó a hablar con vuestro padre.

La devastación que cubrió el rostro de Liam hirió profundamente a Aled.

—¿Por qué no vino a *mí*? Podría haber hablado conmigo. Lo habría ayudado —lo habría apoyado.

—Lo sabía —dijo Dante, con voz suave como si intentara no asustar a un ciervo salvaje—. Te quería mucho. Os quería a los dos; ese fue el motivo por el que no os habló sobre ello. Estaba preocupado por cómo reaccionaría tu padre y no quería involucraros. Sabía que le defenderíais y no quería ser la causa de una discusión entre vosotros.

Clayton dio unos pasos hacia atrás y se desplomó pesadamente en el sofá. Se inclinó hacia delante y puso la cabeza entre las manos. Cuando levantó la mirada, el dolor y la desesperación en su rostro desgarraron el corazón de Aled.

—Clayton —Lucille dio un paso hacia su marido. Tenía las manos cerradas en puños a los costados y todo su cuerpo temblaba como si estuviera físicamente vibrando de rabia—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Tenía derecho a saberlo! ¡Toby también era mi hijo!

—Iba a decírtelo la mañana después de nuestra discusión. Solo necesitaba algo de tiempo para asimilarlo, pero esa noche, Toby no volvió a casa y luego nos enteramos de que... —Clayton tragó saliva antes de continuar—. Después de eso no supe cómo contártelo. No quería causarte más dolor.

Lucille estalló en lágrimas. Liam soltó la mano de Aled y fue a consolarla. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su pecho, sosteniéndola con fuerza hasta que sus sollozos se calmaron. Después de unos minutos sus lágrimas disminuyeron y el silencio en la habitación se volvió casi ensordecedor. Aled pensó que podría ser buena idea que se fueran a casa para que pudieran procesar su dolor y pena en privado, pero Clayton no había terminado con las impactantes revelaciones.

—Toby me dijo que tenía novio —murmuró—. Me dijo que se llamaba Dewi.

—¿Qué? —A Lucille se le desencajó la mandíbula y fulminó con la mirada a su marido.

Cuando Clayton captó su mirada de traición, sus ojos se oscurecieron de dolor. Asintió—. Dijo que iban en serio. Ese fue uno de los motivos por los que nuestra discusión se descontroló. Le dije que tenía que romper con él, que solo acabaría haciéndose daño cuando conociera a su pareja destinada. Le dije que heriría a Dewi, aunque no fuera su intención, pero él dijo que no dejaría de verle. Ahí es donde se dirigía cuando...

—Deberías haberme contado todo esto —el dolor en la voz de Lucille era inconfundible—. No tenías derecho a ocultárnoslo, a *nosotros*.

Clayton asintió—. Lo sé —Las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos con más fuerza y cada respiración que tomaba parecía costarle más que la anterior—. Es culpa mía que esté muerto —sollozó—. Todo es culpa mía.

Aled nunca había visto llorar a un hombre adulto antes y era algo difícil de presenciar. Lucille fue a su lado y se arrodilló en el suelo frente a él—. Deberías habérnoslo dicho —repitió, pero esta vez no había acusación ni enfado en su voz, solamente dolor—. Pero no es tu culpa más de lo que Liam tiene la culpa. No es culpa de nadie. Fue un *accidente*. ¿Me oyes? Un accidente.

—¿Por qué no dejo que alguien os lleve a casa? —ofreció Dante —. No creo que ninguno de vosotros esté en condiciones de conducir ahora mismo. Haré que alguno de los chicos os devuelva vuestro coche.

Lucille asintió—. Gracias, Alfa.

Cuando Aled miró hacia Liam, vio que había lágrimas deslizándose por sus mejillas. El estómago de Aled se contrajo y, sin pensarlo dos veces, acortó la distancia entre ellos y atrajo a Liam entre sus brazos, manteniéndolo cerca.

—¿Por qué no me lo dijo? —murmuró Liam contra el cuello de Aled—. Sabía que podía hablar conmigo de cualquier cosa. Debería haber acudido a mí.

Aled se aferró a Liam, con el corazón doliéndole por él. Frotó suavemente su mano arriba y abajo por la espalda de Liam, tratando

de calmarlo.

—Iré a ver quién no ha bebido —dijo Dante—. Liam, ¿vas a casa con tus padres o te quedas aquí con tu pareja?

Liam miró a su padre y luego negó con la cabeza—. Creo que sería mejor si nos diéramos algo de espacio ahora mismo. ¿Te importa si me quedo aquí un par de días?

—Por supuesto que no. Puedes usar la misma habitación de antes. ¿Aún tienes la llave que te di?

—Sí, señor.

—Bien. Le avisaré a Mary que espere a dos más para el desayuno. Intentad descansar un poco —Miró a cada uno de ellos—. Eso va para todos vosotros. Lo necesitáis.

Cuando Aled asintió, Dante añadió—: Aled, si quieres quedarte con tu pareja esta noche, puedo pedir a alguien que lleve también a tu madre a casa. Liam tiene su coche aquí, seguro que no le importará llevarte mañana de vuelta a casa.

Aled contuvo la respiración, inseguro de cómo proceder. Si pasaba la noche con Liam, no tenía duda de que se volverían aún más cercanos de lo que ya eran. ¿Quería eso? Si era sincero, no estaba seguro de tener elección en el asunto. Había una atracción hacia Liam que se sentía impotente de resistir. Además, no había manera de que pudiera dejar a Liam solo después de todo lo que acababa de descubrir.

No estaba seguro de cómo podrían cambiar las cosas si ocurría algo físico entre ellos, pero ya cruzarían ese puente cuando llegaran a él. Cuando Liam se estremeció entre sus brazos, Aled metió la mano en el bolsillo trasero, sacó las llaves de su coche y se las entregó a Dante, quien las aceptó con un silencioso asentimiento.

—Gracias —respondió Aled—. Lo agradezco. Me gustaría quedarme con mi pareja.

* * * *

Liam estaba tan cansado que probablemente habría podido dormir sobre una cama de clavos. Después de que sus padres se fueran a casa, Dante se marchó para comenzar la reunión de la manada. Liam y Aled fueron excusados y Dante dijo que les

comunicaría cualquier cosa importante que se perdieran cuando se pusieran al día a la mañana siguiente.

—Si quieres que te deje solo un rato, puedo unirme a la reunión —dijo Aled mientras caminaban por el camino hacia el garaje.

Ya le había dicho a su madre que se quedaría en casa de Dante y que ella debía irse a casa sin él, pero había preguntado a Liam al menos tres veces si quería que se fuera. Era obvio que estaba nervioso por pasar tiempo a solas juntos.

Liam se volvió hacia él. Cada vez que miraba a su pareja sentía un cálido resplandor en su pecho, y cuando Aled sonreía, era como si el sol apareciera tras una nube en un día tormentoso. Iluminaba todo su mundo; el simple hecho de estar cerca de Aled hacía que la vida volviera a ser soportable.

—Me gustaría mucho que te quedaras.

Cuando Aled asintió, Liam soltó el aliento que había estado conteniendo. No podría haber afrontado estar solo, no después del día que había tenido, pero más aún, no quería separarse de Aled. Se alegró de que no tuvieran que ir a la reunión porque quería pasar tiempo a solas con él. Quería abrazarlo y esconderse del mundo, al menos por un tiempo.

Liam había utilizado el gran apartamento anexo durante su convalecencia, y aunque solo había estado en él un par de semanas, había empezado a sentirse como en casa —más que en la casa donde se había criado y que aún compartía con sus padres. Necesitaba pasar un tiempo alejado de ellos, más específicamente, alejado de su padre. No le culpaba por la muerte de Toby —sabía lógicamente que lo que le había ocurrido a su hermano había sido un accidente, pero su padre debería haberles contado lo que Toby había dicho la noche que murió. Era un secreto que no debería haber guardado.

Liam abrió con llave la puerta del garaje y luego guió a Aled pasando por los coches de Dante hasta las escaleras del extremo. Subieron hasta un pequeño rellano que estaba vacío excepto por dos puertas cerradas. Liam usó otra llave para abrir la puerta de la izquierda y después de abrirla de par en par, hizo un gesto para que Aled entrara. La habitación interior era un espacio enorme y abierto

con grandes ventanales que rodeaban toda la estancia, ofreciendo amplias vistas de las montañas cubiertas de bosque. Parecía igual que cuando Liam la había dejado unos días antes. La cama de matrimonio que dominaba un lado de la habitación estaba perfectamente hecha y había distintos olores a abrillantador de muebles de pino y limpiador de suelos con olor a limón en el aire, lo que indicaba que Mary había estado en otra de sus frenesís de limpieza.

—Este es un buen sitio —dijo Aled mientras se quitaba la chaqueta y la colocaba en el respaldo del sofá—. Es más grande de lo que pensaba que iba a ser. Parece cómodo.

—Sí, me gusta estar aquí y es mejor que estar en casa ahora mismo.

Aled metió las manos en los bolsillos y observó la habitación. El malestar emanaba de él en oleadas.

—Gracias por apoyarme —dijo Liam, tratando de romper la tensión en la habitación—. Sé que somos amigos, pero apenas nos conocemos y no tenías por qué hacer eso por mí. Te lo agradezco.

Aled se encogió de hombros. —Me pareció lo correcto.

Liam acortó la distancia entre ellos, su deseo de estar cerca de su compañero anulando todo lo demás. —Estoy agradecido.

Aled levantó la mirada y mientras Liam le miraba a los ojos, una profunda sensación de paz le invadió. Sentía que estaba exactamente donde debía estar. Su alojamiento podría ser solo temporal, pero para Liam se sentía como un hogar, probablemente porque su compañero estaba allí con él. Cuando Aled intentó, sin éxito, reprimir un bostezo, Liam miró su reloj. Acababan de dar las nueve, pero él también estaba agotado.

—Vamos, descansemos unas horas —dijo, acercándose a la cama. Se quitó las botas sin molestarse en desatar los cordones y luego bajó las sábanas.

Aled no se había movido de su posición cerca del sofá. Miró la cama, luego a Liam, luego la cama otra vez antes de atrapar su labio inferior entre los dientes.

—No te preocupes, solo quería decir dormir —dijo—. No tengo nada más en mente. Te lo prometo.

Aled dudó antes de cruzar al otro lado de la cama. Se quitó los zapatos y los calcetines con los pies y luego se quedó allí un minuto en silencio, simplemente mirándola. Liam no estaba seguro de lo que pasaba por su mente, y estaba a punto de preguntar cuando Aled respiró profundamente y se tumbó. Colocó las manos sobre su estómago y miró fijamente al techo, sin querer o sin poder mirar a Liam a los ojos. Su repentino nerviosismo era entrañable.

Liam se acostó a su lado, pero en lugar de tumbarse boca arriba como había hecho Aled, se giró y puso su brazo alrededor del estómago de su compañero, luego lo arrastró para que su espalda quedara contra el pecho de Liam. Aled inspiró rápidamente, pero no protestó por el manejo. Liam se acurrucó más cerca, respirando el intenso y embriagador aroma de Aled y con su compañero envuelto de forma segura en sus brazos, dejó que sus ojos se cerraran.

Todo su mundo parecía haber dado un vuelco, pero mientras abrazaba a su compañero, se sentía más tranquilo de lo que había estado desde antes de que su hermano muriera. Con Aled a su lado, Liam se sentía invencible. Su corazón seguía pesado y sabía que probablemente seguiría así durante mucho tiempo, pero por una vez, mientras pensaba en cómo podría ser su futuro, no veía una existencia larga y solitaria extendida ante él.

Capítulo Cinco

Cuando Aled despertó, una abrumadora sensación de paz le invadió. Estaba cómodo, caliente y feliz, y no recordaba haberse sentido jamás tan satisfecho. Al entreabrir los ojos, lo primero que notó fueron los fuertes brazos que rodeaban su estómago e inmediatamente tomó conciencia de las duras líneas del cuerpo al que pertenecían. Liam —su pareja destinada. Desde que escuchó ese término por primera vez, Aled lo había odiado y todo lo que representaba, pero ahora le iba gustando, igual que el hombre que tenía detrás —en más de un sentido. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Era una forma maravillosa de despertar.

Se recostó en el abrazo de Liam y sonrió cuando este lo estrechó con más fuerza. Cerrando los ojos de nuevo, Aled se apoyó más en sus otros sentidos, deleitándose en el placer que le proporcionaban. El sutil aroma de la colonia de Liam era embriagador, pero era el agradable olor del hombre bajo ese aroma lo que agitaba la sangre de Aled y creaba en él una necesidad casi abrumadora. No recordaba que Liam oliera tan increíblemente bien la noche anterior, lo que significaba que sus sentidos de lobo se habían desarrollado aún más. Ese pensamiento habría sido inoportuno hace apenas un par de días, pero ya no. El destino de Aled no parecía tan malo como antes.

O quizás simplemente se había resignado.

De cualquier manera, ya no le llenaba de temor. Todo lo contrario. Estaba deseando experimentar algunas de las cosas que implicaba ser un cambiante lobo. La fuerza añadida y la mayor capacidad auditiva que todos los cambiantes disfrutaban eran definitivamente atractivas. La idea de la transformación real en su primera luna llena ahora le resultaba emocionante en lugar de aterradora. Luego, por supuesto, estaba el hecho de que nunca tendría que preocuparse por enfermedades de ningún tipo. Quizás ser un cambiante no sería tan malo después de todo. Su madre

ciertamente no lo pensaba. Ella había abrazado el cambio de humana a loba con los brazos abiertos.

Con los ojos aún cerrados, Aled extendió sus sentidos para sentir cada centímetro duro del cuerpo de Liam mientras se presionaba contra él. Se tocaban de la cabeza a los pies y era una sensación humilde, como si estuviera exactamente donde debía estar, con la persona con la que debía estar. No sabía qué había encajado en su lugar y por qué había ocurrido tan de repente, pero no lo cuestionó —no cuando se sentía tan bien. Cuando el miembro de Liam se sacudió contra su trasero, un ronco gemido escapó de la boca de Aled. Bajo, gutural —necesitado.

Liam se rio contra su nuca y el sonido envolvió a Aled como una suave sábana de seda.

—Buenos días. Creo que te gusta eso, ¿verdad? Sé que a mí sí.

Como para demostrar su punto, presionó su entrepierna cubierta por los vaqueros contra el trasero de Aled y dejó escapar un seductor gemido propio.

—Joder. Se siente tan bien.

El miembro de Liam estaba casi tan duro como el de Aled y era imposible no imaginar lo bien que se sentiría dentro de él mientras Liam le embestía con fuerza desde atrás. Aled se estremeció, poniéndose aún más duro. Abrió la boca para responder, pero no salieron palabras. De todos modos, no sabía qué habría dicho. "No pares" habría sido una posibilidad probable y, considerando lo excitado que estaba, bien podría haberle suplicado a Liam que le tomara. Liam movió perezosamente los dedos que descansaban sobre el estómago de Aled —cada caricia ligera como un susurro. Los deslizó suavemente sobre la camisa de Aled —el tacto suave pero seguro. Cuando bajó la mano, colocando la palma sobre el miembro de Aled y apretándolo a través de los vaqueros, ambos sisearon al unísono.

—Dios, estás tan duro —murmuró Liam, continuando amasando el miembro de Aled, la firme presión de sus dedos haciendo que llamas de lujuria lamieran la columna de Aled. Cuando un pequeño gemido escapó de su boca, Liam gruñó en respuesta y retiró la mano. Tiró de la cadera de Aled para que se diera la vuelta. Aled

obedeció, ansioso por besarse, por sentir sus lenguas bailar y sus cuerpos convertirse en uno, pero cuando se giró en los brazos de su pareja, Liam le echó un vistazo y luego echó la cabeza hacia atrás contra la almohada y soltó una sonora carcajada.

Aled frunció el ceño.

—¿Qué tiene tanta gracia?

Liam se serenó, pero en cuanto abrió los ojos y volvió a mirar a Aled, le dio otro ataque de risa. Aled no tenía ni idea de por qué se estaba riendo, pero su alegría era contagiosa y muy pronto él también se estaba riendo. Tenía que admitir que le gustaba ver a Liam comportarse de manera tan despreocupada. Desde el momento en que se habían conocido, había sentido como si una nube oscura hubiera estado suspendida sobre sus cabezas. Era como si las cosas por las que ambos habían pasado en la vida los hubieran envejecido, si no físicamente, emocionalmente. Pero ver a Liam reír y unirse a él hacía que el espíritu de Aled se sintiera más ligero y más como el joven de veintiún años que realmente era. Habían pasado meses desde que se había divertido de cualquier forma, y reír junto con Liam le hizo darse cuenta de cuánto lo había echado de menos.

—¿Te importaría decirme de qué nos estamos riendo? —preguntó cuando finalmente recuperó el aliento.

—Tu, tu... —Liam señaló la cara de Aled, pero no pudo terminar el resto de su frase. Sus hombros temblaban por la risa que sacudía su cuerpo.

Aled negó con la cabeza, sonriendo irónicamente. Levantó la mano para tocar el área que Liam había estado señalando y luego jadeó.

—¿Qué coño?

Saltó de la cama y cruzó la habitación rápidamente, dirigiéndose a la puerta que había notado la noche anterior, esperando que fuera un baño. Mientras corría, oyó desgarros que venían de la costura de sus vaqueros. Se habían partido por ambas piernas. Mientras los miraba frunciendo el ceño, el botón saltó y la cremallera bajó a la fuerza.

—¿Qué demonios? —Empujó la puerta y suspiró aliviado al descubrir que, efectivamente, era un baño. Dentro, localizó el espejo sobre el lavabo y miró su reflejo con incredulidad.

—¡Tienes que estar de broma! —En la otra habitación, podía oír a Liam reír más fuerte, con carcajadas sonoras que probablemente hacían temblar toda la cama.

—¡Capullo! —le gritó—. No tiene gracia. Parezco un cavernícola.

La barba que cubría su rostro había crecido hasta unos diez centímetros de largo y su cabello castaño oscuro, normalmente corto, llegaba más allá de sus hombros. Apenas reconoció al hombre que le devolvía la mirada. Cuando volvió a salir al espacio abierto del apartamento, Liam estaba sentado en la cama y haciendo un esfuerzo considerable por controlar su hilaridad.

—No está tan mal —dijo Liam, inclinando la cabeza a un lado, pero la sonrisa en su rostro desmentía sus palabras.

Aled lo miró boquiabierto.

—¿No está tan mal? Quizás no si hubiera naufragado durante seis meses. Joder. Parezco un asesino del hacha.

Liam se rio.

—¿Conoces a muchos asesinos del hacha? Relájate. Te ves algo sexy —reflexionó—. Te hace parecer más *varonil*.

Aled cruzó la habitación y se sentó pesadamente en la cama.

—¿Cómo voy a quitármelo? Necesito una cortadora de césped, no una maquinilla.

—Una maquinilla eléctrica debería servir, pero, sabes, creo que me está empezando a gustar. Deberías mantenerlo así por un tiempo.

—¿Qué? —Los ojos de Aled debieron abrirse mucho porque Liam se dejó caer contra las almohadas y comenzó a reírse de nuevo. Aled suspiró. Apoyó el codo en el muslo y reclinó la barbilla en la mano, pero cuando tocó el pelo grueso y áspero que cubría su rostro, retiró la mano e hizo un ruido exagerado de arcadas.

—Ven aquí —dijo Liam, agarrándole del brazo para tumbarlo a su lado. Aled fue sin resistirse—. Déjame que te vea bien.

Aled gimió e intentó ocultar su rostro. —No lo hagas, estoy ridículo. No sé cómo puedes soportar mirarme.

Liam frunció el ceño. —No digas eso. Eres el hombre más guapo que he conocido jamás. Incluso con esa barba y... ¿es ese un corte de pelo a lo tazón que llevas?

—Cállate —Aled intentó apartarse, pero Liam no le dejó escapar de su agarre—. Bromas aparte, no está tan mal.

—Solo lo dices para que me sienta mejor.

Liam arqueó una ceja. Tenía una sonrisa traviesa en los labios. —¿Está funcionando?

—Sí —Aled sonrió. Todavía estaba sonriendo cuando Liam se inclinó hacia delante y unió sus labios.

El beso fue una completa sorpresa.

Aled jadeó y se echó hacia atrás, su sonrisa desapareciendo en un instante. Apenas podía creer que un contacto tan simple pudiera provocar sensaciones tan fuertes en su cuerpo, como si cada terminación nerviosa estuviera conectada —preparada. Era como si su cuerpo recordara su primer beso apasionado y estuviera reaccionando a ello, anticipando ansiosamente más. Aled nunca se había sentido más vivo. En el segundo en que sus labios volvieron a tocarse, se estremeció de placer y los temblores involuntarios de la excitación se apoderaron de su cuerpo y nublaron su mente. Solo ese roce de labios —piel contra piel, despertó una pasión en su interior que le era desconocida, más fuerte que cualquier cosa que hubiera experimentado antes, pero más que bienvenida.

—Hace cosquillas —dijo Liam, apartándose ligeramente para mirar a Aled a los ojos. Aunque estaba sonriendo, su excitación era inconfundible y el calor en su mirada fue directo a la entrepierna de Aled—. Me pregunto dónde más hará cosquillas. Mmm. Piensa en las posibilidades.

Esta vez fue Aled quien echó la cabeza hacia atrás y se rió. —¡Pervertido!

Liam se inclinó sobre él, sonriendo ampliamente antes de volver a besarlo. A diferencia de los otros, este beso no fue suave ni tentativo. Sus labios se presionaron firmemente y Aled se abrió a la lengua inquisitiva de Liam, gimiendo mientras se deslizaba en su boca en un gesto de poderosa posesión.

Liam *realmente* sabía besar.

Si el cambiante hacía todo con tanta pasión y entusiasmo, las cosas estaban a punto de ponerse mucho más interesantes. Liam pasó su pierna por encima de Aled y luego se deslizó sobre él, lo que hizo que sus miembros erectos se presionaran juntos. Lejos de resultar incómodo, el peso de Liam era un alivio bienvenido, exactamente lo que Aled había necesitado. Justo cuando pensaba que podría desmayarse por el placer del beso, este se volvió más profundo, más intenso, y se sumergió en un tormento completamente nuevo. Desesperadamente quería liberarse, pero al mismo tiempo no quería que lo que estaban haciendo terminara.

Estaba tan perdido en el beso que no se dio cuenta de que Liam había deslizado una mano entre ellos y había abierto la parte delantera de sus vaqueros. Su primera pista fue cuando sintió la mano de Liam envolverse alrededor de su miembro y apretarlo suavemente.

—Oh, Jesucristo —siseó Aled cuando Liam comenzó a acariciarlo, manteniendo su mano firme y la presión constante.

—Dios, eres tan hermoso —le elogió Liam entre besos profundos y apasionados—. Podría contemplarte así todo el día. Mi compañero.

Aled contuvo la respiración. Liam pronunció la palabra *compañero* como si fuera una bendición, como si la tuviera en tal reverencia. La palabra no había tenido más que connotaciones negativas para Aled en el pasado, pero eso fue antes de que Liam y su manada aparecieran y desafiaran todo lo que creía saber sobre los cambiantes. El agarre de Liam se apretó y comenzó a acariciar el miembro de Aled con determinación, cada movimiento provocando las respuestas más intensas. Era todo lo que Aled podía hacer para mantener su cordura.

—Liam, voy a... —No pudo terminar la frase. Cuando echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con fuerza, un caleidoscopio de colores bailó detrás de sus párpados.

—Eso es —le animó Liam—. Tan hermoso.

Lo que había comenzado como leves cosquilleos tentadores en la columna de Aled, se transformó en un torrente de placer. Su orgasmo lo atravesó en oleada tras oleada de sensaciones tan poderosas que Aled pensó que podría desmayarse. Todavía estaba

cabalgando la corriente, aún temblando y respirando pesadamente cuando abrió los ojos. Los ojos y dientes de Liam habían cambiado a su forma de lobo, pero Aled no le temía, no como lo habría hecho antes. Extendió la mano y tocó el rostro de Liam, acariciando ligeramente sus mejillas con los dedos, absorbiendo cada rasgo de su rostro rudamente apuesto.

—Tú eres el hermoso —susurró sin aliento, queriendo decir cada palabra, lo que pareció sorprender a Liam tanto como a él mismo.

Liam levantó las cejas. —¿Incluso cuando me veo así?

Aled asintió mientras miraba el rostro de Liam más críticamente. Los ojos y los dientes ya no le parecían poco atractivos, ni tampoco lo que representaban. Parcialmente transformado, Liam tenía una cualidad etérea, hermosa en su rostro. —Especialmente cuando te ves así.

La sonrisa que se dibujó en los labios de Liam hizo que el corazón de Aled latiera más rápido, y cuando el cambiante se inclinó para besarlo de nuevo, el movimiento pausado y sensual de su boca hizo que las emociones de Aled se dispararan. Liam usó su lengua para trazar el contorno de los labios de Aled y luego se adentró en su boca, como si estuviera aprendiendo cada centímetro de memoria. Con dedos torpes y temblorosos, Aled levantó el borde de la camiseta de Liam y la subió por su torso, quitándosela por la cabeza. Liam hizo lo mismo con la suya, y tan pronto como sus pechos desnudos se tocaron, fue el fin del juego. Se quitaron el resto de la ropa rápidamente después de eso, apresuradamente — cada prenda lanzada por la habitación en algún momento entre besos ardientes y puñados de carne agarrados con dedos inquietos.

Cuando ambos estuvieron desnudos, Aled se tomó su tiempo para descubrir cada centímetro del cuerpo de Liam. Aunque era más delgado que otros lobos, era espectacular. Acarició su piel y masajeó sus músculos, prestando especial atención a las áreas que hacían que a Liam se le cortara la respiración. Guardó esas zonas en su memoria, sabiendo sin duda que las utilizaría de nuevo pronto. Su boca siguió el camino que habían tomado sus dedos, presionando suaves besitos en las zonas sensibles y provocando a Liam con suaves y delicados roces de su lengua.

Aled se movió más abajo. Cuando llegó al miembro de Liam, gimió mientras se metía la hinchada cabeza en la boca. El gemido bajo y sensual que escapó de Liam excitó aún más a Aled, y descendió más, llevando la longitud más profundamente en su garganta antes de tragar alrededor de la cabeza. La parte superior del cuerpo de Liam se arqueó fuera de la cama y dejó escapar un grito ronco, con los nudillos blancos donde agarraban la colcha de gofre blanca.

—Tan bueno —gimió Liam.

Después de retroceder para lamer alrededor de la cabeza hinchada del miembro de Liam, el delicioso sabor del líquido preseminal estalló contra sus papilas gustativas y los ojos de Aled se cerraron en éxtasis. Liam se retorcía debajo de él, jadeando y gimiendo con cada movimiento de la cabeza de Aled o con cada roce provocador de su lengua. Aceleró sus movimientos, pero cuando los gemidos de Liam se hicieron más fuertes y el movimiento de sus caderas más frenético, Aled dejó que el miembro de su compañero se deslizara fuera de su boca con un audible chasquido.

—Oh, Dios, por favor no pares —suplicó Liam, levantando la cabeza para encontrarse con la mirada de Aled. Sus ojos seguían en su forma de lobo, pero el anhelo en sus profundidades era evidente. Su expresión suplicante casi quebró la determinación de Aled. No habría deseado nada más que Liam se corriera en su boca para poder disfrutar más del delicioso sabor de su compañero, pero había algo que deseaba aún más.

Negó con la cabeza mientras se ponía de rodillas. —Quiero que me folles ahora. ¿No preferirías correrte dentro de mí?

La mirada llena de lujuria de Liam se oscureció y dejó escapar un gruñido bajo de deseo. —¿Estás seguro de que estás listo para eso?

El hecho de que Liam le hubiera preguntado hizo que Aled estuviera aún más seguro de que hacía lo correcto. Sabía que Liam no le habría presionado si él no hubiera querido llevar lo que estaban haciendo al siguiente nivel.

—Dios, sí. —Aled pasó los dedos suavemente por el miembro de Liam y sonrió cuando lo hizo contraerse—. Estoy listo. Más que listo.

Quiero esto, te quiero a ti. Tu polla es tan perfecta. No puedo esperar a sentirla estirándome. ¿Quieres que me ponga encima?

Liam dejó escapar otro gemido bajo y atrapó su labio inferior entre los dientes. Cerró los ojos como si estuviera tratando de no correrse.

—Cristo —suspiró. Cuando los abrió de nuevo, había un rastro de desesperación en sus profundidades—. No puedo pensar en nada que desee más.

Se inclinó hacia una de las mesitas de noche y abrió el cajón superior. —Gracias a Dios, sigue aquí —murmuró mientras sacaba un bote de lubricante morado de plástico y lo lanzaba sobre la cama junto a él—. No he estado aquí un par de días y pensé que Mary podría haberlo tirado.

Aled negó con la cabeza, con una sonrisa irónica en los labios mientras cogía el bote y abría la tapa. Vertió una cantidad generosa en la palma de su mano antes de extenderla sobre el miembro de Liam.

—Frío —Liam dio un escalofrío exagerado.

Aled se rió. —No por mucho tiempo.

El calor de la piel de Liam era embriagador y Aled se tomó su tiempo masajeando el lubricante sobre el glande y a lo largo de su miembro. Sonrió cuando Liam siseó y cerró los ojos, golpeando su cabeza contra la almohada. Cuando había aplicado suficiente, vertió más del líquido pegajoso en sus dedos y los llevó por detrás para prepararse para el miembro de Liam. Habían pasado unos meses desde la última vez que le habían follado, así que se tomó su tiempo para asegurarse de que estaba listo. Cuando miró hacia abajo, se dio cuenta de que su compañero le observaba con ávida fascinación.

Liam pasó una mano por el muslo de Aled y la deslizó por detrás, sus dedos explorando la sensible zona del perineo. Su lengua salió para humedecer sus labios mientras movía las yemas de sus dedos más arriba, hacia donde el dedo de Aled estaba enterrado dentro de su cuerpo. Su tacto era ligero y provocador, pero envió corrientes de deseo pulsando a través del cuerpo de Aled. Mientras Liam presionaba un dedo insistente contra la entrada ya ocupada de Aled, arqueó una ceja en señal de interrogación.

—¿Puedo?

Apenas Aled había asentido en señal de consentimiento cuando el dedo de Liam le penetró y empujó profundamente. Aled no pudo contener el gemido de placer mientras sus dedos trabajaban juntos al unísono. Como por instinto ciego, su cuerpo se movió hacia los dedos de Liam, anhelando más de su tacto.

Aled no podía soportar más.

Sacó su dedo, desplazando el de Liam, y se subió encima del cuerpo de su compañero. Mantuvo la mirada de Liam mientras alcanzaba su miembro y lo colocaba en su entrada. El miembro de Liam era largo y grueso, y cuando comenzó a penetrarle, supo que debería haberse estirado aún más a fondo de lo que ya lo había hecho. Siseó cuando el grueso contorno pasó el primer anillo apretado de músculo. Liam se aferró a sus caderas para bajarlo suavemente, pero su expresión decía que le estaba costando ir tan despacio.

A pesar del agudo dolor, la sensación del calor sedoso de Liam entrando en él hizo que olas de éxtasis fluyeran a través de Aled como miel caliente. La dureza de Liam electrificaba a Aled y la mirada de asombro en su rostro hizo que el cuerpo de Aled se inundara de alegría incontrolable. Mientras se miraban a los ojos, Aled supo que estaba justo donde necesitaba estar, y la idea de no tener a Liam en su vida, de no volver a verlo jamás después de lo que estaban compartiendo, provocó una fuerte explosión de ansiedad. Apartó el pensamiento inoportuno de su mente y centró toda su atención en su compañero.

Aled se inclinó hacia delante y atrapó los labios de Liam, al mismo tiempo que se hundía sobre su miembro. Liam gruñó en su boca, sus dedos clavándose en los muslos de Aled. No había delicadeza en el beso ni contención. Cuando Aled estuvo completamente sentado, detuvo sus caderas para acostumbrarse a la bienvenida intrusión.

Después de separarse para respirar, Liam le besó por el cuello, su lengua lamiendo y sus dientes raspando la piel a su paso. Aled supo en ese momento que había algo que necesitaba con tanta desesperación que apenas podía esperar. Se estremeció y gimió,

empujando su cuello más cerca de la boca de Liam, ofreciéndose a su compañero. Era muy consciente de lo que significaría un mordisco para su relación. Solidificaría su vínculo, los sellaría juntos como compañeros para siempre, sus almas conectadas como una sola. Aled quería eso, lo anhelaba. Y sospechaba que Liam también lo quería. Pero entonces Liam apartó su boca del cuello de Aled y le besó nuevamente en su lugar.

Aled intentó no mostrar su decepción.

Se levantó y volvió a hundirse antes de establecer un ritmo constante. No había incomodidad entre ellos, nada tentativo, ninguna pregunta sobre lo que el otro quería. Era como si ya lo supieran. Se movían juntos como uno solo, como si fuera su centésima vez juntos, no la primera. El agarre de Liam en los muslos de Aled se hizo más fuerte y su rostro se tensó. Aled ajustó su posición, lo que hizo que el miembro de Liam rozara contra su glándula. Gritó y el placer que sintió aumentó con cada subida y bajada de sus caderas. A medida que la pasión entre ellos se calentaba, gotas de sudor caían por la frente de Aled. El ritmo áspero e irregular de su respiración y el crujido chirriante de los muelles de la cama sonaban demasiado fuertes en la habitación, por lo demás silenciosa. Pero los gemidos y gruñidos de Liam pronto se convirtieron en todo lo que Aled podía oír, todo lo que quería oír. Era como un pulso erótico de música, vibrante y melódico. Se aferró al sonido como si fuera un salvavidas mientras su cuerpo se elevaba a nuevas alturas con cada embestida del miembro de Liam.

Los hilos invisibles de su vínculo de compañeros parecían fortalecerse durante su acoplamiento. Aled se sintió mucho más cerca de Liam que antes, como si no fueran solo sus cuerpos los que se habían unido, sino sus almas.

Pero todavía necesitaba más.

En algún momento durante su acto amoroso, el miembro de Aled se había despertado de nuevo, creciendo hasta una plenitud dolorosa, y mientras continuaba cabalgando a Liam dura y rápidamente, su compañero tomó su miembro y comenzó a acariciarlo al ritmo de sus caderas. Aled echó la cabeza hacia atrás y se frotó con más fuerza sobre el miembro de Liam, con los dientes

apretados. Miró a su compañero, con los ojos bien abiertos, suplicando silenciosamente por más. Liam se lo dio. Empujó hacia arriba con más fuerza con sus caderas y comenzó a acariciar el miembro de Aled más rápido, aumentando la presión de su mano. Los músculos de su trasero se tensaron mientras todo su cuerpo gritaba por liberación.

—Liam —exhaló en tono de advertencia. Fue todo lo que pudo articular antes de que la presa finalmente cediera y se corriera con fuerza, su semen cubriendo la mano de Liam y dibujando hermosas líneas en su vientre.

Incluso en medio de sus gritos de éxtasis, Aled era consciente de que los movimientos de las caderas de Liam se habían vuelto erráticos. Liam arremetía contra él, sus gritos de placer casi tan fuertes como los suyos propios. Justo cuando Liam gritó al alcanzar el clímax, Aled se desplomó hacia delante, su cuerpo ya sin fuerzas para sostenerse, y mientras seguían temblando y estremeciéndose durante el orgasmo, Aled sintió la boca de Liam en su cuello. Con el corazón acelerado, gimió, girando la cabeza para darle mayor acceso, y el agudo roce de los incisivos de su compañero fue la única advertencia que recibió antes de que Liam atacara, hundiendo sus dientes en la tierna carne de su cuello.

El orgasmo de Aled se intensificó.

Una euforia como ninguna otra que hubiera experimentado recorrió su cuerpo y sintió cómo los fragmentos de sus almas se entretejían para convertirse en una sola.

Casi completa, pero no del todo.

Después de su primera transformación en su nueva forma de lobo, su mordisco sería necesario para completar su unión. Apenas podía esperar para probar la sangre de su compañero y completar su acoplamiento totalmente.

Después de un largo momento, Liam retiró sus dientes y pasó la lengua sobre las marcas de la punción para sellar la herida. Aled se estremeció.

—¿Estás bien? —murmuró contra el largo cabello de la nuca de Aled.

Una sonrisa satisfecha cubría los labios de Aled—. Nunca mejor. ¿Y tú?

—Perfecto.

Aled seguía sonriendo y quedándose dormido, con el miembro ya flácido de su compañero aún dentro de él, cuando su móvil empezó a sonar. Gimió.

—Déjalo que salte el buzón de voz —sugirió Liam.

—Mejor no, podría ser mi madre. Dame un minuto —Aled se levantó con cuidado del regazo de Liam, haciendo que el miembro gastado de su compañero saliera de su trasero. Se estiró por el lado de la cama, agarró sus vaqueros y sacó el teléfono del bolsillo, miró la pantalla y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es? —preguntó Liam.

—Es mi amigo Gethin —dijo mientras pulsaba un botón para contestar la llamada. Se llevó el móvil a la oreja—. Hola.

—Aled. No hay mucho tiempo. He estado siguiendo a Wilkes. Lleva consigo a sus dos matones y acaban de entrar en tu jardín y rodear la parte trasera de la casa. ¿Puedes decirle a Dante que venga? Será mejor que os deis prisa.

La sangre de Aled se heló—. Vamos para allá —Colgó la llamada y se lanzó fuera de la cama. Recogió sus vaqueros y luego los tiró al suelo con frustración cuando vio los desgarros en cada pierna.

—¿Qué está pasando? —preguntó Liam, con la preocupación grabada en las líneas de su rostro—. ¿Quién es Wilkes?

Aled tragó saliva para contener su miedo y miró a Liam, tratando de encontrar consuelo en su presencia—. Robert Wilkes —respondió —. Era el beta de Dai y uno de los lobos que te hirieron la noche en que Dai fue asesinado. Va a por mi madre.

Capítulo seis

Liam lanzó una mirada de soslayo a su compañero mientras salían del garaje y se dirigían por el camino hacia la casa principal. Aled estaba tirando de la cintura del pantalón de chándal que Liam había encontrado en un armario del piso. Le quedaban demasiado grandes, pero tendrían que servir. No tenían tiempo para buscar algo más adecuado para su complexión más pequeña, aunque rápidamente en desarrollo. No si querían llegar a casa de Aled antes de que algo malo le sucediera a su madre. Ese pensamiento hizo que Liam cerrara las manos en puños.

—¿De verdad crees que podría hacerle daño? —preguntó, esperando que el miedo de su compañero fuera infundado.

Aled dudó un momento y luego asintió con la cabeza abatido.

—Podría hacerlo. A pesar del vínculo de compañeros que compartían, mi madre y Dai nunca fueron cercanos, y Robert era leal a su alfa por encima de todo. Nunca le gustó mi madre y siempre me odió a mí por ser gay.

La ira recorrió las venas de Liam. Maldijo entre dientes y luego extendió la mano para agarrar el brazo de Aled, obligándole a detenerse.

—¿Te hizo daño a *ti*?

Liam escrutó los ojos de Aled, y cuando su compañero asintió con vacilación, el estómago de Liam dio un vuelco y la bilis le subió por la garganta. La idea de que ese cabrón tocara a su compañero le hacía sentir físicamente enfermo.

—Sí, a veces. Principalmente me sujetaba para que Dai o alguno de los otros pudiera golpearme.

Liam no hubiera podido evitar el gruñido bajo y feroz que escapó de su garganta aunque lo hubiera intentado. La rabia emanaba por cada poro de su piel. Si hubieran estado cerca de una pared, la habría golpeado, al diablo con las consecuencias. Era una suerte que Dai estuviera muerto y enterrado, y si tenía algo que decir al respecto, se aseguraría de que su beta corriera la misma suerte.

Liam ya tenía cuentas pendientes con ese bastardo por el salvaje ataque en el bosque. Le había llevado semanas recuperarse por completo y todavía no se sentía tan fuerte como antes. Ahora tenía otra cosa más por la que odiar a Robert.

—No permitiré que te haga daño de nuevo —juró, manteniendo la mirada de Aled.

Cumpliría esa promesa aunque fuera lo último que hiciera.

Subieron corriendo las escaleras hasta el porche y Liam golpeó la puerta principal. Apenas eran las siete de la mañana, pero Dante era madrugador. Le gustaba salir a correr por las mañanas con su compañero, pero Mary siempre insistía en que desayunaran primero. Cuando llamó por segunda vez, solo tuvieron que esperar unos segundos hasta que la puerta se abrió. La imponente figura de Bram ocupaba la mayor parte del espacio en la entrada. Frunció el ceño mientras los miraba uno a uno.

—Vale, tranquilos, ¿qué...?

Liam casi lo atropelló en su prisa por entrar.

—Necesitamos ver a Dante —informó al beta cuando escuchó su gruñido bajo—. Es urgente.

Liam guió el camino hasta el comedor y, efectivamente, Dante y Rory estaban sentados a la mesa, y Mary se encontraba detrás de ellos, sirviendo grandes porciones de beicon y huevos en sus platos.

—No os apresuréis, hay de sobra para todos —dijo ella, levantando la vista de su tarea.

Durante las semanas que Liam había estado recuperándose, había disfrutado de los mismos abundantes desayunos. Aunque la mayor parte del tiempo tenía poco apetito, se comía la comida solo para aplacar a Mary. Era buena cocinera y nada la hacía más feliz que tener una casa llena de bocas que alimentar.

Dante levantó la vista de su plato. Alzó las cejas y su boca se crispó al ver la barba crecida y el pelo de Aled, pero su sonrisa se desvaneció cuando notó sus expresiones ansiosas. Se puso de pie.

—¿Qué ocurre?

Liam permaneció en silencio mientras Aled daba un paso adelante.

—¿El hombre por el que me preguntaste? ¿El beta de Dai? Sé dónde está. Si lo quieres, puedo llevarte hasta él, pero necesitamos irnos ahora mismo. Creo... —Tragó visiblemente y luego intentó de nuevo—. Creo que mi madre podría estar en peligro.

Dante se puso en acción después de que Aled terminara de contarle lo que había descubierto sobre Robert. El alfa ordenó a Rory que llamara al resto de sus ejecutores y les informara de lo que estaba sucediendo, y luego él, Bram, Aled y Liam se dirigieron al todoterreno de Dante. Habían pasado menos de diez minutos desde que Aled había recibido la llamada, pero su compañero se ponía más agitado con cada segundo que pasaba. No podía culparle. Si su madre estuviera en esa situación, Liam apenas podría mantener la compostura. Liam no podía imaginar qué querría Robert de la madre de Aled, pero esperaba que tuvieran tiempo de averiguarlo. La alternativa era inaceptable.

Acababan de incorporarse a la carretera principal que llevaba sobre las montañas Bryn cuando Aled recibió un mensaje de texto de su amigo. Se tensó y cuando se encontró con la mirada de Liam, su angustia era demasiado evidente. El dolor y la preocupación en sus ojos hicieron que el estómago de Liam se encogiera. Puso una mano sobre la rodilla de su compañero para mostrarle su apoyo.

—¿Qué dice?

El color se drenó de la cara de Aled y su expresión se volvió grave.

—Gethin dice que Robert y los demás acaban de entrar en la casa. Entraron forzando las puertas del patio trasero. Él va a entrar tras ellos.

Dante se inclinó desde el asiento del copiloto, encontró la mirada de Aled y negó con la cabeza.

—Eso no servirá de nada. No puede luchar contra los tres, solo conseguirá hacerse daño a sí mismo y posiblemente a tu madre. Llámale. Dile que espere hasta que lleguemos.

Aled se limpió las manos en el pantalón de chándal antes de presionar un botón en el teléfono y llevárselo a la oreja. Esperó un momento, todo el tiempo apoyándose contra Liam como buscando apoyo.

Negó con la cabeza.

—No contesta.

Liam compartió una mirada de entendimiento con Bram en el espejo retrovisor antes de que todos guardaran silencio. Les tomaría otros diez minutos llegar a Port Talbot y cinco más después para llegar a la casa de Aled cerca de la playa. Se les acababa el tiempo. Cualquier cosa podría pasarle a Gethin y a la madre de Aled, y para cuando llegaran, Robert y sus matones ya se habrían marchado hace tiempo. Bram pisó el acelerador y adelantó al coche lento que tenían delante, pero Liam dudaba que los segundos extra que la maniobra les daba marcaran alguna diferencia en su situación.

Habían bajado de la montaña y acababan de descender por la colina de Ynysygwys cuando sonó el teléfono de Aled. Su rostro, ya pálido, perdió el último vestigio de color.

—Es Gethin. —Su voz sonaba hueca y mientras levantaba el teléfono a su oreja, su mano temblaba. Liam apretó la rodilla de su compañero mientras contestaba la llamada.

—¿Gethin? ¿Hola?

—Me temo que tu amigo está ocupado en otros asuntos.

El oído mejorado de lobo de Liam hizo que escuchara cada palabra de la voz baja y amenazante al otro lado de la llamada. Dante se dio la vuelta en su asiento y su expresión tensa sugería que también había oído al interlocutor. Liam contuvo el gruñido que amenazaba con escapar.

—¿Qué le has hecho? —Las cejas de Aled se juntaron en una expresión agónica.

Se oyó una risa grave. —Nada que no se mereciera.

La mano de Aled seguía temblando mientras cambiaba el móvil a su otra oreja. Bajó la mano libre y la colocó sobre la de Liam, entrelazando sus dedos. Estaba tan concentrado en la llamada que el gesto debió ser inconsciente, pero Liam se sintió aliviado de que su compañero buscara consuelo en él. Deseaba poder hacer más.

Aled enderezó los hombros y cuando volvió a hablar, su voz era engañosamente tranquila. —¿Qué quieres, Robert?

El hombre dejó escapar un largo suspiro. —Venganza, retribución, una casa en las Bahamas. La lista es interminable, pero

no siempre conseguimos lo que queremos, ¿verdad? Me conformaría con la cabeza de ese canalla en bandeja, pero incluso yo estoy dispuesto a negociar. Supongo que vienes de camino con esa patética excusa de alfa.

Liam se erizó ante el insulto a Dante. Como su padre antes que él, Dante era un hombre honorable. Uno de los mejores que conocía. Liam daba gracias a Dios por haber nacido en una manada tan buena y no en una con un alfa enfermo y retorcido como había sido Dai. Siempre se había sentido seguro en la manada y quizás había dado por sentada esa seguridad. No podía imaginar cómo habría sido vivir toda su vida con miedo a su propio alfa y a los hombres que deshonraban el término ejecutor.

Aled apretó los dientes. —Si te refieres a Dante, sí, está conmigo.

Robert se rio por lo bajo. —Oh, estupendo. Tenemos una propuesta para él. Deberíais daros prisa. Mis amigos están aburridos y quién sabe qué harán para entretenerse hasta que lleguéis. —Colgó.

Dante maldijo en voz baja mientras Aled dejaba caer el teléfono sobre su regazo con gesto inexpresivo.

—Van a estar bien —aseguró Liam a su compañero.

Dante asintió, mostrando su acuerdo. —No va a hacerles daño o no tendrá influencia. Sea lo que sea lo que quieren de mí, tu madre y Gethin son su moneda de cambio.

Aled apretó con más fuerza la mano de Liam. —Espero que tengáis razón.

Pasaron otros doce minutos agónicos hasta que llegaron a la calle de Aled, pero aprovecharon el tiempo para discutir tácticas. Tan pronto como el coche se detuvo, Aled salió por la puerta antes de que Bram tuviera tiempo de apagar el motor. Liam se apresuró a alcanzarle. En cuestión de segundos, Dante y Bram los flanqueaban, examinando la zona en busca de cualquier señal de amenaza. Rory había llamado para decirles que Colin estaba en camino, pero ninguno de los otros podía llegar lo suficientemente rápido. Dante le había dicho que informara a Colin de que se quedara fuera y esperara su señal antes de entrar.

—Aled —dijo Dante, con voz baja y autoritaria—. Recuerda lo que hablamos. No quiero verte entrando allí precipitadamente y haciendo algo estúpido. Vas a seguir mis indicaciones. ¿Está claro?

Aled frunció el ceño, pero asintió. Liam podía entender la frustración de su compañero, pero en este caso, estaba de acuerdo con Dante. Necesitaba que Aled estuviera a salvo. Liam ya había perdido a su hermano, no sobreviviría a la angustia si también perdía a su compañero. Liam incluso había sugerido que se quedara en el coche, pero Aled no quiso ni considerar la idea, y no es que Liam pudiera esposarlo al volante —aunque si hubiera tenido unas esposas, podría haberlo considerado.

Cuando pasaron por la verja y entraron en el pequeño jardín frente a la casa de Aled, la puerta principal se abrió. Liam se aseguró de que Aled se mantuviera detrás de él mientras caminaban por el sendero hacia la casa.

El cambiaformas que los recibió en la puerta era un hombre robusto y rechoncho con cara cuadrada y un corte de pelo estilo militar rapado. Su expresión parecía la de un pitbull que se hubiera tragado una avispa. El peligro emanaba de él en oleadas y, como para destacar su encantadora personalidad, se hizo crujir los nudillos mientras todos entraban en el estrecho pasillo.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Aled tan pronto como el cambiaformas cerró la puerta tras ellos—. ¿Y Gethin?

Una sonrisa amarga se extendió por sus labios. —Seguidme.

Liam siguió al cambiaformas mientras los guiaba por el pasillo. Aled tenía tanta prisa por ver que no le había pasado nada a su madre y a Gethin, que intentó tomar la delantera, pero Liam lo agarró del brazo y lo hizo retroceder.

—Quédate detrás de mí —le ordenó con firmeza.

Cuando Aled se mordió el labio inferior y frunció el ceño, quedó claro que quería discutir. Afortunadamente, permaneció en silencio. A Liam le molestaba dar órdenes a Aled, pero estaría destrozado si le ocurriera algo. No podría vivir consigo mismo si no fuera capaz de proteger a su compañero. El estómago de Liam estaba dando vueltas a toda velocidad, así que solo podía imaginar cómo se sentía Aled.

Entraron en una cocina que tenía un gran invernadero adjunto que estaba preparado como comedor. La furia de Liam aumentó cuando vio al hombre que supuso que era Gethin. Estaba sentado en una silla, encorvado sobre la mesa, con la cara cubierta de sangre. Un cambiaformas alto y rubio estaba detrás de él, observándolos atentamente mientras entraban en la habitación. Tenía aspecto de rata, ojos pequeños y nariz ganchuda. Su pelo era lacio y grasiento. Puso una mano sobre el hombro del hombre herido y su boca se torció en una sonrisa burlona. El primer instinto de Liam fue atacar, pero cuando su mirada se posó en la madre de Aled, luchó contra el impulso y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para tratar de mantener la calma.

Ella tenía un cuchillo en la garganta.

Sus ojos estaban muy abiertos, llenos de pánico que solo empeoró cuando su mirada se posó en su hijo. Liam cerró las manos en puños, clavándose las uñas en las palmas. Cuando escuchó el jadeo de Aled, extendió la mano hacia atrás y la puso sobre su brazo, en parte para consolarlo, pero principalmente para evitar que corriera en auxilio de su madre, lo que sin duda habría empeorado la situación.

—Ya era hora de que llegarais —dijo el hombre que sostenía el cuchillo—. Se nos estaban acabando las cosas para entretenernos.

Liam reconoció su voz de las llamadas telefónicas. Era Robert, el beta de Dai y uno de los hombres responsables de atacar a Liam en el bosque. Miró con furia al cambiaformas, deseando hacerle pagar por todo lo que había hecho.

Cuando Aled salió de detrás de Liam, Robert jadeó. —¿Te han *convertido*? —El desprecio en su voz era inconfundible y su expresión reflejaba el mismo sentimiento—. ¿Quién en su sano juicio te convertiría? Dai tenía razón, eres demasiado débil y patético para ser un lobo.

Un feroz gruñido salió de la garganta de Liam y estaba a segundos de atacar a Robert cuando Dante lo agarró del brazo. El alfa no dijo nada, pero cuando captó la mirada de Liam, la advertencia en sus ojos era demasiado evidente.

El lobo que había abierto la puerta se colocó entre Robert y el otro cambiante. Cruzó los brazos en un gesto casual, y a pesar de su sonrisa amenazadora, la tensión estaba grabada en las líneas de su rostro.

Cuando Dante dio un paso adelante, Robert lo miró de arriba abajo, con las cejas levantadas. No parecía estar intimidado en absoluto por el enorme cuerpo del alfa y tenía que sentir la oleada de poder que irradiaba. La fuerza de esa energía hacía que Liam quisiera encogerse, y eso que él no tenía nada que temer de Dante. Aunque no mostraba señales externas de miedo, Robert, sin embargo, presionó el cuchillo más cerca de la garganta de la madre de Aled, una silenciosa advertencia para que Dante y los demás se mantuvieran alejados.

—Mamá, todo va a estar bien —prometió Aled. Su voz estaba cargada de emoción, pero sorprendentemente firme.

Robert resopló. Glynys asintió mostrando su acuerdo, aunque la duda llenaba sus ojos.

—¿Gethin? —preguntó Aled—. ¿Estás bien?

Cuando el hombre que Liam había supuesto inicialmente que era amigo de Aled levantó la cabeza, pareció costarle un gran esfuerzo. Su boca se contrajo como si intentara esbozar una sonrisa tranquilizadora, pero solo logró una mueca. Liam observó el dolor en sus ojos inyectados en sangre y su ira aumentó.

—Aguantando —croó.

Liam se estremeció cuando la mirada de Gethin se encontró con la suya. Había pensado que el dolor en los ojos del cambiante era resultado de las heridas que había sufrido esa mañana, pero podría haberse equivocado. Había un vacío negro y hueco en la mirada de Gethin —un sentido de desesperación tan profundo que Liam tuvo que apartar la vista o sería consumido por él. Aled no le había contado mucho sobre Gethin, pero Liam sospechaba que había cosas que incluso las personas más cercanas a él desconocían. Liam se frotó los brazos para generar algo de calor y se sintió tan inquieto por solo mirar a los ojos del cambiante que se alegró cuando Dante habló, con voz tranquila y mesurada.

—Querías verme, aquí estoy —la nariz de Dante se contrajo mientras olisqueaba el aire—. Robert, supongo. Reconozco tu olor. Eres el cambiante que me alejó de la pelea aquel día en el bosque. O debería decir, me alejó de mi compañero.

El hombre sonrió como si le complaciera ser reconocido. Asintió, confirmando las suposiciones tanto de Dante como de Liam.

—Robert Wilkes a tu servicio, o... *no* según sea el caso —se rió oscuramente y luego señaló al cambiante que les había mostrado la entrada—. Este es Ian —girándose hacia el otro hombre, añadió—: Y este es Roy. Saludad, chicos.

Emitieron un gruñido como saludo.

Dante hizo un pequeño ruido en el fondo de su garganta que Liam supuso era un gruñido reprimido. —¿Qué quieres de mí?

Robert se rió. —¿Qué? ¿Sin charla trivial? Qué poco civilizado.

Esta vez Dante no se molestó en reprimir su gruñido y la fuerza del mismo borró la sonrisa de la cara de Robert. —Déjate de tonterías —espetó—. ¿Qué quieres?

La expresión de Robert se aclaró. Lanzó una mirada a los dos cambiantes y solo se volvió hacia Dante después de recibir un pequeño e imperceptible asentimiento de cada uno.

Interesante. Parecía que Robert no estaba dando todas las órdenes.

—Mis nuevos amigos y yo tenemos un pequeño problema que nos gustaría que resolvieras.

Dante entrecerró los ojos. —¿Qué tipo de problema?

—Jim e Ian han abandonado su manada después de un pequeño, digamos *desacuerdo* con su alfa, pero parece que Rhodri no está dispuesto a dejarlos marchar.

Dante frunció el ceño. —¿*Rhodri*? ¿Te refieres a Rhodri Thomas? ¿El alfa de la manada de Mumbles?

Los hombres asintieron al unísono, pero fue Ian quien habló. —Nos gustaría que hablaras con él, que le hagas retroceder. Estamos formando una nueva manada y no queremos que esté respirándonos en el cuello mientras intentamos establecerla.

Dante resopló. —Estoy seguro de que Rhodri tiene sus razones para no querer que abandonéis su manada, aunque no entienda

cuáles podrían ser. ¿Por qué me escucharía a mí?

Robert sonrió, pero no había humor en su expresión. —Eres un hombre inteligente. Estoy seguro de que puedes pensar en una manera de... *persuadirlo*.

Un gruñido bajo salió de la garganta de Dante. —Quieres decir matarlo. ¿Crees que estoy loco? ¿Por qué haría eso?

La mirada de Aled osciló entre Dante y su madre. Dio un paso más cerca del alfa. —Dante, si tú...

—Cállate, Aled —dijo Dante—. Esto no está en discusión.

—Lo sé, pero si solo...

—Te he pedido que te calles.

Liam se removió incómodo ante el tono de mando en la voz de Dante. Aled frunció el ceño, pero asintió y dio un paso atrás.

—Te lo preguntaré de nuevo —dijo Dante, clavando a Robert en su sitio con una mirada tan intensa que hizo estremecer a Liam—. ¿Por qué haría eso?

Robert empezó a retorcerse bajo el escrutinio. Era obvio que trataba de ocultarlo, pero sus ojos lo delataban. Recorrían la habitación sin enfocarse en nada concreto. Dos veces cambió el cuchillo que sostenía contra la garganta de Glynys a su otra mano y se limpió la palma sudorosa en los vaqueros. Dante, por otro lado, se mantuvo alto e inmóvil. Tranquilo y controlado, esperó en silencio la respuesta de Robert. El resto de los ocupantes de la habitación permanecieron en silencio, pero Glynys gimió cuando el cuchillo en su garganta se acercó más.

—Porque si no haces lo que queremos, ella morirá —la voz de Robert era fría como el hielo, pero Dante simplemente se burló.

—Te habría destrozado la garganta antes de que el cuchillo dejara siquiera una marca en su piel.

—Quizás —concedió Robert. Se encogió de hombros—. Quizás no. ¿Realmente quieres ponerlo a prueba? Además, no somos solo nosotros de quienes debes preocuparte.

Cuando Dante frunció el ceño, Robert adoptó de nuevo un aire de arrogancia, como si creyera que tenía al alfa acorralado. A Liam no le gustaba hacia dónde se dirigía esto.

Robert se rio —un sonido oscuro y hueco—. —¿Qué, no pensabas que íbamos a hacer esta jugada sin respaldo, verdad? Si algo le pasa a cualquiera de nosotros hoy —asintió hacia Jim e Ian antes de continuar—, tenemos cambiaformas que te harán lamentar haber nacido.

Dante puso los ojos en blanco. —¿Qué te hace creer que alguno de los tuyos podría acercarse a mí o a mi manada si algo os llegara a pasar?

La sonrisa presuntuosa de Robert se ensanchó. —Porque nuestra gente ya está en tu manada.

Todo el cuerpo de Liam se tensó. —¿Qué acabas de decir?

Robert asintió. —Han estado escondidos justo bajo vuestras narices y ninguno de vosotros tenía la menor idea, ¿verdad?

Un gruñido brotó de Liam. Fue tan fuerte que casi no oyó el gruñido similar de Bram. —¿Hay traidores en la manada?

Cuando la sonrisa dentuda de Robert se ensanchó aún más, Liam no deseaba otra cosa que borrar esa sonrisa arrogante de la cara del cambiaformas. En su lugar, apretó los dientes y se obligó a quedarse quieto, pero agarró la mano de su pareja mientras Robert confirmaba sus peores temores.

—Los hay —dijo el cambiaformas—. *Varios* traidores en vuestra manada.

Capítulo Siete

Dante, Bram y Liam parecían conmocionados al oír que metamorfos leales a Robert se habían infiltrado en su manada, pero a Aled no le sorprendió lo más mínimo. Durante el tiempo que había conocido a Dai y a sus ejecutores, había aprendido que nada estaba fuera del reino de las posibilidades cuando se trataba de ellos.

—Tienen que ser nuevos miembros de la manada —razonó Bram —. Hombres o mujeres que recientemente se unieron a nosotros desde la manada de Dai. Ninguno de nuestros propios lobos se habría vuelto contra nosotros.

Robert mantuvo la retorcida sonrisa en su rostro mientras escuchaba la deducción de Bram, pero no reveló nada. Podría haberse inventado la historia sobre los traidores para salvar su propio pellejo, pero Aled lo dudaba y sabía por experiencia propia que Dante podía olfatear una mentira. La expresión del alfa era cerrada, su penetrante mirada fija en el rostro de Robert, pero había una rigidez en sus hombros y sus manos estaban cerradas en puños —la única indicación de su furioso estado de ánimo.

Si había lobos enemigos entre sus filas, entonces nadie en la manada estaba a salvo. Dante podría proteger a la madre de Aled y a Gethin, pero no podía proteger a todos, no cuando no sabía de dónde venía la amenaza.

—¿Entonces qué dices? —preguntó Robert—. ¿Estás dispuesto a ayudarnos con nuestro pequeño problema?

El músculo de la mandíbula de Dante se tensó. Aled sospechaba que le era más difícil mantener la calma de lo que aparentaba exteriormente. Todos los instintos de Aled le gritaban que protegiera a su madre y a su amigo, y estaba utilizando toda su fuerza de voluntad para no lanzarse contra Robert. Pero sabía que no podía arriesgarse. No tenía los reflejos de un lobo, todavía no, aunque los instintos del metamorfo comenzaban a manifestarse. Sentía un fuerte deseo de derramar la sangre de Robert. Era una atracción contra la que estaba luchando y cuando analizó el sentimiento, se

dio cuenta de que no solo quería herir al metamorfo, quería matarlo. Hace unos días ese instinto habría repugnado a Aled, pero ahora no, especialmente cuando miraba el cuchillo presionado contra la garganta de su madre. Su corazón latía tan rápido que temía que pudiera salirse de su pecho.

Aled no conocía muy bien a Dante, ni al resto de su manada. Tampoco estaba demasiado familiarizado con su pareja todavía, pero lo conocía lo suficiente como para confiar en sus instintos. Liam había dicho que confiaría a Dante su vida, y Aled dudaba que hubiera hecho esa afirmación a menos que creyera de todo corazón que Dante era un buen hombre. Eso significaba que la decisión de Dante sería difícil de tomar. Si desafiaba al alfa de la manada de Mumbles, potencialmente pondría a su manada en guerra con la de ellos, pero si mataba a Robert, su manada estaría en peligro por los cómplices de Robert. Dante estaba condenado hiciera lo que hiciera.

Aled contuvo la respiración mientras esperaba que Dante le diera una respuesta a Robert. La anticipación de esperar lo que decidiría estaba matando a Aled. Los latidos de su corazón sonaban demasiado fuertes en sus oídos. La mano de Liam buscó la suya y la apretó, una muestra de consuelo y apoyo a la que Aled se aferró. Dante acababa de abrir la boca para hablar cuando Ian se le adelantó.

—¿Habéis oído eso?

Robert, Ian y Jim se giraron al unísono para mirar hacia el jardín trasero a través de las ventanas del invernadero, pero Dante ni siquiera parpadeó, y mucho menos giró la cabeza. Permaneció centrado en Robert y en el cuchillo en la garganta de Glynys. Aled no podía ver nada fuera, pero tampoco había oído nada. Miró a Liam, pero su rostro permaneció estoico.

—¿Qué coño...? —Robert frunció el ceño mientras se volvía hacia Ian y Jim—. ¿A qué estáis esperando? Id a comprobarlo.

Ian asintió. —Iré yo —dio un paso hacia la puerta trasera y luego se detuvo, con la cabeza ladeada—. Ahora está silencioso ahí fuera.

Robert resopló. —Compruébalo de todos modos.

El metamorfo solo había dado un paso hacia la puerta cuando Dante se abalanzó, agarrando el brazo de Robert. Lo alejó de la

garganta de Glynys y lo giró lejos de su cuerpo. Robert trató de repelerlo, pero parecía que Dante llevaba ventaja. Ian retrocedió de la puerta al mismo tiempo que Jim sacaba una pistola de su bolsillo interior y la ponía en la sien de Gethin.

—No mováis ni un puto músculo o le dispararé —gritó.

Todos en la habitación se quedaron inmóviles.

Todos excepto Gethin.

Se retorció en su asiento hasta que la pistola apuntó al centro de su frente. —Si quieres dispararme, hazlo —provocó. Sin decir una palabra más, intentó agarrar la pistola.

—¡No! —Aled gritó su frustración mientras Gethin y Jim luchaban por el control del arma.

Durante el forcejeo, Robert arrancó su brazo del agarre de Dante y el alfa no pudo hacer nada porque Glynys estaba entre ellos. Robert rápidamente volvió a poner el cuchillo en su garganta.

—Todos, manteneos tranquilos —dijo Robert mientras ponía a Glynys de pie y comenzaba a moverse hacia atrás en dirección a la puerta. Mantuvo la espalda de ella firmemente pegada a su pecho—. Cualquier movimiento repentino y juro por Dios que le cortaré la garganta.

La visión del miedo en el rostro de su madre hizo que el estómago de Aled diera un vuelco. El breve estallido de actividad había provocado que su adrenalina se disparara y una sensación incómoda le hormigueaba sobre la piel, como si hubiera caído en un nido de hormigas y miles de esas pequeñas criaturas estuvieran caminando sobre él. Sus ojos también se sentían raros y sus encías le dolían. Su mano se disparó hacia su cuello como por voluntad propia cuando un gruñido bajo salió de su garganta, un sonido como nunca había escuchado antes. Los ojos de Robert se ensancharon y luego echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¿El enano está intentando transformarse?

Esta vez no fue el gruñido de Aled el que rasgó el aire, sino el de Liam. Aled sentía como si apenas estuviera aferrándose a su cordura. Todo su cuerpo le picaba y el vello de sus brazos se volvía más espeso. Cuando su respiración se volvió superficial, entró en pánico.

—Aled, mírame —le ordenó Liam, con voz tranquila y reconfortante. Tomó la mandíbula de Aled y le hizo encontrarse con sus ojos—. Necesito que te relajes, ¿vale?

Aled lo intentó, pero cuando sintió un diente largo y afilado raspando contra su lengua, su pánico empeoró. —¿Qué me está pasando? —Su voz era un profundo retumbar. No sonaba como si le perteneciera. Era demasiado animalística.

—Estás alterado y tu cuerpo está tratando de transformarse en tu forma de lobo —explicó Liam—. La única manera de revertirlo es calmándote. Respira profundamente conmigo, así, ¿ves?

Aled se concentró en el rostro de Liam y se esforzó en respirar profundamente tal como Liam le había enseñado. El tacto de la mano de Liam en su mandíbula tenía un efecto tranquilizador. Bloqueó todo lo demás que estaba ocurriendo en la habitación. Vio movimiento en su visión periférica y estaba seguro de haber oído hablar a Gethin y posiblemente a Robert, pero no pudo distinguir lo que habían dicho. Sabía que si intentaba centrarse en algo que no fuera el rostro de Liam, no podría mantener el control sobre el impulso de su cuerpo de transformarse y era demasiado pronto para eso —mucho demasiado pronto.

Un lobo nuevo siempre necesitaba transformarse por primera vez en la luna llena con el resto de su manada. Necesitaban recibir el apoyo de los otros lobos presentes y dejar que su cuerpo atendiera la llamada de la luna. Pero la luna llena estaba a un par de semanas de distancia y el cuerpo de Aled no se había desarrollado lo suficiente para hacer frente a la transformación. Liam pasó suavemente el pulgar por la mandíbula de Aled y ese contacto suave tuvo el efecto deseado. El latido del corazón de Aled se ralentizó y cuando su respiración volvió a algo parecido a la normalidad, apartó los ojos del rostro de su compañero y miró sus brazos. La mayor parte del vello había desaparecido. Cuando Aled estuvo seguro de que su transformación se había revertido, se atrevió a mirar alrededor de la habitación.

Estaba vacía.

—¿Qué demonios? —Aled había estado concentrado en su compañero no más de un minuto—. ¿Adónde ha ido todo el mundo?

Antes de que Liam pudiera responder a la pregunta, la puerta del invernadero se abrió de golpe y un hombre que Aled nunca había visto antes entró precipitadamente en la habitación. Aled miró a su alrededor en busca de un arma o algo que pudiera usar para defenderse, pero Liam no se alarmó por la presencia del hombre. Cuando habló, Aled se relajó.

—Liam —saludó—. Te necesitamos fuera. La cosa va a estallar ahí en cualquier momento.

Liam asintió. —Vamos.

Aled había esperado que Liam le pidiera quedarse dentro, lejos del problema, así que se sintió aliviado cuando Liam le cogió de la mano y le sacó de la habitación. Liam debió de notar el gesto de alivio en su cara porque se dispuso a explicarle.

—Quizás sea peligroso ahí fuera, pero prefiero que estés donde pueda verte y protegerte. Dante cometió el error de dejar a Rory solo una vez y casi lo mataron. No voy a correr ese riesgo. No sé qué haría si te ocurriera algo.

La emoción en la voz de Liam conmovió a Aled. —No me va a pasar nada —prometió, esbozando lo que esperaba fuera una sonrisa tranquilizadora.

Liam asintió. —Te lo recordaré. —Se volvió hacia Colin—. ¿Qué está pasando ahí fuera?

Colin frunció el ceño. —Hay un enfrentamiento en el jardín delantero. Si no calmamos la situación rápidamente, va a atraer la atención. Robert y los otros lobos están intentando marcharse, pero quieren llevarse a Glynys y a Gethin como garantía de que Dante o cualquiera de nosotros no les seguirá.

—¿Qué? —Aled se sobresaltó—. No pueden llevárselos.

—No te preocupes —le tranquilizó Liam—. Dante nunca los entregaría voluntariamente.

Aled no estaba tan convencido, pero se guardó sus temores para sí mismo. Corrieron por el lateral de la casa y cuando llegaron a la parte delantera, efectivamente, Robert, Ian y Roy retrocedían hacia la puerta. Robert aún tenía el cuchillo apretado contra la garganta de Glynys y la pistola de Roy estaba pegada a la sien de Gethin. Dante y Bram se acercaban cautelosamente a ellos.

—¡Atrás! —ordenó Robert, con la voz llena de lo que solo podía ser pánico—. Os lo advierto. ¡Quedaos atrás o ella muere!

Liam y Aled llegaron hasta la mitad del jardín antes de que Robert y los demás los vieran.

—Aled, si quieres que tu madre salga de esta de una pieza, será mejor que llames a los perros —escupió Robert con amargura.

El gruñido bajo de Liam probablemente no habría sido audible si Aled no hubiera estado justo a su lado.

—Suéltalos, Robert —dijo Aled, intentando mantener un tono tranquilo y comedido—. Esto no va a solucionar nada. Nunca te saldrás con la tuya. Los vecinos te verán, llamarán a la policía. ¿Y entonces qué harás?

No quería pensar en lo que Robert y los demás harían si apareciera la policía. Los hombres asustados hacían estupideces y Robert siempre había sido impulsivo e irresponsable. Además era un cobarde, del tipo que haría cualquier cosa para salvar su propio pellejo.

Pero Robert no era quien preocupaba a Aled.

En cuanto captó la mirada de Gethin, Aled supo que su amigo estaba a punto de hacer algo realmente estúpido. Otra vez. Pero al mirarlo, *realmente* mirarlo, Aled tuvo la impresión de que no solo tenía un deseo de muerte, sino que estaba activamente cortejando a la muerte. Nunca había visto a su amigo con una expresión tan decidida.

Gethin adelantó el brazo y luego clavó el codo hacia atrás en el estómago de Roy. Aled contuvo la respiración mientras esperaba que sonara un disparo, pero el cambiaformas simplemente gruñó y retrocedió tambaleándose. Aunque mantuvo la pistola en su mano, instintivamente se llevó las manos al estómago. Gethin no le dio tiempo a recuperar el aliento. Se giró e intentó agarrar la pistola.

—¡Dios mío, Gethin! —gritó Aled.

Cuando Liam salió corriendo a través del jardín, Aled sintió la familiar punzada en el pecho. Quería que Gethin estuviera a salvo, pero la idea de que Liam resultara herido por salvarlo hacía que el miedo de Aled aumentara. Aun así, Liam estaba demostrando una y otra vez que se preocupaba por Aled y que haría casi cualquier cosa

por él. Esperaba merecer un compañero así. Ian salió por la puerta y echó a correr, y Dante y Bram salieron tras él. Aled se volvió para ver cuál sería la reacción de Robert ante el caos y sintió que su sangre comenzaba a hervir. Después de solo un vistazo fugaz de su madre forcejeando con el hombre mucho más grande, Aled salió corriendo hacia ellos, sus piernas cubriendo el terreno a un ritmo mucho más rápido de lo que creía posible. Robert estaba tan distraído con su forcejeo con Glynys, que no vio acercarse a Aled.

Aled aprovechó esa ventaja.

Justo cuando Robert levantaba el puño para golpear a Glynys en la cara, ella esquivó el golpe y Aled cargó contra él. Embistió a Robert, enviándolo hacia atrás tambaleándose. Aled se tomó un segundo para comprobar que su madre estaba bien. Le echó un rápido vistazo y cuando estuvo seguro de que no había sufrido ninguna lesión, se volvió hacia Robert y avanzó hacia él, con su furia creciendo con cada paso que daba.

El cambiaformas estaba de rodillas, el cuchillo abandonado en algún lugar del suelo cerca de sus pies. La cara de Robert estaba morada, con las venas del cuello hinchadas.

—Pequeño cabrón. Vas a pagar por eso.

Tan rápido que resultaba casi invisible a simple vista, Robert transformó sus dedos en garras y se puso en pie. Sus ojos destellaron con el color ámbar de su lobo y unos afilados incisivos descendieron desde sus encías. Cuando los ojos de Aled se ensancharon, Robert soltó una carcajada.

—Un poco más impresionante que tu patético intento de transformación, ¿verdad?

Aled no tuvo tiempo de responder. Robert se abalanzó sobre él con grandes barridos de sus manos, sus garras cortando el aire. Aled saltó hacia un lado, escapando por poco de un zarpazo en la cara. Robert rugió y embistió de nuevo, esta vez poniendo más fuerza en su cuerpo mientras cargaba.

Robert embistió contra Aled y el impacto lo envió volando hacia atrás por el aire. Cayó al suelo con un golpe seco y Robert se desplomó sobre él. El cambiaformas parecía un animal rabioso, siseando, escupiendo y golpeando con las garras extendidas. Aled

esquivó varios golpes, pero uno le alcanzó en el pecho y gritó de dolor, sintiendo el corte como el calor abrasador de un atizador.

Mientras rodaban por el suelo, luchando por la dominancia, Aled vislumbró a Liam y Gethin que estaban peleando con Roy. La ira de Aled seguía aumentando. Intentó no entrar en pánico cuando sintió las señales reveladoras de la transformación. Las encías le dolían y la piel le hormigueaba, pero ignoró esas sensaciones y contraatacó con cada onza de poder que poseía hasta que, finalmente, las señales de advertencia de la transformación retrocedieron.

Robert seguía descargando golpes que hacían que los músculos de Aled se cansaran y palpitaran. Repelió cada nuevo ataque e intentó tomar la ventaja, pero Robert era demasiado fuerte. Muy pronto, Aled se encontró tumbado sobre la hierba fría y húmeda con Robert a horcajadas sobre él. Tenía una sonrisa maniática en el rostro mientras se acercaba.

—Debería haber hecho esto hace meses —dijo—. Dai me lo habría agradecido.

Robert levantó la mano muy por encima de su espalda y Aled la observó como si fuera a cámara lenta. Sabía que el golpe, cuando llegara, resultaría fatal. Lo único en lo que Aled podía pensar era en Liam y en el hecho de que su relación nunca había tenido una oportunidad.

Lo siento, no pude mantener mi palabra.

El brazo de Robert se balanceó hacia delante, pero justo cuando estaba a punto de hacer contacto con la garganta de Aled, Liam rugió y se lanzó sobre Robert, derribándolo al suelo. La cabeza del cambiaformas se giró hacia un lado y sus ojos se cerraron.

Aled respiraba pesadamente mientras observaba a Liam poner un dedo en el cuello de Robert. —¿Está...?

Liam negó con la cabeza. —Solo inconsciente —. Gateó por la hierba, su mirada preocupada recorriendo el rostro de Aled. Sus ojos se oscurecieron con emoción y luego su ceño se frunció al examinar las heridas. Los cortes en la cara de Aled no eran demasiado graves, pero el gran tajo en su pecho era profundo y rezumaba sangre.

—Dios mío —murmuró Liam. Apartó el cuello de la camiseta de Aled y observó detenidamente lo que quedaba al descubierto—. Esto

va a tardar un tiempo en sanar.

—Sobreviviré.

Liam arrancó una tira de la parte inferior de su camisa y la presionó contra la herida para detener el flujo de sangre. —Si estuvieras más cerca de tu primera transformación, incluso una semana más cerca...

—Estaré bien —dijo Aled con los dientes apretados. No estaba tan seguro de ello, pero no quería que Liam se preocupara más de lo que ya estaba—. Gracias.

La expresión de su compañero se suavizó. Se inclinó hacia delante y depositó un suave beso en los labios de Aled. —Siempre te cubriré las espaldas.

El fuerte grito de Colin interrumpió la respuesta de Aled. —¡Liam, cuidado!

Aled miró por encima del hombro de Liam al mismo tiempo que su compañero se giraba. Robert estaba de rodillas, con la mano echada hacia atrás preparándose para atacar. Justo cuando bajaba la mano, sonó un disparo y todo el cuerpo de Robert se sacudió. La sangre del agujero de bala en su cabeza salpicó, rociando la cara de Aled. Cuando el cuerpo de Robert golpeó el suelo, Aled miró hacia arriba y vio a Gethin de pie sobre él, con la pistola todavía levantada. La expresión de satisfacción en su rostro hizo que la conmoción recorriera a Aled y, cuando su amigo lo miró, no había nada humano en su expresión. Mirar a sus ojos era como mirar al vacío.

—Ya no hará daño a nadie —el tono frío y sin emociones de Gethin hizo que Aled se estremeciera—. Nunca más.

Gethin había estado refiriéndose a sí mismo, de eso Aled estaba seguro. Y cualesquiera que fueran los demonios que el cambiaformas llevaba consigo, probablemente se necesitaría mucho más que la muerte de Robert para vencerlos.

Epílogo

Liam saludó con un gesto al médico de la manada cuando se cruzaron en la puerta del salón. Cuando estuvieron solos, se tomó un momento para observar a su pareja. Aled estaba desplomado en el sofá, con la cabeza apoyada en el reposabrazos. Con los ojos cerrados, se veía tan tranquilo que a Liam le daba pena molestarlo, pero esta era la primera oportunidad que había tenido de estar a solas con su pareja en horas y necesitaba saber si estaba bien.

—Hola —dijo, entrando en la habitación—. ¿Cómo estás? —Los ojos de Aled se abrieron de golpe y se incorporó bruscamente—. Lo siento, no quería asustarte.

—Ah, hola. No pasa nada. —La sonrisa casi tímida que se dibujó en los labios de Aled hizo que las mariposas bailaran en el estómago de Liam. No creía que nunca se acostumbrara a la reacción que tenía cada vez que veía esa sonrisa, al menos, esperaba que no.

Le entregó a Aled una taza de té y cuando su pareja frunció el ceño mirando el líquido con desagrado, Liam no pudo contener su sonrisa. —La ha hecho tu madre. Dice que te ayudará a sentirte mejor.

Aled puso los ojos en blanco, pero aceptó la bebida caliente de todos modos. —Honestamente, me siento bien. Ojalá todo el mundo dejara de preocuparse tanto por mí. —Dio un sorbo al té e hizo una mueca.

Liam se sentó a su lado en el sofá y luego se recostó contra los cojines con un suspiro exagerado. —¿Seguro que te encuentras bien? Ha sido un día largo y ni siquiera es la hora de comer. Siento que podría dormir durante un mes entero.

Aled suspiró. —Sí, supongo que estoy cansado.

—¿Cómo va tu pecho?

—Está dolorido.

—Probablemente tardará un tiempo en curarse. Al menos hasta que hayas pasado por tu primera transformación. ¿Qué dijo el doctor Baker?

—Lo mismo. Me dio una pomada para aplicarme después de ducharme; dijo que debería ayudar a que la herida no deje cicatriz.

—Asegúrate de usarla. El doctor lleva toda la vida tratando a lobos. Sabe de lo que habla.

—Lo haré. ¿Ha terminado mi madre de hablar con ese hombre del consejo de lobos?

—Sí, ahora está en el jardín con Dante y Bram. Es un milagro que ninguno de los vecinos llamara a la policía, especialmente cuando se disparó el arma. Supongo que la mayoría de la gente pensaría que era el tubo de escape de un coche. Aun así, hemos tenido suerte. Los ancianos del consejo se han llevado a Ian y Roy para interrogarlos.

—¿Qué va a pasar con ellos?

—No lo sé. Eso depende de los ancianos. Probablemente consultarán con Rhodri, su alfa, y luego supongo que llegarán a una decisión conjunta.

—¿Y qué pasa con el cuerpo de Robert?

Liam suspiró. —Dante ha llamado a Rhodri para que venga a recogerlo. Robert acababa de unirse a su manada, pero sigue siendo responsabilidad del alfa.

Aled dejó la taza sobre la mesa de café y bajó la mirada. Se mordió el labio inferior mientras se pellizcaba una cutícula del pulgar.

—¿Qué ocurre?

—Estaba pensando en Gethin. Está en problemas, ¿verdad? Muchos problemas, quiero decir.

—No lo sé, Aled. Es decir, mató a alguien. Los ancianos del consejo no suelen ver eso con buenos ojos. Cuando dos manadas están en guerra y un alfa desafía a otro, tienden a ser más indulgentes si hay... *bajas*. Pero Gethin básicamente mató a Robert a sangre fría.

—¡Salvó tu vida! —replicó Aled acaloradamente—. Robert te habría matado.

—Lo sé. Estoy muy agradecido por lo que hizo por mí y ya le he contado al anciano Bevan lo que pasó. Estoy seguro de que eso jugará a favor de Gethin, pero...

—¿Pero qué?

Liam se frotó la cara con la mano. —Viste su reacción cuando mató a Robert. Parecía...

—Complacido —completó Aled por él.

—Sí.

Aled asintió. —Lo sé. Estoy preocupado por él. Gethin no ha sido el mismo últimamente. Ha tenido muchas cosas que afrontar.

—Lo creo. Pero cuando hable con los ancianos, tiene que tener cuidado con lo que dice. Si piensan que mató a Robert por venganza, no van a ser indulgentes con él.

Aled abrió la boca para responder, pero la cerró de nuevo cuando Dante entró a zancadas en la habitación.

—¿Cómo estás? —preguntó el alfa.

Liam se rio cuando Aled gruñó. —Se está quejando de toda la comprensión que está recibiendo, así que creo que está bien.

Dante sonrió ampliamente y luego se puso serio. —¿Os importa si hablo con vosotros un minuto?

Liam negó con la cabeza. —Por supuesto que no. ¿Qué ocurre?

Dante tomó asiento en el sillón frente al sofá. Su enorme cuerpo ocupaba cada centímetro de espacio en el asiento. Estiró las piernas antes de responder.

—El anciano Bevan dijo que interrogarán a Roy e Ian sobre los traidores en nuestra manada, pero no sabemos si hablarán. Hasta que sepamos algo, todos tendremos que andar con cuidado. Necesito asegurarme de que Glynys y Aled estén seguros aquí.

—Me aseguraré de ello —prometió Liam.

—Bueno, eso depende de Aled —dijo Dante.

Liam frunció el ceño. —¿Qué quieres decir?

Dante recogió las piernas, se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en los muslos, con su astuta mirada centrada en Aled. —Después de todo lo que pasó en la reunión de la manada anoche, no tuve la oportunidad de preguntarte si habías tomado una decisión sobre el destino de Liam.

Cuando Aled frunció el ceño, Dante aclaró: —Su castigo por morderte.

—Oh. —Aled frunció el ceño—. Supongo que lo había olvidado.

—¿Qué quieres hacer al respecto? —preguntó Dante.

Aled miró a Liam a los ojos. —No quiero hacer nada. Sé que lo que hizo estuvo mal, pero creo que no lo hizo intencionadamente. Me salvó la vida esta mañana y creo que eso más que compensa lo otro.

Dante se encogió de hombros. —Si esa es tu decisión, la respetaré. ¿Estás de acuerdo con que Liam se quede aquí hasta que podamos averiguar más sobre los traidores en la manada?

Aled asintió. —Sí, señor. Si a Liam le parece bien. Pero, mi madre...

—Ya he hablado con ella al respecto —dijo Dante, desestimando la preocupación de Aled—. Imaginamos que esto es lo que decidirías. Está de acuerdo con que se quede aquí.

Aled sonrió agradecido. —Entonces me parece bien, señor.

Dante se puso de pie. —Creo que eso cubre todo. Voy a ir a casa a ver si Mary me ha guardado algo de ese bacon. Pondré a uno de los chicos de guardia fuera, pero si ocurre algo, llamadme inmediatamente para que pueda enviar refuerzos, ¿de acuerdo?

—Lo haremos —respondió Liam—. Gracias, Alfa.

Después de despedirse y de que Dante se marchara, Liam se volvió hacia Aled y le preguntó: —¿Estás seguro de que estás contento de que me quede aquí contigo?

—Estoy seguro. Te quiero aquí. En realidad, creo que te necesito aquí. No sé cómo habría superado esta mañana si no hubieras estado a mi lado.

Liam extendió la mano y acunó suavemente la mandíbula de Aled. —Siempre estaré aquí para ti. Pero, ¿qué hay de tu problema con los lobos?

Aled colocó su mano sobre la de Liam y mantuvo su mirada. —Me llevará un tiempo hasta que me sienta completamente cómodo con los cambiaformas, pero me has ayudado a ver que no todos son malos. Algunos, incluida la compañía presente, son bastante asombrosos en realidad.

El corazón de Liam se hinchó tanto que temió que pudiera salírsele del pecho. Se acercó y presionó sus labios contra los de Aled, sintiendo esa misma chispa de emoción apoderarse de él. Sabía que el futuro era incierto. Todavía estaba de luto, sumado a

eso los nuevos problemas de la manada y la incómoda situación con sus padres, el camino por delante seguramente sería rocoso, pero con su pareja a su lado, Liam sabía que podía superar cualquier obstáculo que la vida le pusiera por delante.

Sobre la autora

Lavinia descubrió la lectura a una edad temprana y siempre se la podía encontrar con la nariz metida en un libro. Ya entonces le encantaba perderse en un mundo de fantasía. Cuando sus padres le regalaron una máquina de escribir por Navidad a los once años, su destino quedó sellado. Pasaba horas imaginando personajes y creando historias. No ha cambiado mucho desde entonces.

Lavinia es una chica de los Valles de Gales que ha vivido por todo el Reino Unido. Hoy vive en el pequeño pueblo en el que creció, a las afueras de Cardiff, Gales, pero pregúntale mañana y podría ser un lugar completamente diferente. Ha viajado extensamente a lugares tan lejanos y diversos como África, Asia, Australia, América del Norte y Central, y la mayor parte de Europa. Aunque algunos de sus libros están ambientados en Texas, nunca ha pisado ese estado, pero planea pasar tiempo allí en un futuro próximo.

Aunque Lavinia es una gran fan del género romántico, en particular del M/M, admite que lo lee todo. Le gustan los finales felices, y los personajes de sus libros han tenido la suerte de encontrar uno hasta ahora.

Tiene un gato y no se separaría de él por nada del mundo, aunque le haga estornudar. Lavinia también escribe romances paranormales entre hombres y mujeres bajo el nombre de Amy Armstrong y romances contemporáneos entre hombres y mujeres bajo el nombre de Ava Grace.

A Lavinia le encanta saber de sus lectores, así que no dudes en contactar con ella en lavinialewisuk@yahoo.co.uk